

### Catalogación en la fuente

Vasconcelos Calderón, José  
Filosofía estética. -- México : Trillas, 2009.  
157 pp. ; 25 cm. -- (Biblioteca José Vasconcelos  
ISBN 978-607-17-0179-4

1. Filosofía. 2. Estética. I. Vasconcelos, José.  
1881-1959. II. t. III. Ser.

D- 111.85'V136f LC- BH41'V3.3

La presentación y  
disposición en conjunto de  
**FILOSOFÍA ESTÉTICA**  
son propiedad del editor.  
Ninguna parte de  
esta obra puede ser  
reproducida o transmitida, mediante ningún  
sistema o método, electrónico o mecánico  
(incluyendo el fotocopiado, la grabación  
o cualquier sistema de recuperación y  
almacenamiento de información),  
sin consentimiento por escrito del editor

Derechos reservados  
© 2009, Editorial Trillas, S. A. de C. V.

División Administrativa  
Av. Río Churubusco 385  
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340  
México, D. F.  
Tel. 56384233, FAX 56041364

División Comercial  
Calzada de la Viga 1132  
C. P. 09439, México, D. F.  
Tel. 56330995  
FAX 56330870

[www.trillas.com.mx](http://www.trillas.com.mx)

Miembro de la Cámara Nacional de  
la Industria Editorial  
Reg. núm. 158

Primera edición, abril 2009  
ISBN 978-607-17-0179-4  
(Primera publicada por  
Editorial Trillas, S. A. de C. V.)

Impreso en México  
Printed in Mexico

## ÍNDICE DE CONTENIDO

1. ANTECEDENTES
2. CLASIFICACIÓN FILOSÓFICA  
Filosofías de síntesis (comprensivas) tratan de explicar la  
realidad por la coordinación de todos sus factores, 16. Época  
moderna, 17. La filosofía estética moderna. Filosofías  
cósmicas, 19.
3. FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA  
Uno y vario, 25. Retorno a lo uno, 28.
4. LAS FORMAS ESPECÍFICAS  
DEL CONOCER COMO ACCIÓN
5. CONSIDERACIONES GENERALES  
El secreto del color, 39. Pero hay en el juego un orden, 41.  
La *epojé* inversa, 44. Pensar es coordinar conjuntos, 49.
6. EL CONOCIMIENTO COMO ACCIÓN  
El secreto del sonido, 52. El problema de la unidad de los  
heterogéneos, 53. El todo, 57. Unidad y verdad, 58. El  
proceso de la coordinación, 61. Sumar es identificar, pero  
no es unificar, 63. Filosofía como simplificación y filosofía  
como arquitectura, 65. Empédocles, 68. Factor de coor-  
dinación, 70.

7. EL RITMOTRINO, CONDICIÓN DEL SER	73
La unidad de los heterogéneos en Santo Tomás coincide en realidad con nuestra solución, 78. Rehusamos la abstracción, 84. La percepción del sentido, 86. Unicidad, 88. Sucesión y simultaneidad, 89.	
8. EL SER EN SÍ	93
El ser en los otros, 97. El ser del cuerpo, 100. El ser y la multiplicidad, 103. El movimiento, el ser y la alegría, 106. El ser y sus ciclos, 107. El ser en Dios, 111. Seres fugaces y seres perennes, 113. El ser y sus categorías, 115.	
9. ETAPA DE LA ARMONÍA	117
Proceso de la armonía, 124. Ciencia según la cualidad, 127.	
10. MATEMÁTICA Y ARMONÍA	133
Filosofía de la matemática, 135. Análisis matemático, 144. Síntesis, 145. Números ordinales, 147. Cálculo, 148. La armonía, 148.	
11. TEOLOGÍA DE SAN PABLO	151
La transfiguración, 153. Revelación, 154. Sobre el cuerpo glorioso, 155.	

## 1

## ANTECEDENTES

El pensamiento filosófico que se expresa en la presente difiere tanto del idealismo neohegeliano como del realismo tomista que hoy tiende a prevalecer. El sistema que postula es una consecuencia del nuevo método de ver el mundo, la ciencia experimental. De Galileo a Whitehead, la concepción del universo físico se ha hecho tan distinta de lo que en la antigüedad que ya ni los términos ni los presupuestos aristotelismo escolástico se adaptan a nuestras concepciones. El conocimiento de lo concreto nos revela modos de acción que modifican el método de la ciencia y el concepto mismo de *ada*. Ningún pensador moderno puede escapar a la conciencia de lo concreto como realidad primaria, positiva y viviente. Lo concreto se nos manifiesta unido indisolublemente en su esencia y en su forma, rebelde a disociaciones de tipo abstracto. La esencia como valor genérico no aparece por ninguna parte. Lo que es se manifiesta en alguna estructura hecha de partes y forma. Contra todo conceptualismo descubrimos que siempre algo concreto. El mundo está hecho de seres y es una estructura en que potencia y forma se combinan para sumar un desarrollo. Cada parte del todo desempeña una

y se dirige a una meta o destino. En cada existir descubrimos afinidades que se resuelven en armonía del conjunto. La verdad se nos presenta como un todo mucho más amplio que los sistemas convencionales del idealismo. También libre, con la libertad del desarrollo espontáneo y milagroso que rompe constantemente y desborda las exigencias dialécticas de la pura razón.

Comenzamos definiendo la *verdad* como una combinación acertada de factores disímbolos, por encima de fórmulas de igualdad e identidad. La filosofía se nos convierte entonces en ciencia de la armonía, y la religión en teología fundada en Eros, es decir, el amor como ley final de la existencia, el amor de Dios a la criatura y viceversa.

¿Dónde queda en este esquema la ética? La ética es la ciencia de la conducta, y la conducta es el conjunto de acciones conscientes que tienden a realizar la santidad, o sea, en una palabra, la imitación de Cristo. Si es atinada, la conducta será como la verdad: el resultado de la coordinación de nuestros querer, nuestras voliciones, hacia el fin de amor a Dios. En último término, un aspecto de la armonía que rige a todos los elementos del todo que es la creación en su dependencia con el Creador.

La verdad típica a la manera antigua es que dos y dos son cuatro; éste es el eje y principio de la ideología matemática. Pero enfrente de esta concepción simplista, y como polo necesario de su desarrollo, nos encontramos con la concepción que llamaremos *poética*, cuya exigencia es un pensamiento sin reducciones a unidades convencionales: un pensar de artista que no desecha sino que aprovecha la diversidad, la irreductibilidad, para engendrar armonía. De suerte que en vez de manejar abstracciones nos dirigimos a los hechos mismos, a los seres en su integridad. Sus determinaciones particulares hallan intención y equilibrio en el poder que rige la complejidad del todo. Contemplamos entonces el despliegue de cuanto existe según armonía, que no es simple música, sino ejercicio del amor que liga la creación con el Creador.

Las ideas que sirven de soporte a esta doctrina no son nuevas en el autor. Su primer trabajo filosófico, publicado por 1916 y de-

dicado a la filosofía de Pitágoras, señalaba como un error el hecho de que los pitagóricos se hubiesen dejado llevar totalmente por la matemática, descuidando el hallazgo de verdad que Pitágoras dejó olvidado en su intuición sobre el ritmo. Desde entonces ha venido elaborando el autor una filosofía que desentraña las leyes del ritmo consideradas como el secreto y el sostén de la cualidad. En ella la matemática es simplemente un lenguaje, un modo de expresión, pero no una determinación. Muy poco después de la aparición de su *Pitágoras*, el que esto escribe publicó un ensayo titulado *La sinfonía como forma literaria*. Se asevera en dicho ensayo la necesidad de una estructuración diferente del sistema lógico y de la ordenación en serie, propia, por ejemplo, del ensayo. Una estructuración que permita contemplar a un tiempo los distintos aspectos de una realidad cualquiera dentro de una unidad de tipo armónico, unidad alcanzada sin abstracciones y por afinidad con lo que es vivo y activo.

Por el 1920, el gran poeta norteamericano Elliot, en su obra filosóficopoética *Cuatro cuartetos*, coincide con mi tesis estética cuando define la poesía como esfuerzo de unificación de los elementos heterogéneos de la intuición.

Actualmente todo aquello que la filosofía norteamericana engloba bajo el nombre de *personalismo* parte de la tesis de que la verdad no es igualdad de hecho y concepto, no es identidad de nociones, sino coherencia de factores. En mi obra *Estética*, publicada por 1935, sostengo que el conocimiento es la concurrencia de verdades que nos llegan por los sentidos, por la inteligencia, por la Revelación, y que por lo mismo hace falta descubrir el método de unión de estos caminos de conocimiento. Postulé al mismo tiempo la existencia en nuestra conciencia de un *a priori* especial, el *a priori* estético, que opera según ritmo, melodía y armonía, y al cual responde la realidad cuando se expresa según cualidad, debiendo reservarse para la cantidad las formas lógicas conceptuales. Gracias al operar de las fuerzas estéticas (melodía y armonía) resolvemos problemas como el que se plantea en el capítulo respectivo, a saber:

que uno y uno y dos y dos no siempre son dos y cuatro, porque si *uno* es movimiento del pie izquierdo y *dos* movimiento del pie derecho, lo que se obtiene con los dos movimientos es la nueva unidad viva del paso humano. También dos y dos, si se trata de pasos de caballo en movimiento, nos dan no cuatro, sino uno, que llamamos *salto*. Elaborando en detalle esta doctrina descubrimos que corresponde a todas las estructuras de lo concreto desde que lo consideramos en actividad y vida. Lo que se comprueba en el concepto que la física moderna tiene de los procesos atómicos y moleculares y las teorías de la biología sobre la célula.

Resulta en consecuencia que las distintas disciplinas parciales concurren según determinaciones y afinidades que son materia de una nueva disciplina filosófica: la disciplina estética. Llegamos a ella después de agotar las posibilidades del logos, y en seguida la verdad se nos revela como armonía en vez de la verdad como identidad. Es éste el momento en que se inicia la etapa filosófica de la armonía.

Según la armonía se resuelve el problema de las relaciones de la pluralidad con la unidad mucho mejor que por reducciones de matemáticas como la suma y la abstracción. Las leyes de la armonía nos permiten establecer el orden que rige el concurso de los irreductibles en todas las esferas del ser. Por ejemplo, en la física no nos conformamos con las ecuaciones de la física matemática que expresan identidades: exigimos el conocimiento de la cualidad, y para ello investigamos las propiedades de los cuerpos aprovechando sus irreductibles diferencias, como las del color, como las de las notas del sonido, y así sucesivamente. De esta suerte el universo se nos revela como equilibrada y fecunda pluralidad, unificada en la meta común a la cual tienden todas las divergencias y coincidencias. Obtenemos así el concierto de los seres todos con la persona del Creador.

En las filosofías existencialistas de la hora se hacen presentes las contradicciones del pensar tradicional, se insiste con toda ingenuidad, y como si se tratara de aserción novedosa, en que el ser del hombre es un «estar entre las cosas». Se pretende por otros resolver el problema religando al hombre con Dios, como si el insistir en una palabra vieja aportase nuevas luces a la verdad tra-

dicional de que el hombre no se explica por sí solo, sino que su presencia nos induce a pensar en un sostén que no puede ser otro que el Dios creador: todo esto es ejercicio verbal sobre puntos de vista gastados.

En cambio se hallan dentro de una filosofía estética filósofos como el norteamericano A. J. Bahm, de la Universidad de Albuquerque, que en trabajo presentado al Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Amsterdam en agosto de 1948, declara:

El organismo es un tipo de existencialismo que afirma: ser es existir. Y la existencia supone todas las categorías (universales y de características necesarias) que se nos manifiestan en pares de oposiciones polares, a saber: el ser y el no ser; la identidad y la diferencia; la unidad y la pluralidad; los todos y las partes; la permanencia y el cambio; la substancia y las funciones; lo viejo y lo nuevo; la duración y el acontecer; las cosas y el espacio; la causa y el efecto; la actualidad y la potencialidad; los fines y los medios; los valores intrínsecos y los valores instrumentales; lo finito y lo infinito; lo perfecto y lo imperfecto; el mal y el bien; el espíritu y la materia; la inmanencia y la trascendencia; los particulares y los universales; la cualidad y la cantidad; la libertad y la necesidad; la inteligencia y la inadaptabilidad; los individuos y el universo.

Para darle sentido a todos estos contrarios es menester hacer uso de una ley de orden capaz de englobarlos, no de unificarlos en el sentido lógico-matemático. Unidad de armonía es lo que pretende alcanzar nuestra filosofía con su método de la coordinación.

En suma, es siempre un acto lo que da unidad a los componentes del ser individual y es también un proceso lo que relaciona y da unidad de propósito a los distintos seres, y la conciencia es el acto coordinador supremo que nos permite contemplar nuestra acción y enlazarla por la inteligencia, por la sensibilidad y por la armonía con los demás hechos y seres de la existencia. En el acto de existir y sólo en su acción se unifican lo mismo los procesos atómicos que los celulares. En la doctrina de la Trinidad, un acto de plenitud cabal resuelve el enigma de tres que son Uno.

La falta de atención a las verdades de la experiencia científica lleva a los existencialistas a lo Sartre a errores pueriles como suponer que la existencia humana es «lo opuesto al ser de las cosas», no es «lo que es, sino lo contrario», o sea «un ser que se está haciendo». La segunda ley de la termodinámica nos enseña que, en tanto las cosas se están deshaciendo, la conciencia del hombre lucha para no dejarse arrastrar de las cosas. El hombre que hemos insistido en nuestra filosofía desde hace muchos años es germen y factor de la creación, justamente porque el pensar engendra un mundo nuevo que se opone a la homogeneidad de la fuerza en desintegración y contiene esa desintegración, saiva de ella lo mejor del universo.

Desde que aparece en la cosa el ser muéstrase inestable, su movimiento tiene al comienzo signo de resta; así es como se va agotando hasta que un acto de espíritu, la Voluntad divina que todo lo sacó de la nada o el humilde pensamiento de un hombre, cambia el signo de la fuerza, transfigura la cosa en pensamiento y la hace perdurable y enriquece el universo. En milagrosa coexistencia con todo lo que siquiera una vez ha existido, el ser del hombre se eleva sobre pasado y futuro en un presente que emparenta con lo eterno. En esta operación, el hombre lejos de ejercer libertad la sacrifica, puesto que se pone al servicio de la tarea divina que rescata el ser de la muerte. Quien no sacrifica su libertad hacia arriba para colaborar con lo eterno, a la postre la pierde cediendo a las sollicitaciones de la parte baja de su naturaleza, La exageración de la libertad que postulan los existencialistas es, en casi todos ellos, reacción verbal que procura hacer a un lado la sumisión en que han vivido las iniquidades de nuestro tiempo. Ajenos al sentido de lo heroico, sus quejas y rebeldías no encarnan la tragedia sino la caricatura de pequeños satanes sin aureola ni maldición.

Pero no es nuestro propósito intentar una crítica de doctrinas ajenas, sino simplemente señalar la necesidad de que el filósofo incorpore a sus métodos de investigación las nuevas formas del pensar que se deducen de la experiencia científica. Las formas estéticas

empiezan a ser reconocidas por pensadores de las más opuestas tendencias. En España, por ejemplo, el franciscano alemán Erardo W. Platezeck escribe sobre el pensar armónico. No logra convencer porque pretende fundarse en la aritmética de los antiguos en vez de abrir los ojos a la física y a la química modernas, que nos revelan combinaciones de irreductibles que se resuelven según la armonía fecunda. Otros muchos reconocen que el pensar filosófico ya no consiste en registrar las igualdades y anular las diferencias para llegar a verdades obvias de tipo matemático. Más bien, filosofar es buscar la regla de acción de los irreductibles cuando engendran vida y producen cualidades que enriquecen al universo. En la creación concreta no hay identidades porque todo es renovación y espontaneidad. Esto nos obliga a declarar que la filosofía también se encuentra más allá del logos de las ecuaciones y el principio de identidad, en una etapa nueva que es la de la armonía.

El punto de vista sostenido en este libro, que en parte es resumen de mis obras anteriores, concuerda con las nuevas corrientes del pensar filosófico fundado en la experiencia científica.

Eugenio d'Ors, en su importante libro *El Secreto de la filosofía*, dice expresamente («Diálogo sobre la música»): «cuya solución suprema no sea la anulación de lo vario en la identidad sino su conciliación en la armonía». Y más adelante, citando al cardenal Newman: «Quizás el pensamiento sea una luz». La síntesis que d'Ors alcanza en su tesis del orden como ley superior a la razón misma y a las contradicciones de la lógica y la física es una síntesis que no reduce la realidad a identidades, sino a la armonía; que no determina por razón suficiente, sino que conjuga por correlación funcional. También ha dicho Eugenio d'Ors: «es necesario que un vínculo de cohesión reúna todo lo sabido para que el saber exista». Al pensar según armonía lo llama d'Ors también «pensar según jerarquía». Podría decirse que la jerarquía es un orden según valor dentro de la armonía.

## CLASIFICACIÓN FILOSÓFICA

A fin de ubicar el pensamiento que se desarrolla en este libro conviene clasificar las escuelas filosóficas en dos grandes ramas, a saber: filosofías analíticas y filosofías de síntesis.

Todo el pensamiento filosófico puede ser dividido en la forma ya indicada, y así tenemos, por ejemplo: filosofías analíticas: tienden a reducir la realidad a uno de sus elementos.

Son analíticas, por lo mismo desintegrantes, tanto la escuela de los físicos como la de los eleáticos. Los primeros reducen la pluralidad a unos cuantos elementos, y entre ellos señalan uno predominante. Para Tales lo es el agua; para Anaximandro, el aire; para Heráclito, el fuego. Lo que importa advertir es la tendencia de consumir reducciones que empobrecen la realidad y la imaginan homogénea. Se diría que son filosofías que corresponden a la segunda ley de la termodinámica: anulan la riqueza de la pluralidad; son filosofías desintegrativas por exceso de simplificación.

Los pitagóricos representan el primer paso hacia las filosofías idealistas porque al reducir la pluralidad al número iniciaron el convencionalismo de igualar a la realidad con el orden matemático cuantitativo, sacrificando para ello las cualidades de las cosas.

Descubren así una arquitectura útil como sostén del pensamiento abstracto, pero sin contenido.

Los eleáticos, poco después, también proceden mutilando la realidad para quedarse con las sombras o residuos o formas de ser que son las ideas. Seducidos por la inmutabilidad de la idea no advirtieron que la naturaleza es más rica de contenido que todas las ideologías. De ahí a la deificación de la forma no había más que un paso, y éste lo dio el idealismo exagerado de los hegelianos, que identificaron el ser con el pensamiento desentendiéndose de lo concreto. La experiencia, resentida por su parte también del conceptualismo, acabó por elaborar su propia filosofía: la de la ciencia de lo concreto. Afortunadamente, al lado de las filosofías analíticas ha subsistido constantemente, y a veces se ha impuesto, el anhelo de la totalidad y de la síntesis, que es propiamente el del filósofo. El anhelo de la síntesis ha producido filosofías integrativas de la realidad, a saber:

### Filosofías de síntesis (comprendivas) tratan de explicar la realidad por la coordinación de todos sus factores

Empédocles es el primero que busca el secreto de la realidad en la combinación de los elementos, sin exclusiones y sin falsas primacías. La combinación es el esfuerzo primario de la síntesis.

Después de Empédocles, como era natural esperarlo, es Platón quien concibe la filosofía como un esfuerzo para descubrir los elementos esenciales de la creación y la manera de combinarlos. No podía Platón conformarse ni con el aire o el fuego de los físicos ni con la escueta idea de los eleatas. Y no obstante que Platón desarrolla la filosofía de la idea en su mejor forma, la teoría de las ideas, esto no le impide concebir un mundo de coherencias en su doctrina de los siete elementos de que nos habla en el *Timeo*. Deuda impagable tiene la filosofía con Whitehead por habernos señalado este Platón ignorado de eruditos y de sofistas: el Platón

que descubre en la contextura del mundo los siete factores: materia, idea, matriz, *psiqué*, logos, armonía y Eros. Es por lo mismo Platón el segundo filósofo que se inclina a la verdad como coherencia en contraste con la verdad como identidad.

Aristóteles, con su teoría de los universales, ofrece un sistema para unificar la combinación de factores; pero desgraciadamente se trata de un sistema que se origina en la abstracción, y la abstracción supone eliminación de propiedades. Todos los seres, incluso Dios mismo, tienen que ser sustraídos a la riqueza de su realidad, para convertirse en entes. La cualidad queda vencida y la infinita grandeza de lo absoluto queda reducida a la miseria del acto puro. Pero, al fin, la filosofía aristotélica no cierra los ojos a la física, no despersonaliza del todo la realidad, sino que le asigna lugar en sus cuadros. Es, al fin y al cabo, un realismo.

### Época moderna

El pensamiento cristiano introduce en la filosofía un elemento de realidad ultramaterial, sobrehumana, que hará imposible un retorno cabal al simplismo de los físicos griegos o a la abstracción de los eleáticos. Por encima de la sensación y la materia; por encima de la idea y la lógica está la realidad del Creador y su criatura. El mismo Creador es trino y uno, es decir, unifica dentro de sí la pluralidad y la justifica. San Agustín es filósofo de síntesis. Después de él, toda la filosofía cristiana es un esfuerzo para incorporar el pensamiento sobre el mundo al pensamiento sobre lo divino, que es la teología. La teología nos da la evidencia real del Dios persona transfigurada que vió San Pablo. No hay aquí lugar para la abstracción. El pensamiento tiene que dedicarse a establecer relaciones entre Dios y sus criaturas. El universo es concebido como un todo vivo y armónico. No hay otro modo de abarcarlo que el de la síntesis que lo contempla entero. El ser se nos aparece individualizado. Las relaciones de los seres entre sí responden a sistemas de razón, a sistemas de coordinación

conforme a la armonía y a esfuerzos de unión conforme al amor. El pensamiento es un esfuerzo de unidad que se integra en la pluralidad y crece con ella. No trata de reducirla a ningún uno convencional; procura entenderla penetrando en la intimidad de sus procesos. La filosofía deja de ser abstraccionista y se hace estética. Estamos dentro de la filosofía de la cualidad.

Una filosofía de la cualidad: esto es lo que ha estado naciendo falta durante siglos de especulación.

La filosofía de la cualidad tiene sus formas específicas de conocimiento y de síntesis. De ellas nos ocuparemos hasta donde nos sea posible. Al hacerlo quedará precisada una distinción capital entre dos formas de conocer: el conocer pasivo que da la lógica y el conocer activo que se desenvuelve mediante las formas de la armonía.

Toda operación racional comienza descomponiendo su objeto en sus elementos más simples, pero como no puede volver a juntar las piezas que le da el análisis nos vemos obligados a dar un salto fuera del objeto real que la razón desintegró y lo reemplazamos con el concepto, el ente, que en una falsa síntesis la razón nos da por abstracción. Esta abstracción ya no corresponde exactamente a la cosa pensada y analizada. En cambio la síntesis que resulta de la coordinación, síntesis activa que no reduce unos a otros los elementos sino que los pone en acción, es una síntesis cabal, una síntesis verdadera. El pensamiento coordinativo, a diferencia del pensamiento analítico, nos da una filosofía de los hechos y los sucesos en su realidad. La comprensión de este equilibrio de propiedades y funciones encaminadas a fines es lo que debe llamarse *verdad*. La verdad lógica y sus elementos de carácter abstracto nos dan la verdad provisional y parcial que halla su ley en el silogismo. La verdad, además de adecuación, debe demostrar coordinación. La adecuación se da en lo estático y conceptual. La coordinación es la verdad de lo vivo.

La verdad entonces consiste en la investigación de la existencia de cosas y seres y sus relaciones recíprocas, así como de las leyes que unen el conjunto de lo creado con el Creador.

Las consideraciones anteriores nos llevan a formular un cuadro de la filosofía, más o menos como sigue:

Filosofías reductivas	Filosofías constructivas
Tales, los físicos y Heráclito. Los pitagóricos. Los eleatas. Sócrates y los platonistas de las ideas. La escolástica de los universales. Galileo y Newton (los nuevos físicos). Comte y los materialistas, que buscan la unidad en la energía. Los intelectualistas: Hegel-Kant-Husserl.	En medio está el realismo aristotélico, que liga materia y forma, potencia y acto. El tomismo, que une filosofía y teología.
	Empédocles. Platón, el del <i>Timeo</i> y los <i>Mitos</i> . La Revelación-San Agustín. Escoto (voluntarista). Buenaventura. Místico doctor en Eros. Bergson, que busca la unidad en la vida. Whitehead, que renueva a Platón en la armonía. El personalismo moderno que desemboca en el Evangelio.

### La filosofía estética coordinativa moderna. Filosofías cósmicas

De esta división del pensamiento filosófico en dos grandes ramas: la filosofía reductiva (abstractizante) y la filosofía comprensiva (sintética), se deducen dos maneras de verdad: la verdad como identidad, cuyo modo ha señalado Brunschvicg en su estudio del método de la física matemática, y la verdad como combinación de Empédocles; la verdad como coordinación de la filosofía estética de nuestro tiempo (los personalistas yanquis, las filosofías científico-teológicas, filosofías cósmicas de la Francia contemporánea y mi propia filosofía).

De lo anterior también se deducen dos filosofías correspondientes: la de la cantidad y la de la cualidad, que sólo puede hallar conciliación en la armonía; de allí también nuestra tesis de que hemos ingresado a la etapa filosófica de la armonía. En ella encuentran solución el reposo y el movimiento, lo estático y lo vivo.

La filosofía de la cualidad, por ser una filosofía viva, supone una contemplación de las cosas en estado de movimiento. Al revés de las filosofías abstractas que primero lo reducen todo a una convencional pasividad. Es entonces uno mismo el pensamiento que se expresa cuando decimos: filosofía de la cualidad, filosofía de la coordinación, filosofía del movimiento.

Esto mismo nos obliga a reconocer dos criterios y dos sistemas de investigación: uno para entender el ser en condición estática; otro para entenderlo en su vivencia. Heráclito, en la antigüedad, creyó imposible encontrarle sus leyes al movimiento; de allí su escepticismo filosófico, que en el fondo era acertado, pues si no explicamos el movimiento, que es vida, no explicamos lo esencial. Y si esta imposibilidad fuese permanente tendríamos que conformarnos para siempre con toda esta ficción que se deriva de las filosofías del número y de las ideas; filosofías que engendran entes y luego los enlazan mediante leyes de relación dialéctica que no corresponden a los movimientos de la vida, a los movimientos de la realidad.

Hoy sabemos que la dialéctica es puramente discursiva y que es vano el afán hegeliano de someter la creación al discurso. Al contrario, la creación está regida por movimientos propios de desenvolvimiento y de fecundidad. Las cosas y los seres se mueven sin cesar, pero de acuerdo con formas propias de regularidad. Estas formas, diferentes del movimiento tradicional, son asequibles a la conciencia, penetran nuestra conciencia y establecen en ella órdenes que no son idénticos al orden dialéctico, aun cuando muchas veces resulten paralelos y armónicos al orden dialéctico. Esto es lo que ocurre con las formas de vida que son el ritmo, la melodía y la armonía.

## 3

## FILOSOFÍA V TEOLOGÍA

A fin de situar el problema teológico recordemos que nuestro sistema parte del átomo; más atrás aún, parte de la onda cuántica que unas veces nos da luz, otras se manifiesta en variedades electromagnéticas (poco más de ochenta en número), y que son la base de todo lo que ocurre en el mundo físico. La onda y el átomo son los primeros esfuerzos constructivos del cosmos, las estructuras elementales que vienen a contrariar la segunda ley de la termodinámica, la entropía, y de esta suerte contienen el proceso de disolución que después de su creación padece el universo.

La segunda etapa en este proceso hacia la construcción y la arquitectura, o sea la heterogeneidad coordinada en vez de la desintegración, la destrucción y la homogeneidad, la encontramos en la molécula, que juntando dos o más átomos heterogéneos construye cuerpos que son en número aproximado de noventa y ocho (conocidos hasta la fecha por los químicos). Mediante composiciones específicas, que son siempre heterogéneas y asimétricas, el mundo molecular lleva la arquitectura del universo un paso más allá de la onda y el átomo en la tarea de contradecir la entropía, o sea en la lucha contra la dispersión en la homogeneidad.

En tercer lugar tenemos la actividad peculiar que se encierra en la célula viva. Por medio de combinaciones, también asimétricas (macho, hembra; calor, frío; asimilación y desasimilación de elementos), la célula da origen a las especies animales, y al término de ellas aparece como remate y a la vez como transición hacia otra etapa la persona humana. Con evolución o sin evolución, el hombre representa en el cosmos un salto como el del *quantum* de la luz que crea las ondas, o como el de la molécula o la célula, sólo que de trascendencia mucho más profunda porque en el hombre aparece el elemento nuevo que es la conciencia. Decimos *conciencia* porque resulta peligroso hablar, desde luego, de la inteligencia, si por *inteligencia* entendemos el intuir de las esencias o las formas. Lo que caracteriza a la conciencia, más bien que una intuición formal, mejor aún que una intuición ontológica, es el acto vivo que le permite *coordinar los distintos elementos del conocimiento* que llegan a su persona a través de sus varios instrumentos de conocimiento. Estos elementos son los sentidos, la inteligencia, la voluntad, el sentimiento. Su número puede aumentar a medida que la investigación ahonda en el estudio de la *psiqué*, la psicología, etc.; pero lo que constituye lo central y específico de la conciencia es el *acto coordinador de los heterogéneos* que forman el conocimiento, del cual resulta un tipo especial de unificación, unificación para la acción, a diferencia de la unidad que da la inteligencia, producto de abstracciones y comunes denominadores puramente convencionales. La acción coordinante integra las percepciones del exterior en una conducta. Cuando ésta inquiere a dónde va, por eso mismo engendra una actividad de orden trascendente, una actividad metafísica. Una metafísica que no consiste, como la antigua, en intuir esencias abstractas y ligadas por la lógica a fin de oponerlas a la realidad cambiante, o sea una ontología que se suponía realísima porque era fija y que hoy, por eso mismo, nos parece muerta y completamente ajena a la índole real de la creación. Por *metafísica* entiendo, al contrario, un sistema de conocimiento de las partes, o sea los seres que integran una zona de la existencia;

las relaciones que ligan entre sí las partes, los fines particulares de cada uno y la meta común de los distintos grupos, todo con el fin de alcanzar la comprensión del todo. Pero de un todo vivo dentro del cual las partes no son elementos que se prestan a la suma como en la aritmética o la geometría, sino funciones, propiedades y factores que, manteniéndose heterogéneos, dan origen sin embargo a un conjunto, que es siempre mucho más que la suma de sus partes: más que un todo formal porque constituye una jerarquía. Y una jerarquía es ya una imagen del universo más acertada que cualquiera dimensión puramente cuantitativa.

Quejé de todos modos asentado que procuramos identificar la persona con la *psiqué* de los griegos y más estrechamente con el alma de los cristianos. Pero rechazamos desde el comienzo la pretensión de reducir a intelecto puro un alma que es porción de vida, en la cual se consume una como miniatura del universo. No hallamos posible ni deseable la hipótesis del intelecto puro. Repudiamos también la vieja concepción aristotélica del acto puro, en la cual vemos un exceso de abstracción en que, a fuerza de eliminaciones, en vez de Dios se alcanza la nada. No hay en la naturaleza abstracciones: los verbos sólo existen como situaciones del sustantivo, pero sólo los sustantivos poseen el ser.

En todo caso, es el alma el triunfo supremo de la acción que, a través de estructuras y arquitecturas diversas, pone en pie de acción a los seres con el objeto de combatir la entropía del universo. El hombre, el mejor instrumento con que contaba la creación para librar esa lucha que anima el espíritu, por alguna causa misteriosa (algo como el pecado original) se llenó de soberbia, se cegó y se hizo inútil. Desde entonces la naturaleza y las almas mismas quedaron necesitadas de redención. La Redención es un proceso cósmico que contradice la entropía a través del hombre redimido, que vuelve a lo suyo al ligar su albedrío con el que dijo: «Soy el camino y la vida; el que me siga conquistará la inmortalidad».

De tal suerte el hombre representa una cuarta etapa, que es la del alma. Diferenciado de todo el resto del cosmos y tan ajeno a la entropía, por lo menos mientras actúa su alma, gracias al hombre resplandece sobre lo creado un destello del espíritu. El *quantum* produce luz; el átomo engendra estructuras movibles; la célula es inicio de vida que contradice la entropía; el alma es comienzo de espíritu: mediante las almas el Espíritu Santo renueva el universo. Al mismo tiempo, es en el alma donde aparece por primera vez una cierta afinidad que nos permite advertir la presencia de las cosas del espíritu con algo como el instinto precursor de la inteligencia en las especies. Así el alma sospecha las maneras del otro mundo e intenta relacionarse con los seres que posiblemente lo habitan: ángeles, arcángeles, etcétera.

Hemos dicho «seres del otro mundo» y no «esencias del otro mundo» (como lo habría expresado un platónico usual, es decir, un idealista), porque tenemos repudiada la tesis de los dos mundos: el de las esencias y el de la vida concreta. No aceptamos y no concebimos sino un solo mundo hecho de estructuras, organismos, almas, es decir, seres en integración plena, y, más allá, seres aún más perfectos. De esta manera nos ahorramos la operación pseudoplatónica que primero abstrae para postular esencias y después, a fin de expresar esas esencias fantasmales, tiene que revestirlas de atributos carnales y así representa en el arte las formas humanizadas de ángeles, virtudes, potencias, etcétera. No hallamos necesario ni útil este juego mental. ¡No creemos que nuestras concepciones modernas sobre el mundo que nos rodea se aclaran con el supuesto de un mundo de ideas separadas que serían el modelo de lo que ocurre en lo concreto! No vemos la exigencia ontológica, acaso porque no somos filósofos de la abstracción sino de la síntesis. ¿Que para crear hacen falta patrones? Enhorabuena, pero que no los vendan separados: dejen que Dios los guarde en su mente y que sea Él mismo quien en cada caso consume el ajuste, el arreglo único para cada criatura. Los sistemas del idealismo, en cambio, se parecen a la tienda de modas baratas, que no toma medidas, no ajusta, sino que vende figurines impresos por series.

Ya dentro del mundo de las almas y el decaer éstas, la Providencia, que no quiere dejar perder su obra, que ansía salvarla, produce el suceso de la Encarnación del Verbo en persona humana para regenerar al hombre y dar aliento a las fuerzas superiores de la historia. En rigor la Encarnación vuelve inútil a la historia desde que en ella se consuma la final posibilidad del espíritu con la aparición del Redentor. Lo que el universo aguardaba para librarse de la dispersión a que lo arrastra la entropía; lo que el hombre desesperaba alcanzar desde su caída lo da el Verbo encarnado en la persona de Cristo. Por algún motivo profundo (desgaste de las corrientes creadoras, pecado original, intervenciones malignas), lo cierto es que la existencia toda se hallaba necesitada de una nueva, general y profunda intervención de su Creador. En tal momento el hombre, término el más avanzado entre los productos de la creación y el más responsable del desquiciamiento general, fue elegido para recibir el soplo divino y orientarlo: la forma del hombre regenerada por la Encarnación y convertida en Dios-Hombre. Reorientación hacia el amor, que es fuerza más coherente y perdurable que las fuerzas de creación que no pueden dominar la entropía. El Padre, como al principio del mundo, se vale del Verbo, sólo que esta vez lo encarna, y concluida su acción salvadora personal llama todavía a la Tercera Persona, el Espíritu Santo, para que sea la mantenedora del universo regenerado.

Recorrido de esta suerte el panorama de la existencia desde la onda magnética hasta Dios, sólo queda por establecer (magna tarea) las relaciones de las partes entre sí, asunto de la ciencia, y las relaciones de las partes con la Suprema Persona, lo que es objeto de la teología.

## Uno y Vario

La persona humana representa en el cosmos el primer acto de conocimiento, si por *conocer* entendemos no sólo adaptar la cosa a la idea, la imagen al objeto material, sino el acto propio

del *cognoscere* que es coordinar factores heterogéneos en alguna finalidad común, posiblemente concurrente. En las altas esferas de la existencia, la persona humana, con su coordinar las direcciones, desempeña función parecida a la de la ameba que capta, aprehende, el corpúsculo nutritivo necesario para mantener la construcción que es la vida. Tal y como todavía más abajo en la escala, la onda y el átomo son los primeros actos de elaboración de estructuras necesarias para la base arquitectónica del cosmos.

Todo en la existencia es uno y vario: unidad y pluralidad. En las primeras creaciones de la existencia la unidad y la variedad son confusas. Acaso la primera distinción, lo positivo y lo negativo del elemento eléctrico, es el comienzo de la separación, la bifurcación de lo uno elemental en sus diferencias, diferencias de carga y de cualidad que pronto adquieren la más alta significación. Ya desde la electricidad, para que exista corriente es necesario que operen los diferentes, los asimétricos positivo y negativo; de otra manera no hay desplazamiento de energía. Así como más tarde en lo molecular hace falta también que los elementos de la composición creadora sean impares, y luego, en lo orgánico, no funciona la vida sino cuando son asimétricos los elementos de la composición del ser vivo. La unidad siempre es el resultado de un instante fugitivo de unión venturosa, unión armónica, de varios heterogéneos. Uno de los elementos de cada heterogeneidad se va acentuando a expensas de los otros, y así en el hombre la postura de lo uno y lo vario se simplifica. Existe en el hombre la conciencia una en acción perenne y en contraste con la perpetua desintegración de los elementos que lo rodean (físicos, químicos, orgánicos). La primera suspensión, el primer alto de importancia en las corrientes que van hacia la desintegración le da la conciencia humana que por primera vez junta en sí la trilogía contradictoria: pasado, presente y futuro. En ella lo uno conquista el dominio de lo trino haciéndolo orgánico, obligándolo a concurrir a una finalidad superior a los términos originales. Desde que el hombre percibe y junta pasado, presente y futuro, lo que hace en rigor es ponerse fuera del tiempo, vencer su medida y parti-

cipar de la eternidad. Así, en todos los órdenes vivos no hay otra unidad que la de la acción que determina direcciones, se abre paso hacia objetivos diversos. La conciencia recibe sensaciones, ideas, voliciones, sentimientos; pero de todo hace un haz en que no hay suma sino arreglo proporcionado, armónico o inarmónico, pero de todos modos dotado de un propósito nuevo, que no es ni el de la pura sensación ni el de la pura inteligencia, etc., sino un compuesto en que predomina la persona, es decir, el tipo nuevo de unidad que el conjuro de los heterogéneos factores provoca y en cierta manera engendra.

Cada una de las maneras de nuestra *psiqué*, de nuestra personalidad, es un sistema de orden que da origen a un método de investigación y de acción. Y según que cada uno de estos órdenes predomine tendremos visiones parciales de la naturaleza de la *psiqué*. Si aprovechamos con demasía la inteligencia tendremos un racionalismo; si hacemos predominar la sensación nos convertiremos en materialistas; si equilibramos nuestras funciones vitales, nuestros sistemas de investigación, alcanzaremos una armonía que es más que la razón del idealista y más que el sensualismo: conquistaremos una conciencia de la totalidad dentro de la cual podrá ocupar un sitio cada una de las partículas del cosmos según proporciones y jerarquías.

Un equilibrio de esta índole no se da entero ni por la razón ni por la sensación ni por el arte, y sin embargo se realiza en nosotros cuando vivimos según la totalidad de la conciencia. Sin esfuerzo la conciencia cumple a cada instante su función unificadora y nos revela de esta suerte un poder superracional al mismo tiempo que supersensorial; un poder de ajustes y de armonía de lo de abajo y lo de arriba, de lo distante y lo próximo, que ya no es natural sino sobrenatural, como que pertenece en efecto a la zona del espíritu. Y supone una conciencia inmaterial que es trascendencia de la conciencia corpórea. Sin separar una de otra, porque es inútil y orilla a confusiones toda hipótesis no indispensable, digamos que es propio de la conciencia del hombre entenderse con lo de abajo recibiendo sus sollicitaciones para darle orientación que concurra

al fin superior y al mismo tiempo sospechar y adivinar las direcciones y las metas de la existencia de arriba; todo, según dijimos ya alguna vez, a la manera de un anfibio inmaterial que participa de las dos naturalezas: la sensible y la invisible.

Pero ¿qué es lo que descubre la cabeza de este anfibio al asomar a la región incorpórea? Desde luego descubre un mundo en que ya no tienen aplicación sus nociones de materialidad, sino sólo aquellas ideas y sentimientos que satisfacen las exigencias de lo eterno. En el mundo nuevo de lo invisible ya no valen física y química ni matemática y lógica, sino sólo las más altas visiones de la poesía, la filosofía y la religión. Y es esta última la que acaba por hacerse el intérprete indispensable, el único idioma mediante el cual se puede comunicar el alma con lo invisible. Y la religión, en resumen, no es otra cosa que la Revelación. Es decir, la contemplación del conjunto en toda su infinitud, ya no tanto según arriba y abajo, sino más bien conforme a operaciones mentales de proporción, de armonía y de amor. Dios en el centro y las criaturas en sus sitios respectivos dentro de un mundo que es dinamismo perenne y concierto logrado y fecundo de las disparidades y las asimetrías.

La Revelación es entonces la última filosofía, y como Cristo es el más grande, el más autorizado de los videntes religiosos de toda la historia, el único en quien, según vió San Juan, encarna el Verbo mismo, tenemos que concluir que es en el Evangelio donde hemos de encontrar los principios y los fines, las columnas y la bóveda de la verdadera y total filosofía. La que permite explicar y conectar cuanto ha ocurrido y ocurre y habrá de ocurrir en el universo entre las criaturas y su Creador.

### Retorno a lo uno

Creemos que el mundo está construido según modelos y patrones que rigen para toda la evolución de lo que existe. No hay desde luego ser uno ni ser en abstracto; todo ser supone una feliz

combinación de elementos dispares unificados por la acción; *cada ser es un caso en que lo vario se coordina para retornar a lo uno o para ensayarlo*. Esto es verdad completa en el caso del Dios Trino. La Trinidad es la solución más simple, más fecunda y más alta entre todas las posibilidades de la creación. En la divinidad tres naturalezas se combinan para alcanzar la unidad que es Dios. En el hombre hay muchas naturalezas, de allí sus conflictos. Más abajo del hombre, en la escala zoológica, ni siquiera hallamos completos los elementos que serían necesarios para alcanzar un tipo de unidad individualizada. Falta el factor coordinativo de la conciencia tal como se da en el hombre.

Fuerza es deducir que una filosofía que no se halla concorde con la Revelación será una filosofía falta o incompleta, porque en la Revelación, según se da en el Evangelio, está no sólo el sistema de la moral sino también el esquema de los mundos, por ejemplo, en la teoría de la evolución; también en la doctrina sobre la creación. Lo que se aparta de este patrón sencillo y grandioso se pierde en el abismo, se desintegra.

Se dijo muchas veces que el Evangelio no contenía una metafísica. Ciertamente no hallamos allí vestigios ni de Aristóteles ni de Platón; mucho menos, por fortuna, de Hegel; pero sí supone el Evangelio un plan del universo, y dentro de él una oportunidad para los destinos, tan cabal y sencilla que no reclama ontologías.

Así como en el siglo XIII, Santo Tomás y la escolástica llevan la filosofía aristotélica a desarrollos que la colocan en el dintel de la mística, frente al misterio de la Revelación, actualmente las almas contemporáneas sentimos que la ciencia de nuestra época, la ciencia positiva, nos ha descubierto un mundo estructurado en seres, jerarquizado en personas, que responde mejor a la cosmovisión del Evangelio que a cualquiera de las filosofías idealistas de índole abstracta. La idea de *creación*, que es central en la Escritura, domina hoy a la ciencia de la experiencia. En nuestra visión del mundo los seres se hallan repartidos en familias y géneros de distinta índole y grado diferente de integración. En la esfera del hombre luchan los destinos: arriesgan perderse si predomi-

na la soberbia; disfrutaban oportunidades de salvación si logran insertar nuestro albedrío en la voluntad divina. Y al centro de la historia Cristo, que no sólo es Redentor sino el término último de la creación entera, su paradigma y su meta: el Pantocrátor de los bizantinos.

La Revelación es una y no cambia; lo que va cambiando es la manera como cada época contribuye a enriquecerla. Bajo San Pablo y la filosofía griega es reorganizada conforme al anhelo de llevarla a conclusión en el mensaje revelado. No es, como se ha dicho, que la religión buscase apoyos en la filosofía pagana, sino que ésta se hallaba incompleta hasta en tanto no pudiese quedar incorporada al edificio de la teología verdadera. Esto mismo ha ido ocurriendo con todas las filosofías: cada una tiene que sacrificar algo a fin de estructurarse en forma de que pueda conectar con la verdad superior. El platonismo tiene que corregir la doctrina de su Eros de tipo sexual a favor de Eros como relación de padre e hijo, de criatura y de Creador, para acceder a la unidad de un pensamiento cabal. Más tarde la Patrística se empeñará en corregir la filosofía griega con la mira de darle sentido gracias a su contacto con la verdad revelada. Realiza de esta suerte la Patrística un esfuerzo parecido al que poco antes consumara Filón el hebreo en su síntesis del hebraísmo y el platonismo. El objeto esencial de esta síntesis fue la coordinación del pluralismo helénico con el monoteísmo hebreo.

La Patrística se cierra con San Agustín, que pensando como cristiano formula una síntesis que abarca todo el pensamiento de su época con el objeto de enmarcarlo dentro del contenido cristiano y animarlo todo del espíritu de la Revelación. Nunca antes se había logrado tan acertado acuerdo entre el Cielo y la Tierra, entre lo fugitivo y la verdad eterna. La variedad se ha multiplicado sin precedentes; sin embargo la unidad nunca alcanzó mayor firmeza que en la filosofía del santo.

El platonismo conserva sitio de honor en su sistema, pero la primacía es teológica. Es en la Iglesia donde encarna el saber pleno que depende de la interpretación de la verdad revelada.

La directriz agustiniana es tan fecunda que se mantiene autónoma dentro del diluvio del tomismo aristotélico y todavía llega fecunda a nuestros días. San Buenaventura todavía nos ofrece raíces para asentar el existencialismo cristiano y escuelas afines como el personalismo científico, etc., etc., pero no intentamos negar la importancia que tuvo el tomismo. La síntesis tomista del siglo XIII coronó el pensamiento escolástico y por mucho tiempo dió coherencia al saber universal en torno de la Revelación como última instancia de toda experiencia y todo concepto. Lo que pasa es que con el advenimiento de la ciencia positiva ya no podemos pensar el mundo en forma aristotélica. Aun durante la época de oro del pensamiento tomista, otras doctrinas filosóficas conservaron vigencia y no fueron repudiadas por la autoridad eclesiástica. Esto quiere decir que hay distintas maneras válidas de interpretar filosóficamente la doctrina del Evangelio, lo cual la misma Iglesia acepta desde que ha canonizado por igual a Santo Tomás y a San Buenaventura, a San Francisco de Asís y a San Ignacio de Loyola. Pero no sólo cada conciencia es para el Evangelio un oasis en que se rejuvenece, sino que la contextura misma de la verdad está hecha de zonas, etapas y modos, según lo reconoce la Escritura misma cuando afirma que son muchas y no una sola las moradas del Padre.

Esta verdad suprema la confirma la experiencia histórica y nos justifica a los que en este periodo de mediados del siglo XX, nos resistimos a usar el lenguaje. O debería mejor decir: nos resistimos a aprender el lenguaje abstraccionista de los entes, las especies y los géneros. Nos resistimos porque sabemos lo que no sospechaba el clásico, y es que el mundo externo, el conjunto de los seres que nos rodean está hecho de individualidades, todas estructuradas conforme a ondas, radiaciones, átomos, células, y luego los animales, que son grupos aparecidos y desarrollados, quizás por evolución, pero seguramente no por dialéctica. Se ve enseguida la distancia a que esto nos coloca del aristotelismo y del tomismo. Los esfuerzos consumados recientemente por el neotomismo, con la mira de forzar la verdad experimental dentro de los moldes de un realismo a lo clásico, nos parecen más

bien intencionados que eficaces; pero no advertimos la necesidad, digamos moral, de insistir, porque la Revelación no depende de un solo idioma sino que, por medio de muchos, expresa la misma verdad. Así en la ciencia. No existe razón alguna para que la ciencia moderna tenga que acudir a otros símbolos que los que ella misma ha creado en su desarrollo, porque precisamente hoy se advierte que, nuevos como son esos símbolos, nos conducen mejor que cualquiera terminología antigua al objetivo básico del saber, que es el de coordinar todas sus esteras con su centro fundamental que es el de la Revelación. El conocimiento moderno es como una nueva región del Cielo abierta a nuestra contemplación; una nueva morada de la sabiduría que es menester ocupar con beneplácito porque se halla en el mismo palacio del universo que habita su Creador.

De otra manera, sin esta libertad sincera de juicio se caería en el error, ese sí grave, de identificar a la Revelación, que es absoluta, con tal o cual sistema del pensamiento subordinado, como todos los sistemas, a las circunstancias del ambiente histórico en que aparecen. Al contrario, cada uno de los sistemas filosóficos a través de la historia es como vestidura temporal conveniente para que los fieles comprendan mejor la verdad inmutable, per riquísima en consecuencias y matices, que es el núcleo de la Revelación.

Las expresiones cambian, pero no sin haber contribuido cada una al enriquecimiento de nuestras captaciones de la verdad. En el fin de los tiempos, así que todas las generaciones hayan contribuido su experiencia, la perduración de la humanidad ya no tendrá sentido. Estamos aquí para desentrañar todo el contenido del misterio, y pensaremos hasta que ya no tenga objeto pensar porque todo esté descubierto. Quizás para entonces ya tampoco tenga objeto vivir según se vive en la tierra. De suerte que la tarea de la especie sólo llegará a término así que la verdad se manifieste y esplenda en toda la variedad de su poderío. Mientras haya un misterio en la creación la mente humana tendrá tarea que realizar. Una vez hecha la luz en el orden del espíritu como ya lo

fue en lo material, las almas podrán entregarse al disfrute despreocupado del existir. Esto es lo que se entiende por *salvación*.

Algo por dentro pregunta: ¿por qué esta lucha de siglos durante la cual unos cuantos videntes y otros tantos santos logran mirar de frente a la verdad y se salvan, en tanto que millones y millones nacen, padecen y mueren sin sacudir la tiniebla? No está a nuestro alcance el libro de las respuestas. Pero acaso lo más notable de la Revelación, según el Evangelio, es que, al revés de lo que ocurre en doctrinas de salvación, como por ejemplo la vedántica, la salvación no depende tanto de ver la luz, conquistar la verdad, como de practicar la caridad. No hace falta una gran inteligencia ni poderío sobre el mundo. Basta con la posibilidad de poner en obra alguno de aquellos actos sencillos que se enumeran en el Sermón de la Montaña.

Los esfuerzos del pensador, el caudal de conocimientos de cada época son tesoros añadidos, gala y vestidura nueva del cuerpo de la doctrina teológica, y ésta es el Verbo de que habló San Juan.

Nada tiene que ver en todo ello la historia. El suceso de la Revelación carece de conexiones con el acontecer inmediato que es inseparable de la historia. Los sistemas y las ciencias que han ido enriqueciendo la Revelación pueden caber, de hecho caben dentro del horizonte de la historia, pero no se habían determinadas por ninguna suerte de necesidad: son apariciones espontáneas, con la espontaneidad del genio filosófico o el milagro de la santidad. En la serie neutra del tiempo sólo es importante aquel siglo en que el espíritu humano concibe la verdad absoluta según ángulo propio y hallazgos originales, lo mismo en el orden del arte que según las modalidades del pensamiento. Hay en todo esto descubrimiento más bien que creación. Por eso la verdad emana de la Revelación va derecho al Padre, porque ya es el Verbo y se manifiesta iluminado por el Espíritu Santo. Por sobre la razón, que es claridad, la voluntad que es amor y misericordia. <sup>Intuición y sensibilidad</sup>

Hasta aquí la ciencia y la sabiduría; más allá, la teología nos confirma que el cosmos está hecho de seres y sólo de seres. Plas-

man éstos en formas según las exigencias de su índole y de su desarrollo. La voluntad divina desató las potencias mediante un *fiat (quanta)* que engendró la luz, es decir, la familia de las ondas electromagnéticas. Vinieron después en sucesión las especies, y por último la divina voluntad extrajo de su universo el joyel de su creación: el hombre, victoria fulgurante sobre la entropía. En el hombre triunfaba definitivamente la vida; pero, igual que el ángel más hermoso, el hombre se ufana y peca. Su caída en cierto modo arrastra a la creación entera; se suceden los cataclismos y las penalidades. Hasta que maduros los tiempos el propio Dios encarna en el Verbo que es Cristo. Mediante Él se opera la tarea cósmica de reintegrar la creación a su gloria primitiva.

En tanto que el hombre no sea salvo, su mente hace filosofías y se siente incompleta porque no acierta a ligar sus hallazgos obtenidos por ministerio del logos con las luces del saber revelado, mensaje directo del Creador.

la fe de evpa de muche  
más allá de la razón y de  
cualquier tipo de mentes  
humanas.

## 4

## LAS FORMAS ESPECÍFICAS DEL CONOCER COMO ACCIÓN

Formas elementales y específicas del conocimiento se nos manifiestan en la actividad de todo lo que nos rodea. Examinemos la manera como se desenvuelve el movimiento en los seres vivos. La primera condición del movimiento creador es el ritmo. En él hallamos un modo de la acción y también un modo del conocimiento. Analicemos la marcha del hombre: consiste en dos impulsiones desemejantes que producen avance corpóreo. Adelántase el pie izquierdo y le sigue el pie derecho; los dos impulsos heterogéneos se resuelven en la unidad que llamamos *un paso*. Nos hallamos frente a una contradicción palmaria de la matemática que nos dice que uno y uno son necesariamente dos; en el paso humano uno y uno combinados nos dan uno, un paso. Y si observamos un caballo que trotta veremos que la acción acompasada de cuatro patas engendra un salto, de suerte que el concurso de cuatro elementos dinámicos heterogéneos nos da una unidad que es el salto. ¿Quién podrá negar entonces que cuatro ya no es aquí igual a cuatro? ¿Qué haremos ante la evidencia desconcertante de estas ecuaciones absurdas:  $2=1$ ;  $4=1$ ? Lo cierto es que nos hallamos ante un modo *sui generis* de conocimiento: también de acción.

Sucede que la ley propia de la constitución del vivir y el ser mismo no corresponden a la extensión geométrica. Uno y uno, si son diferentes en calidad como lo izquierdo y lo derecho, no dan dos sino una unidad nueva que engloba ambos y genera acción. Uno más uno, más uno, más uno, o sean cuatro unos, diferentes en calidad pero concurrentes en un propósito vivo, vuelven a dar uno, pero un uno de género superior, vital, activo.

¿Cuáles son las consecuencias filosóficas de estas verdades evidentes como las de la matemática, sin embargo totalmente diferentes en sus resultados? Oportunamente veremos que para explicarlas se hace necesario un cambio radical de los métodos usuales de la filosofía.

Por lo pronto ensayemos la aplicación de la tesis del ritmo y la armonía a las maneras de relación que se manifiestan en las formas elementales de la existencia, como el color y el sonido. Descubriremos enseguida que el desarrollo general de los fenómenos no obedece a las leyes matemáticas ni a leyes dialécticas, sino casi exclusivamente a combinaciones rítmicas y melódicas. En nuestra obra *Estética*, y después en la *Lógica orgánica*, dejamos determinados ya los caracteres específicos de lo que hemos llamado el *a priori estético*, base de la filosofía estética y su método que es la coordinación. En lo que sigue se observará la naturalidad con que un gran número de problemas oscuros se resuelve con claridad si les aplicamos el criterio de la armonía mediante las formas específicas del conocer como acción: el ritmo, la melodía y la armonía.

Observemos antes sin embargo que la serie numérica nos da impresión de cantidad cuando imaginamos una, dos, tres esferas, o cuando escuchamos las campanadas de la hora en el reloj. Si en la serie se introduce un ritmo enseguida nace un sentido, se inicia una sugestión de valor cualitativo que inmediatamente nos traslada de la física a la estética.

Ya Bergson observó en su análisis de la duración que la sucesión de nuestros estados de conciencia se identifica con ésta cuando nuestro yo se deja llevar de la vida, cuando se abstiene de

establecer una separación entre el estado presente y los estados anteriores, tal como ocurre cuando recordamos juntas, y por decirlo así, fundidas, las notas de una melodía. Según el propio Bergson, este conjunto es comparable a un ser vivo cuyas partes, aunque distintas, se penetran por el efecto mismo de su solidaridad.

Es indudable entonces que podemos concebir la sucesión por penetración mutua y solidaridad. Los distintos elementos de esta organización no son aislables por la abstracción, sino que cada uno es percibido simultáneamente. Nuestros estados de conciencia se solidarizan como lo están en la vida. No los ponemos uno al lado del otro como en el mundo fingido de los matemáticos. Expresan éstos la duración en extensión, pero la verdad está en percibirlos simultáneos y distintos y sin embargo ligados en un propósito.

La percepción de la multiplicidad distinta o cualitativa, sin relación con el número, nos da la imagen de la duración pura que ya no es susceptible de medición. La organización rítmica del conjunto es lo que nos da la noción de *calidad*, a diferencia de la síntesis espacial o numérica que nos da un símbolo, una imagen que representa sumas de unidades homogéneas yuxtapuestas.

La percepción de la simultaneidad es una forma específica del conocimiento que, como iremos viendo, encierra el mayor interés. Para comprender todas estas formas del conocimiento activo es conveniente recordar ciertas observaciones esenciales de Bergson, a saber: que el movimiento, en tanto que tránsito de un punto a otro, es una síntesis mental, un proceso psíquico inextenso; pero el conocimiento es un progreso, una síntesis cualitativa, una organización gradual de nuestras sensaciones con unidad análoga a la de una frase melódica.

## CONSIDERACIONES GENERALES

El secreto del color

*Juego del crear y el pensar*

La creación entera reposa en el seno de Dios como los colores del iris en la luz blanca que los resume y contiene; los mantiene inmanifestados mientras no encuentran la clave de su desarrollo en las gotas del rocío o el prisma del laboratorio. Luz neutra es, en apariencia el rayo blanco; en realidad es un recipiente de poderío genético sempiterno. Posibilidad permanente del milagro de la diversificación que es el iris. Luz preñada es en verdad el rayo blanco y de la prole limpia de los colores. Ser específico cada color, su existencia depende de arreglos fijos de las ondas energéticas, perfectamente medidas y conocidas. Sólo los ignorantes o los ociosos buscan en los colores esencias y entes, como cuando de lo verde deducen la verdosidad, etc., etc., en disparatadas verbologías que estorban nuestra comunicación directa con el ser. Aparentemente los colores del iris se pierden al desvanecerse el nublado, pero los recobramos cada vez que la gota de agua o el prisma les dan ocasión de escapar al rayo blanco que es para ellos hogar o cárcel. Así, quizás también, la muerte al desenraizar las

almas las entrega al espíritu en que hallarán la eclosión misteriosa de la redención. Con la diferencia de que al salir de la cárcel corpórea las almas escapan al ciclo vida y muerte para lanzarse al nuevo destino de la perdición o la salvación. La naturaleza no sólo trabaja para la muerte: también para la vida, y si un grupo de seres como el de los colores contenidos en la luz ordinaria encuentra en ella misma su refugio contra la dispersión definitiva, su garantía de resurrección repetida cada vez que el prisma los convoca a lucir, ¿por qué no ha de ser legítimo imaginar que el alma se refugia momentáneamente en la muerte para saltar de allí al elemento de donde viene, que es el Verbo que la creara, y luego establecerse en la eternidad? Para los colores el blanco no es la muerte. No obstante que el blanco los traga, en él se mantienen reconcentrados los colores en espera de nuevas apariciones que enriquecerán la variedad del ser. El problema de cómo será la vestidura nueva de las almas, su contextura, bien aérea y esplendente como la de los ángeles, o bien, intangible aunque de figura como la corpórea, es cuestión secundaria; lo que interesa es recoger las analogías que nos dan confianza en su inmortalidad. Como los colores en el prisma, no sólo las almas, la creación entera se halla suspendida del juego que en las manos del Creador desenvuelve un prisma original. Se recrea el Supremo Artífice en su obra y por eso la mantiene a través de las edades, en despliegue de mundos y en amor que abarca a todas las creaturas y rescata las pobres imitaciones del Creador que son los hombres.

Por eso, si pensar es llevar la atención por todas las maneras del cosmos, hay que concluir que pensar es seguir el juego de los elementos del cosmos. Dios hizo el mundo jugando; en toda creación hay goce. No es cierto que en el séptimo día el Creador descansara; en el último día se recreó con el resultado del afán constructivo de los días anteriores. En el rostro divino prevalece la sonrisa. De allí que el filósofo de la verdad tenga que ser claro y jovial. Ciertamente que la verdad es a veces terrible: hay el *Dies Irae*, la ira divina a la par que las alabanzas y las beatitudes, pero la causa de ello es el pecado que consiste en desarreglos de que se conta-

gia a veces la misma naturaleza. Pero la verdad es clara y sencilla. Ya lo dice el método científico: entre dos hipótesis de ley natural, la más simple es casi siempre la verdadera, la más directa y fácil.

Sin embargo esto no lo entienden ciertos filósofos. Suele el filósofo ser abstruso y difícil. Los filósofos difíciles son necios o son tontos o están equivocados. Porque les cuesta trabajo pensar suponen que Dios también sudó para hacer su creación. En realidad ni el hombre sufrió desconcierto cuando disponía de la inteligencia natural del Paraíso. Nuestro pensamiento humano se resiente de la caída original, por eso suele concebir un Creador lento y sutil, inepto casi, pues tal es el supuesto implícito en esas metafísicas complicadas y estériles que desembocan fatalmente en la nada. Lo cierto es que Dios no es máquina de sumar ni maestro de ecuaciones ni formulador de dialécticas que se resuelven en juego de palabras.

Tampoco es la sabiduría cosa de puro pensamiento. Para entender el mundo no basta el pensamiento; es preciso amarlo como lo han amado los santos y los poetas. Porque amarlo es acomodarse a su armonía. Entienden el mundo los niños y los bienaventurados porque la verdad es sencilla y alegre. En cambio se desvían y pierden y nos engañan todas esas álgebras filosóficas en torno a un logos que flota infecundo en una eternidad vacía. Sólo el Verbo es creador; pero los ideólogos creen que Dios padece para pensar y, en suma, que es tan tonto como el filósofo. Las ricas de los niños, los cuentos de las hadas, son imagen del verdadero operar del cosmos. Dios hizo el mundo jugando y la alegría de su trabajo repercute en su obra.

### Pero hay en el juego un orden

¿En dónde hallar ese orden? Descubrirlo es el propósito de la filosofía, y para ello necesita abarcar toda la experiencia para juzgarla no sólo con la razón sino con toda la conciencia. Coincide en esta forma nuestra filosofía con el concepto antiguo de la sabiduría, según el cual filosofía es amor de sabiduría, y sabiduría

es todo conocer como fruto de una experiencia total. Empezamos abriendo los ojos a la realidad entera del mundo y, por lo mismo, repudiando desde el comienzo el tipo de filosofía que ha estado en boga a partir de Descartes y que consiste en escindir pensamiento de extensión, o sea en bifurcar la realidad en las zonas irreductibles: cosas con extensión e ideas concebidas como objetivas.

Con la ciencia positiva afirmamos que existe un tipo de conocimiento, anterior al formal ideológico, que se nos da en el subconsciente y en el instinto. Enseguida, más allá de la razón distinguimos el tipo de conocer cualitativo que no descifra ninguna dialéctica y que nos llega a través de órganos específicos y nos entrega datos irreductibles a las leyes del concepto. Por ejemplo el color; por ejemplo el sonido organizado, el gusto, etc. Conocemos por los sentidos del cuerpo en una primera etapa que nunca se ausenta de la conciencia. Los sentidos nos revelan la existencia indubitable de un mundo exterior a nosotros, que ha existido antes de nosotros y seguirá existiendo después de la muerte de todos los filósofos. Aparte de la calidad, la sensibilidad y el instinto, y con independencia de las determinaciones lógico-matemáticas, reconocemos otra modalidad del conocimiento en el juicio moral, cuyo propósito no es consumir reglas universales según quería Kant sino realizar arquetipos vivientes: el héroe, el santo, Dios. Asimismo, en la estética hallamos otra manera de ordenamiento obtenido no por desinterés a lo kantiano sino por composición, a lo artista. Y en suma, filosofía hay cuando la conciencia opera utilizando el conjunto de sus poderes conforme a los diversos tipos de conocer acabados de nombrar. La realidad se nos presenta entonces como un conjunto vario, heterogéneo; sin embargo obligado a síntesis activa que no prescinde de una sola de las modalidades del ser y es tanto más exacta cuanto que no la busquemos por la vía tradicional de tipo matemático, que sacrifica elementos fundamentales de la realidad para lograr un denominador común que da número o ideas pero nunca la realidad armónica, cabal y viva.

Nos atrevemos nosotros a formular soluciones, a presentar afirmaciones. La moda decadente de los últimos treinta años exigía que el filosofar se iniciase con preguntas que conducían a planteamientos de problemas que enseguida se quedaban sin respuesta. Es sin duda atinado que en el capítulo de la crítica una filosofía se dedique a plantear problemas; pero a la hora de ejercitar el pensamiento es necesario resolverlos. De otra manera el filósofo dedicará su vocación a la tarea de prepararse para pensar sin llegar nunca a darnos los resultados de su pensamiento. Al contrario, nosotros procuramos no perder el tiempo en lo obvio; los problemas de la filosofía no son de geometría ni de lógica, y la verdad que nosotros perseguimos no se conforma con alcanzar el rigor de una cadena inflexible de juicios vacíos ni con las verdades ya contenidas casi siempre en las premisas de un silogismo. Nuestra filosofía se siente madura como para responder a las interrogaciones esenciales: ¿Qué es el mundo? ¿Qué soy yo? ¿Cómo se coordinan mundo y yo? ¿Qué es Dios?

A la primera pregunta contesta la ciencia experimental con exclusión de casi todos los análisis conceptualistas. ¿Qué es el mundo? No lo supieron ni Platón ni Aristóteles ni Hegel ni Kant. Lo que es el mundo lo dicen la física y la química contemporáneas que Hegel, Kant y Platón no conocieron. Aunque seguramente un Platón, un Aristóteles no se hallarían hoy entre los fanáticos del logos kantiano sino entre los físicos, los químicos y los biólogos que han estado arrancando sus secretos al mundo de lo positivo y concreto. Y así, con las verdades nuevas, ellos, Platón y Aristóteles, harían otra vez coordinaciones, quizás ya no generalizaciones; pero en todo caso pondrían atención escrupulosa al saber de la época y sin ningún género de epojés o exclusiones.

¿Qué soy yo?

Más parecida al «soy yo» agustiniano que al «yo pienso» cartesiano, mi experiencia me enseña que no soy sólo un sujeto ni sólo un pensamiento, sino un señor de una conciencia que es como el mundo: al mismo tiempo un uno y un todo. No soy fábrica de

conceptos que se enlazan entre sí lógicamente y nada más; aparte de ideólogo soy en la existencia una célula del ser, unidad activa que es como el gobierno de un pequeño todo. Una partícula del Creador que, por eso mismo, disfruta la ilusión de ser centro y ordenamiento de mundos.

Enseguida, y para no dejar cabos sueltos en nuestra breve exposición, ensayaremos respuesta a la grave y sencilla pregunta: ¿Qué es Dios? Lo sabemos hasta donde es posible cuando investigamos con profundidad en lo que soy yo, su creatura; en lo que son sus creaturas. La creatura de más elevada categoría que conocemos es el hombre; si aceptamos con el saber moderno que el hombre no es ente abstracto ni sólo sentimiento ni una oración, sino todo esto en armonía o desarmonía perennes, habremos de reconocer que somos un compuesto ordenado de índole unitaria, una persona; entonces, por salto natural de la reflexión reconocemos que Dios no puede ser ni una piedra ni una fuerza natural, ni un ente abstracto; ni siquiera abstracción de tipo universal: justicia, verdad, razón; sino que Dios es causa de todo esto que es creación particular. Comprendemos enseguida que, además de Creador, es Dios el sostén de la armonía y coordinación perennes de las partes del todo. Una armonía sin desarmonías, que es lo que entendemos cuando decimos, con la Revelación, que Dios es Amor.

Hemos llamado a nuestra filosofía *estética* para significar con ello que construye con lo heterogéneo unidades fundamentales en síntesis de experiencia sensible, razón y amor.

### La epojé inversa

Tratemos ahora de justificar nuestras respuestas, y para ello coloquémonos de golpe en la visión del mundo que se deduce del saber combinado de la experiencia física, la razón, la experiencia estética y la experiencia mística o Revelación. Para explicar esta teoría de la comprensión cósmica acudí en cierta vez a una astu-

cia derivada del tipo de filosofía que en esta facultad prevalece: la filosofía fenomenológica con sus variantes kantianas, hegelianas, existencialistas, etc., colección de posiciones parciales sofisticadas, estrechas, que son todo lo contrario de la hipótesis integral que yo postulo.

La astucia a que me refiero consistió en invertir para nuestro beneficio la hipótesis fundamental de Husserl, valiéndonos de ella para ilustrar por contraste nuestra propia posición antagónica.

Dije entonces: «Se estila por acá en la Facultad consumir a diario lo que se llama la *reducción fenomenológica*, o sea dar comienzo al ejercicio filosófico mediante un esfuerzo mental que prescinde de la realidad física, la pone entre paréntesis para ocuparse enseguida de conceptos y sólo conceptos. El singular método conduce a la curiosa aberración de reemplazar el mundo vivo de la naturaleza con una mediocre imagería conceptual carente de vida, aunque ligada por el orden obvio que se deriva de la dialéctica».

Usaremos nosotros de la «licencia filosófica» (llamémosla así en recuerdo de la licencia poética usual en los bardos) que nos permita poner entre paréntesis toda la estructura ideológica de las ideas y la dialéctica para ensayar el pensamiento sin ideas, hecho sólo de imágenes. Llegaremos a la realidad en intuición directa, prescindiendo de los universales de uso corriente; contemplaremos el árbol concreto, sin referencia alguna a sus géneros. No analizo si es pino o palmera; eludo todas las clasificaciones: miro un árbol lozano al centro del prado; no pienso en otros prados; grabo en mi mente el árbol particular rodeado de su césped, el césped único que estoy mirando, y en particularización semejante recorro los lienzos de los muros que limitan el jardín y subo con la mirada al firmamento. Hay un instante en que mi visión es receptiva como la de la placa fotográfica que retiene el instante único en sus arreglos y sus determinaciones. Pero a diferencia de la placa, ni el panorama ni mi conciencia se mantienen quietos; los dejaremos ir, el panorama y la conciencia, sin pretender consumir el alto definitivo que suponen tanto la cámara foto-

gráfica como los juicios genéricos. Si pienso en el árbol, el prado, las casas, dejo la realidad viva y entro al mundo de las ideas; imito entonces a la cámara fotográfica que es incapaz de seguir el milagro vivo del ser. Un ser que muere cuando se hace abstracción revive sólo cuando espande singular y concreto.

Para evitar la traducción de mi panorama en abstracciones hago lo que el artista, observo en mi pequeña porción de realidad sus relaciones, sus proporciones, sus luces, y lo que añade al panorama mi emoción, mis recuerdos. Se trata de un conjunto hecho de imágenes y estados de ánimo ligados por varios sistemas de orden: el sistema de la experiencia científica que me dice cómo surgieron las cosas que tengo delante y cómo se relacionan entre sí físicamente. Actúa asimismo todo un sistema moral que establece relaciones entre los objetos y mi conducta. Disfruto además conforme a leyes de belleza que son el origen del beneplácito que me causa la intervención de mi conciencia en el orden natural que contemplo. Al vivir dentro de lo concreto, con los propósitos de mi voluntad y los goces de mi contemplación que distingue, asimila y ordena, participo de un vivir que falta de otro nombre he titulado *paradisíaco*, imaginando que así veían el mundo Adán y Eva antes del pecado. Pues éste, al limitar las facultades de la conciencia, nos obligó a construir esos aparatos de reducción, anteojos para la miopía, que son las voces abstractas que me veo obligado a usar cuando digo *árbol*, nombre que abarca una multiplicidad de vegetales diversos, y lo que quisiera expresar y recordar de este árbol específico y único que es el objeto de mi complacencia.

Añoro entonces un lenguaje que tuviese un nombre para cada cosa (que es lo debido, puesto que no hay dos iguales en la creación) y un infinito de nombres correspondientes al infinito de los seres. La cortedad de mi léxico humano me obliga entonces a abreviar, a simplificar, y como no me alcanza la mente para recordar la individualidad de todas las creaciones de la existencia acudo a signos que al consumir sumas sacrifican la singularidad, la especificidad o individualidad de millones de seres. Repito la voz

*árbol* con resignación, porque si con ella doy los elementos esenciales de la estructura de todos los árboles, en cambio por eso mismo no designo el árbol preciso de aquel día y aquella hora. Y digo *hombre* con dolor porque no hay derecho de reducir a abstracción ni el más humilde de los seres, mucho menos al amigo, al vecino, al enemigo mismo. En resumen, me encuentro frente al universo como un mundo que está lleno de expresiones y de motivos, pero sólo dispongo para manifestarlos de unos cuantos signos que abrevian y nulifican las ansiedades de mi conciencia. Y, como el mudo, empiezo a expresarme y uso, por ejemplo, el lenguaje abstracto de la razón, diciendo: «veo un árbol que es un pino, verde, lozano, etc., etc. (con adjetivos todos genéricos), enclavado en un prado». Algo manifiesta este lenguaje de lo que es esencial en el paisaje, pero pronto me convenzo de que no basta la esquemática noticia idealista y pienso en el poema que ante las mismas cosas ensayaría un poeta y en la tela que pintaría un pintor y en la música que extraería del trozo del paisaje un compositor elocuente. Pues todo esto junto es lo que capta en su contemplación este mi yo mudo, pero no lo expresa porque dispone a lo sumo de un lenguaje, y haría falta una como telepatía para revelar con lealtad la más humilde de nuestras percepciones.

Y a pesar de todo el pensamiento se detiene en este árbol y en el otro y los distingue e individualiza. Y esto nos lleva a imaginar una mente divina, capaz de recorrer y nombrar cada uno de los seres de la creación y que todo lo designe sin mancillar el estilo con la torpeza que supone echar mano de los géneros. Dios distingue así sus creaciones y las ordena conforme al amor y a la vida y no según los géneros y especies de los botánicos.

Disponer de una palabra para designar cada cosa existente: tal es el don del Verbo. Posibilidad de distinguir la multitud de las creaciones asociándolas a la multitud de las palabras que probablemente sirvieron a Dios para engendrarlas, y todo sin ideas, que son abreviaturas hechas a la medida humana de un conjunto que, aunque infinito, es claro y sencillo para el Creador. Tal es el pensamiento paradisíaco.

Ubicada la conciencia en el Verbo, en directa comunicación con los seres y provista de nombres para cada uno de ellos, ya no harán falta términos genéricos ni para hablar ni para pensar. Y en simples términos humanos, ¿quién no ha envidiado la posesión de un lenguaje directo como la telepatía?

El Uno complejo, ¿acaso no lo vieron ya los teólogos así en el misterio de la Trinidad? El Ser Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero! Jamás alcanzó el pensamiento cumbre más alta. Pero estaba reservado a la filosofía de nuestro tiempo explicar, si no racionalmente sí de una manera coherente y, por lo mismo, conforme al espíritu, la esencia misma de la verdad. La verdad es coherencia de pensamiento obtenida por coordinación de conjuntos de hechos y zonas de saber.

Surge de pronto un motivo de vacilación. Si nos desentendemos de los conceptos no podemos ni siquiera pensar. Esto sería exacto si no hubiese en el mundo más que conceptos subordinados al mecanismo dialéctico. Pero a poco de observar advertimos que la realidad misma nos da la sorpresa de que ella no necesita del mecanismo del logos para establecer función y armonía entre sus elementos. Esta armonía la establecen las leyes físicas: por ejemplo, la gravedad que rige las distancias, y así sucesivamente: un conjunto de leyes independientes del logos rige y desarrolla lo concreto. El goce que experimento de contemplar nube y mar no tiene nada que ver con mi raciocinio; depende quizás de misteriosas analogías operantes. Mi alma también cambia de estados y va de la diferencia a la diferencia sin perder la coherencia; una coherencia que responde a unidad genética proliferada pero congruente. Así también el agua del mar y el vapor de las nubes se engendran uno de otro sin conceptos y sin dialéctica, por virtud de procesos que obedecen a leyes físicas independientes.

Procuramos prescindir de ideas que, según enseñó Bergson, fijan el fluir y lo desnaturalizan. Pero ¿seguimos siendo bergsonistas en el sentido de afirmar que la filosofía sólo da horizontes indefinidos como el fluir del acontecer? Seguramente que no. Se

pensó así a principios del siglo, pero hoy sabemos que en el fluir no hay continuidad homogénea ni falta de ley. Descubrir las formas del movimiento ha sido la hazaña de la filosofía de nuestro tiempo, particularmente en la rama de la experiencia científica. Hacemos de esta suerte lo que no sospechó Heráclito. Vamos hoy dentro del movimiento como quería Bergson, pero no dejándonos llevar hacia perspectivas indefinidas, sino controlando el sentido y eligiendo la ruta; enterados de que el movimiento es relativo y no absoluto, según suponía Heráclito, y descubriendo al mismo tiempo que si la creación no siempre es lógica sí es coherente de una manera constante.

Nosotros partimos ahora de un sentido de unidad que se define como el Uno Todo, o sea una unidad que nace del todo, lo rige y lo mueve. Unidad operante y no estática, sino dinámica; unidad de función que coordina las partes para realizar propósitos.

## Pensar es coordinar conjuntos

En mi *Lógica orgánica* he procurado explicar de qué manera el hombre moderno y la ciencia moderna ya no se limitan a clasificar, o sea a reducir lo particular a lo general, sino que investigan los procesos de las diversas ramas del acontecer para ponerlos a funcionar como funcionan en la naturaleza. Por ejemplo, en psicología ya no se dedica el sabio a analizar separadamente ideas, sensaciones, reflejos, sino que procura darse cuenta de la forma en que todos estos elementos son utilizados por la vía psíquica. De esta suerte el análisis ha dejado su lugar a favor de la síntesis. Y no hablamos hoy de aquellos elementos homogéneos de la física de hace veinte años (la fuerza, la materia) porque ante nuestra mirada de exploradores no hay sino cosas; subseres y seres, y no aquel mito equivalente al logicismo de los géneros: fuerzas de la naturaleza. En la naturaleza hay fuerza, pero no suelta ni suspendida en el vacío, sino siempre encarnada en cosas, seres o personas.

No existe como realidad activa un elemento que se mantenga igual a sí mismo sin perderse ni crear y sólo transformándose. Lavoisier está a mil leguas de la ciencia contemporánea, que no registra el operar de fuerzas ciegas homogéneas sino que constantemente encuentra la energía, pero siempre estructurada o encarnada, o bien, organizada en las conciencias.

A este respecto dice Russell<sup>1</sup>

La materia no es cosa persistente en estados varios, sino un sistema de eventos interrelacionados. La antigua solidez se ha perdido, y con ella las características que al materialista hicieron creer que la materia era más real que los pensamientos transitorios. En lugar de materia homogénea se reconocen los sucesos heterogéneos.

Todo es ser, en grado menor o mayor, y todo el ser responde a caracteres que es fácil reducir a cohesión. No hay fuerzas sin forma, pero tampoco formas sin concreción. Las objetivaciones conceptuales de los hegelianos equivalen al flogisto de la física medieval. La física proscribió el flogisto y la biología prescinde de fuerzas vitales. Ahora es tiempo de que la filosofía consuma la expulsión de toda esa suerte de entes y esencias, «pensamientos en cuanto tales» y valores que son regla absoluta. Los «objetos ideales» y quizás toda la familia ontológica, sobran según nuestras explicaciones.

Hagamos, para terminar este capítulo, dos citas irrefutables:

«Platón deriva las formas del Uno y el Uno es el principio unificador. El Uno está inmanente en las formas, pero es trascendental a ellas porque no se identifica con ellas.» (Copleston) [sic].

Juan de Santo Tomás, citado por Maritain, dice: «Porque para el asentimiento de una verdad no basta la simple aprehensión de los términos; se requiere además la aprehensión del conjunto y de los términos confrontados porque el juicio recae propiamente sobre dicha composición».

Apliquemos estas reflexiones al mundo de los sonidos y de la acción vital.

<sup>1</sup> *Outline of Philosophy*, p.311 (sic).

## 6

## EL CONOCIMIENTO COMO ACCIÓN

Hemos estado pensando con sólo ideas y menester que la filosofía disponga de los instrumentos del conocer que nos revelan la cualidad. Son éstos el ritmo, la melodía y la armonía. Coordinar es en el fondo armonizar. El pensamiento filosófico ha de llevar a la armonía. Señala Whitehead los siete elementos del *Timeo* de Platón como factores indispensables a la ciencia moderna para explicar la realidad, a saber: materia, fuerza, idea, receptáculo, *psiqué*, Eros y la armonía.

Entre esos siete elementos: ¿quién establece, no diremos la unidad, sino la coherencia? Muy sencillo: la conciencia. Un invisible, la conciencia, organiza todo lo visible en beneficio de la persona; otro invisible que llamamos *la vida* rige el cuerpo del hombre y los cuerpos de los animales, así como la actividad de las plantas.

Un invisible mucho más alto rige el proceso universal de electrones, átomos, células y almas conforme a idéntica ley. Según dijo el Dante, más sabio por este descubrimiento que todas las filosofías: «Un mismo amor mueve las almas y las estrellas».

Platón no se planteó el problema de la coherencia entre sus siete factores de la creación. Pero así como juntó en Dios las tres categorías socráticas verdad, bien y belleza, es fácil suponer que confió

a Dios la tarea de unificar los disímiles factores de la existencia: *materia, forma, psiqué, logos, armonía, Eros, etc.* Nosotros no decimos *unificar*, sino *coordinar*. Si la realidad es coordinación de elementos activos estructurados, la verdad tiene que ser también un proceso de *coordinación funcional viva e inteligente*, más bien que el hallazgo de una coincidencia del término medio de dos o varias premisas. En vez de la obvia, aunque a veces complicada, verdad de igualdad quedan las ecuaciones matemáticas, el filósofo busca la coordinación de la desigualdad para el logro de las armonías superiores del existir.

La conciencia o la *psiqué* unifican de esta suerte para crear, para vivir y pensar, pero ¿quién realiza la unificación coherente del universo? ¿Un elemento sensible como el agua o el aire, según creían los físicos? ¿Un concepto, como imaginaron los eleatas y más tarde los idealistas? Platón tuvo que olvidarse de la teoría de las ideas para señalar a Dios como aquel a quien se unen verdad, belleza y bondad, pero no pudo dar el salto necesario que consiste en transformar el Uno de Parménides en el Dios personal del cristianismo.

La teoría del pensamiento como coordinación, a diferencia de la teoría clásica del pensamiento como abstracción por reducción, nos conduce a reconocer un máximo ser, una última existencia que no es ni como la sensibilidad ni como la inteligencia ni como la voluntad, porque es todo esto, pero no expresado en sumas ni ecuaciones, sino como una conciencia absoluta que rige y sostiene los mundos.

### El secreto del sonido

El silencio es al sonido lo que la luz blanca al color. De la luz natural salen todos los colores cada vez que se opera el sortilegio del prisma. Del silencio emergen sonos cada ocasión en que los seres o las cosas se mueven y chocan. De la entraña del silencio arrancan gritos de angustia o acentos de dicha y esperanza los seres vivos siempre que se agitan y actúan.

En vez de la nada del sonido, su negación (el silencio) es la matriz de todos los clamores. Sin silencio no habría notas, así

como no habría colores si no existiera la luz. Y así como la luz es armonía y fusión de todos los colores, el silencio es armonía y cohesión de todos los sonidos. Se equivocaron los pitagóricos al afirmar que la música de las esferas suena: la música perfecta es silencio, tal y como el color se disuelve en la armonía que es la luz. La armonía cabal es silencio.

No hay en la suma de los colores o en la síntesis aplacadora de los sonidos, que es el silencio, ningún resabio de la unificación de tipo abstracto, de identificación. Las notas, los tonos diversos, los sonidos diferenciados no se reducen, como si fueran casos particulares de un mismo género, a una esencia que sería el sonido. Entre sí y dentro de sus conjuntos, las notas y los colores son individuaciones; no es posible traducirlas unas a otras, ni siquiera conceptualmente; para desarrollo de color o sonido es indispensable que subsista cada uno (la nota y el color) fieles a sí mismos. Las imágenes rápidas que usa el cinematógrafo son invariables; de otra manera no engendrarían la traslación que, por continua y diversa, es creadora de algo que simula vida. El movimiento gráfico significativo nace de una concurrencia de heterogéneos, no de la suma de sus partes. El orden que sin embargo liga colores y notas es muy distinto de un común denominador cualquiera. Si los colores no se conservan auténticos no engendrarían la maravilla de la luz; si las notas no poseyesen estructura vibratoria invariable su entrecruzamiento armonioso no engendraría la ventura del silencio. Se trata pues de fusión de tipo no discursivo sino armónico; no analítico, sintético; no aditivo sino heterogéneo y coherente.

### El problema de la unidad de los heterogéneos

#### *El método de la coordinación*

El problema de la unificación de los heterogéneos lo vengo tratando desde hace años. En mi *Estética*, publicada por el 1937,

apunte la solución que sigue y es la base de lo que llamo: *filosofía estética o filosofía de la coordinación*. Consiste la solución en afirmar que elementos que no pueden ni deben reducirse al denominador común que suponen la abstracción y la lógica se pueden manejar, sin embargo, ordenadamente gracias a las formas que conocemos con los nombres de *ritmo, melodía, armonía y contrapunto*. El ejercicio de tales formas estéticas obedece a un sistema de acción que englobo bajo el nombre de *a priori estético* por analogía con el *a priori* mental kantiano. Pero señalando que el *a priori* estético nos lleva a un modo de pensar por concierto o concurrencia de intenciones y significaciones diferente totalmente del discurso.

Por este mismo camino llegué a la tesis que aparece en mi *Lógica orgánica*, publicada hace unos tres años, en la cual afirmo que pensar, para el hombre moderno, ya no es reducir lo particular a lo general, sino que pensar es *coordinar conjuntos*.

Un ejemplo ya expuesto en mi *Lógica orgánica* define la posición que adoptamos.

Al decir *hombre* no consumamos hoy la operación discursiva clásica: «hombre, caso particular del género humanidad»; no referimos el individuo a su género, sino que pensamos en el *hombre* como cuerpo vivo racional, o en el *hombre* como miembro de la sociedad, o en el *hombre* como ser de destino, un alma; o como el *hombre* compuesto biológico, cuyos caracteres nos darán la física y la química, etc. En resumen, en torno al hombre vamos deslindando una serie de círculos o zonas de realidad, sujeta cada una a leyes propias: la ley de la física, la ley de la química, de la lógica, de la moral, de la literatura. El pensar entonces opera ligando zonas de experiencia, conjuntos de conocimiento: el de la física, el de la química, etc. Tomado separadamente, cada uno de estos conjuntos es homogéneo en cuanto a las leyes de su acción; observado dentro de la totalidad «hombre» su función es heterogénea. No pueden ser reducidos unos a otros los distintos conjuntos; no los podemos unir por medio de simplificaciones como la de la aritmética o la abstracción. Mentalmente los unificamos,

pero no por relaciones ónticas o lógicas, sino por la conexión que entre sí revelan de hecho. En efecto, el existir físico no se puede explicar sino mediante las leyes de la física y la química; a su vez la biología obedece a leyes diversas aunque no independientes de las fisicoquímicas. Enseguida, para juzgar al hombre consciente entran en juego las determinaciones del espíritu, tales como la lógica, la poesía, la religión. Todo esto nos obliga a reconocer un todo que no es caos sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto. ¿Se trata de un orden de armonía y proporción movido en último extremo por Eros? Probablemente, pero esto como meta final. En la realidad que nosotros percibimos la ley del conjunto nace de las relaciones de hecho de los conjuntos parciales: la física en sus relaciones con la química y éstas con la biología, etc., etc. La ley de la integración última coincide con la meta final de la acción.

La unidad de tipo abstracto matemático resulta todavía más inepta cuando pasando de lo corpóreo asistimos a las operaciones propias del espíritu; son éstas de tipo comprensivo, integrador, como la actividad que da vida a los conjuntos. El pensamiento se identifica de esta suerte con el funcionamiento de los heterogéneos. La síntesis filosófico-estética, en consecuencia, se halla en el polo opuesto de la operación desintegrante, separativa e inerte, que es necesario ejecutar para entender por análisis. El pensamiento coordina emparentando los movimientos, buscando en ellos la armonía y la meta de la acción combinada que persigue el conjunto. Y en cada conjunto se revela un existir renovado que deja intacta la individualidad de cada una de las partes, y éstas por concurrencia engendran todos los parciales que las superan y les dan finalidad. En forma simplificada podemos observar la naturaleza de la coordinación, la coherencia, en el caso del contrapunto musical. Sin despersonalizar las notas, las voces, el contrapunto engendra con ellas una composición, un significado, un mensaje rudimentario o alto. La filosofía tiende a descifrar la composición del universo para expresarla en contrapunto de sabiduría.

Consideremos el enigma del todo concebido como un contrapunto de contenido universal. Todo, así, no es «la abstracción de las partes», según la vieja definición. No es tampoco la suma de las partes. El todo es más que sus partes. Un todo es el conjunto de las partes y el resultado de la interacción de partes que son, cada una, elementos internos activos. Alcanzamos de esta suerte la percepción directa de conjuntos dinámicos, vivos. Un todo congruente, como los que se dan en la existencia, es un sistema animado que añade intención y propósito al ser de las partes. Por su combinación las partes logran lo que no podrían consumir por sí solas. De suerte que en el todo se enriquecen las partes. Así, por ejemplo, la sociedad enriquece las potencialidades de sus individuos. En cada todo orgánico las relaciones complejas de las partes concurren al propósito que es inherente de cuanto existe. El hombre es un todo complejo que rebasa el concepto de la unidad abstracta. Secciones enteras de su persona quedan fuera del discurso. Tampoco lo abarca la sensación: la sensación nos revela una potencialidad del ser. Sin embargo el hombre no es dispersión; en su esencia opera un instrumento dedicado específicamente a la labor de unificación por integración y coordinación; ese instrumento es la conciencia. La conciencia recibe en su seno el reflejo de las cosas y los seres y sus relaciones; lo ordena todo según las determinaciones de cada género de existencia y le da sentido hacia lo Absoluto. La conciencia, insertada en el devenir universal, lo aclara mediante el conocimiento; lo enriquece y orienta por la intervención de su voluntad. El universo por su parte es pluralidad que se unifica en torno de la conciencia divina y en ella encuentra integración y sostén. De esta suerte Dios es la conciencia del mundo. Pero la conciencia, tanto en el hombre como en Dios, es más que discurso y sensación: es coordinación que mantiene un existir asentado en la armonía e impelido por el amor.

Reconocemos en consecuencia un todo que no es caos, sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto, sino orden existencial de armonía y proporción, como el de los colores o los sonidos, pero inmensamente más vario. Tan complejo que sólo po-

demos unificarlo por armonía de afinidad en cuanto al fin último. Y no hay otra manera de concebirlo que por coherencia y coordinación. El centro vivo de todas las coordinaciones es el Creador del universo. En Él se opera un tipo de unificación que deja intacta la individualidad, la personalidad de cada una de las partes del conjunto, así se trate de un conjunto tan vasto como el propio universo.

El hombre es el módulo que recibe en su seno el cosmos y lo transfigura en dirección de lo Absoluto, al mismo tiempo que en su conciencia descubre el germen que le dará ciudadanía en el universo de lo invisible. Por su parte, Dios unifica con su persona, su conciencia, el universo que es su creación.

## El todo

En consecuencia, la verdad filosófica no es asunto de sumas y restas. Decir que el todo es la suma de las partes es confundir la teneduría de libros con la filosofía; el total del contador con el todo de la creación. La verdad es problema de funciones y proporciones dentro de un conjunto de seres activos. La verdad lógica se resuelve en relaciones numéricas, en relaciones de extensión y cantidad; pero la verdad viva, la que salva, es asunto del modo de operar de la realidad y problema de orientación de un destino. Esto ya no es sólo problema racional y lógico: es problema de conocimiento de los seres y del propio ser y las relaciones de las partes entre sí y en su relación con el todo. *Coordinar* es hacer contribuir a un propósito a elementos y realidades disímiles, insumables, irreductibles, y sin embargo capaces de colaborar para un fin. Lo que cada todo parcial aumenta a la suma de las partes es la aparición de propiedades nuevas que los arreglos atinados provocan. Ejemplo: las propiedades del agua que no están implícitas en sus componentes hidrógeno y oxígeno; son propiedades que exceden a las del oxígeno y el hidrógeno aislados. Hay combinaciones que resultan malogradas, otras qui-

za inferiores a sus componentes; pero en todo caso hay variación de calidad: siempre un todo orgánico es algo diferente de una suma.

## Unidad y verdad

La unidad es distinta de la verdad, aunque el problema de la unidad guarda estrecha relación con el problema de la verdad, pero la *verdad* supone diversas maneras de unificación.

Como postulado inicial podemos aceptar la tesis clásica que define la *verdad* como acuerdo de pensamiento y realidad, cosa y concepto, mundo y conciencia. La verdad como correspondencia rigurosa de idea y realidad es una consecuencia de la teoría de las ideas y enseguida del logicismo, el conceptualismo que acaba por desentenderse de las cosas y de la vida. La teoría platónica de las ideas no suponía identidad entre idea y cosa ni sólo postulaba ideas. Quería que la idea fuese un modelo al cual la realidad aspira sin alcanzarlo. En este sentido el platonismo es fecundo. Deja de serlo cuando se interpreta como Hegel: que el «ser es la idea». *Ser es, en todo caso, una coordinación de elementos que poseen concreción y propósito*, y la verdad es coordinación de lo diverso. Hace falta asimismo distinguir entre la verdad pasiva, que es la de la adecuación de cosa y pensamiento, y la verdad activa, que supone un constante acierto en la combinación de lo vario.

El desarrollo escolástico, fundado en la teoría aristotélica de forma y materia, condujo a la definición: que la verdad es *adequatio rei et intellectus*. En realidad esta doctrina sólo puede aplicarse rigurosamente al conocimiento como idea. Sólo puede haber identidad entre mi idea del triángulo y la definición del triángulo; nunca hallaremos identidad entre la idea del triángulo y los triángulos que pueden manifestarse en la naturaleza. Desde que nos hallamos en el terreno de los hechos, las verdades abstractas, las verdades de razón se aplican a los hechos, pero sólo relativamente. Recuérdese a Poincaré y su insistencia

sobre la imposible identificación de las ecuaciones matemáticas con los fenómenos que estudia la ciencia. En ellos siempre hay mucho que escapa a la matemática. Eso que escapa, la calidad, es lo que intentamos captar en la filosofía de la coordinación. En la doctrina de la correspondencia la *verdad* se define como acuerdo de realidad con idea. Pero queda fuera el capítulo de la interrelación, interacción de los hechos entre sí y de éstos con las ideas y las representaciones que ellos mismos engendran. Además, contra lo que supone el intelectualismo, entre los hechos hay acciones y reacciones que no dependen de exigencias conceptuales (por ejemplo, cualquier fenómeno físico), al revés de los conceptos que sólo admiten relaciones lógicas. Aparecen así dos mundos diferenciados por las leyes de su existencia y desarrollo. El mundo conceptual se desenvuelve dialécticamente. El mundo de los hechos se desarrolla genéticamente (conforme a la razón suficiente de Leibniz o según la casualidad o la finalidad). Estos dos desarrollos han dado origen a las dos lógicas hasta hoy deslindadas: la deductiva y la inductiva. Y nosotros, en nuestra doctrina de la coordinación, buscamos las leyes de un tercer desarrollo, o sea *el que combina los heterogéneos sin sumarlos o reducirlos a denominador común, sin simplificarlos en busca de unidades abstractas que no corresponden a lo que realmente existe o sucede*. Sin encerrarnos en la simple observación de lo que ocurre *de facto* pretendemos nosotros consumir una síntesis de heterogéneos dentro de la cual hallen cabida la verdad dialéctica, la verdad experimental y un nuevo tipo de síntesis: el propio de la conciencia que pone en ejercicio la plenitud de sus facultades. Esta operación consciente, llámese *intuición* o como se quiera, sirve para que nos demos cuenta del movimiento creador que opera en cada punto del universo. Esta operación coordinadora obedece a lo que llamamos un *orden estético*. En él se integra la pluralidad a fin de que podamos pensarla sin falsificarla en abstracciones, sino tal cual es: diversa, activa y coordinada. No hay otra manera de entender la realidad. No es legítimo identificar idea con realidad. Las cosas no nos llegan a la conciencia

del mismo modo que las ideas ni con parecida certeza. Las conocemos por experiencia, que se nos manifiesta como representación siempre variable por estar subordinada a los cambios de sensación y memoria, sin embargo sujetas a leyes. Las leyes propias de las cosas, ya sean causales, ya estadísticas, no son necesarias como lo son las de los conceptos; lo que prueba que en el universo no hay necesidad sino divina y creadora espontaneidad, muy lejos de la verdad formal que acaba identificando el hecho con la abstracción, reemplazando realidad viva con el mundo inerte de los entes. Mírase entonces patente el error de explicar la realidad por caminos unilaterales, ya sea el del discurso, ya sea el de la sensación. Ni siquiera coinciden ambos entre sí, aparte de que no abarcan todo lo que llega a la conciencia. El todo complejo que es el hombre no encuentra su unidad ni por medio de la mente lógica y su principio de identidad ni por la vía de la sensación y su provisionalidad. El hombre deriva unidad y certeza de su conciencia, que es la madre del conocer y también inserción de lo fijo de los principios, los *a priori*, en la corriente misteriosa del devenir.

Consecuencia de lo dicho hasta ahora y lo que vendrá después es que postulamos una filosofía sin entes, propiamente sin metafísica. No reconocemos encima ni abajo porque todo es divino en su origen y proporcionado, conforme a su situación, dentro de una existencia que abarca todos los lugares en la infinidad del tiempo. Filosofía de hechos pensados según la manera en que los hechos aparecen, se desarrollan y cumplen. Lograremos así una filosofía del vivir real y concreto, sin conceptualismos deformadores. Constantemente *filosofía* ha estado equivaliendo a destrucción y exclusión: se suprime al individuo para pensar en el universal; se maneja el concepto y se deja la realidad «entre paréntesis». Nuestra filosofía usa el universal para mejor determinar al individuo; lo aprovecha como instrumento estructural indispensable para plasmar como ser de existencia, pero en vez de darle la espalda a la realidad entra en ella confiada en que ha de hallarle significación y armonía.

La verdad es como el diamante: sus caras, dirigidas a planos distintos, recogen la claridad de todos los rumbos para lograr brillo y firmeza. Lo que sólo en un plano se desenvuelve es pobre y, por fortuna, falso.

La causa de la estrechez de ciertas filosofías contemporáneas procede de la limitación que impuso Descartes a la noción del ser. Aun desde el punto de vista de la visión la conciencia es poliédrica. Postuló Descartes pensamiento y extensión y nada más, con lo que divorció la filosofía de la vida, que es lo mismo que divorciarla del ser. El poeta percibe la unidad de las cien facetas del diamante y lo infinito de los factores que en el universo concurren a la armonía. Y la armonía es la estructura del todo de la existencia. El filósofo poeta ordena la pluralidad sin menoscabo de sus partes, siguiéndolas en su funcionamiento significativo y creador. De allí que el verdadero poeta atine mejor que el filósofo idealista en la tarea de lograr una concepción coherente de la vida. Y sólo es filósofo en grande quien alcanza una visión universal de tipo poético cuya norma no es el discurso sino el orden creador que se desenvuelve según las formas del ritmo, la melodía y la armonía.

### El proceso de la coordinación

La doctrina de la coordinación encuentra sus orígenes más remotos en el hecho de que la conciencia en su despertar no atiende a una sola cosa, ni siquiera a varias cosas aisladas y particularizadas, sino a todas las cosas, sus relaciones, sus conexiones. El primer esfuerzo mental es el de comparación entre el yo que piensa y los objetos externos que son diferentes a él. La conciencia los reconoce como diferentes, pero nunca como ajenos a nuestro yo; la convicción de que podemos actuar sobre las cosas, aprovecharlas, dirigirnos a ellas o defendernos de ellas y eludir las es tan elemental en el pensar como la visión misma y la repre-

sentación que nos particulariza cada objeto. Todo conocimiento va acompañado de un significado atribuido al objeto, ya de afinidad, ya de repulsión y diferencia. El próximo salto del juicio es el que reconoce la interacción de las cosas entre sí, ya no con relación directa a nuestra persona. De esta suerte, en todo pensar, aparte del elemento del *cognoscere* primitivo (que viene de «agarrar», «apoderarse de algo»), aparece también un sentido de posibilidad en cuanto al uso o la relación que podemos establecer con lo percibido. Aparece también la noción de las relaciones entre las cosas mismas. En cada caso pensamos siempre dentro de un sistema. Averiguar el engrane y el operar del sistema es tan necesario como deslindar sus elementos. Conocemos por síntesis antes que por análisis. La operación de la síntesis consiste en una coordinación, para tal o cual fin, de los datos captados por la conciencia. El análisis que descompone esos datos es fecundo cuando sirve para formular mejor la síntesis. Un pensamiento que se conforma con el análisis no es un pensamiento filosófico. La síntesis es la operación capital del filósofo. El desarrollo de la síntesis aprovecha los principios de la razón. El principio de identidad, trasunto de la permanencia de nuestro yo consciente, nos lleva a distinguir las cosas para referirlas enseguida al yo permanente que se supone idéntico a sí mismo. Pero como todo lo que existe cambia, incluso nuestra propia individualidad, la filosofía eleática no es otra cosa que un escape hacia la ficción de la identidad. Ya para conquistar certeza la identidad tiene que refugiarse en la simpleza del A es A y no B, principio que es válido solo para las creaciones mentales que son las ideas, nunca para las cosas y los seres que poseen existencia real. La identificación que postula la mente lógica no corresponde rigurosamente a la realidad porque no hay en la naturaleza dos seres, dos estructuras, dos organismos exactamente iguales. La identidad es una ficción necesaria al intelecto, contraria a la naturaleza y también al espíritu que por doquiera plasma según heterogeneidad. Y si no hay identidad rigurosa entre los objetos concretos, menos aún la hallamos en los sujetos del pensamiento. La identidad en cada

sujeto sirve para sostenerlo en la afirmación de su unicidad y singularidad: soy yo diferente a todo lo demás de la existencia y no hay otro igual a mí exactamente, y no pueden consumarse en mí sino identidades de concepto. El único que soy es el testimonio de la infinita variedad de seres análogos, que ni quieren ni pueden resolverse en abstracciones como las esencias o los entes de los metafísicos. Fuera del conceptualismo, el principio de identidad tiene que transformarse en experiencia del yo frente al tú, del yo frente a la pluralidad.

### Sumar es identificar, pero no es unificar

El concepto define la cosa, le otorga figura asequible al espíritu, pero el mal está en que pronto se olvida el residuo de significado que no marca el concepto. Este mal de origen viene de la tendencia matemática de reducir las cosas a común denominador. Esta operación sirve para sumarlas; a la filosofía no le importan las sumas: quiere enterarse del mundo como es en su constitución íntima, sus leyes, su orden peculiar, su armonía y su afán que se expresa en odio y amor. Las sumas nos dan identidades que ya sólo interesan dentro de la cantidad. En su operación final de las ecuaciones, la matemática, según lo ha demostrado ampliamente Meyerson, no hace otra cosa que formular identidades. El tipo de unidad que la filosofía debe alcanzar es muy distinto y se parece, más que a la matemática, a las unidades de sentido que da el lenguaje; a las unidades como armonía que engendran los sonidos en la música y los colores en la luz.

Los conceptos se unifican por abstracción que elige ciertos caracteres para construir un género y elimina otros que a menudo son esenciales. Los individuos, los seres, se unifican por vía de relación congruente puesto que no es legítimo prescindir de uno solo de ellos. Para el pensar estético, cada cosa y aun cada propiedad de las cosas ha de mantenerse individualizada y única.

De otra manera el conjunto a que cada cosa pertenece no podrá funcionar según capacidades y jerarquías. Se trata de un funcionamiento que no es posible expresar con ecuaciones. Para la filosofía de la coordinación, la identidad de cada ser y cada cosa es única e indisoluble con respecto de todo lo que existe: igual a sí mismo, diferente cada uno de los demás. Se advierte enseguida la diferencia radical que separa ese tipo de identidad: persona, una en lo vario, y la identidad abstracta que suprime lo vario y su derecho a persistir ante la conciencia. La abstracción iguala los unos que son por esencia inigualables. El principio de identidad afirma que A es igual a A. Esto es un postulado aplicable sólo a las abstracciones. En el mundo real cada A es A y no es idéntica a ninguna otra A, menos a una B cualquiera. Cada ser es único en su contextura, en su función y en su destino. Y sin embargo podemos pensar juntos, sin esfuerzo alguno, a todos los seres: los pensamos siguiendo con la imaginación el ejercicio regulado y ordenado de sus concreciones y sus interdependencias. El secreto de este pensar se manifiesta en la experiencia ordinaria y en la experiencia científica. Para organizar la experiencia hemos menester de las formas mentales, las categorías, pero como instrumentos de conformación y de medida. Se sale de la experiencia y se cae en el error conceptualista cuando convertimos formas, conceptos, categorías, en fetiches o ídolos del conocer; entes falsos, porque la creación consiste en una variedad de criaturas ligadas por sus actividades y sus propósitos. De esta suerte el principio de identidad caracteriza a la criatura, pero sólo la afinidad y la armonía nos permiten concebirlas a todas en la realidad de su vivir. Y en ella cada cosa es lo que es y no lo contrario. Al revés del que diga que todo es uno y lo mismo.

Tomemos un ejemplo: 2 más 2 igual a 4; esto es cierto sólo cuando sumamos los entes que son cada número. En el momento en que manejemos cosas la situación cambia radicalmente. Aparte de la identificación que supone el decir *dos manzanas y dos manzanas son cuatro manzanas*, sabemos que la chispa y la pólvora pueden sumarse diciendo que son dos cosas. Pero enseguida advertimos

la futilidad de reducir chispa y pólvora al género *cosas*. Nos consta que el efecto de combinar chispa y pólvora es la explosión. Ni el proceso ni el resultado tienen que ver con la suma. Elementos heterogéneos, dispares al reunirse, producen efectos inesperados que podrán ser objeto de medidas expresadas en fórmulas, pero que no deben su origen a la combinación formal, matemática, sino a las cualidades heterogéneas de la pólvora y la chispa, o del rojo con amarillo, que producen efecto agradable. Tampoco se puede sumar rojo con amarillo. Para expresar la liga abstracta y numérica de los dos heterogéneos *rojo y amarillo* decimos que son dos colores; pero el artista no se conforma con la obvia definición genérica; ya se sabe que son colores. Lo que le preocupa es la cualidad que hace fecunda la combinación de los colores. Reducir uno al otro según procedimiento abstracto es imposible sin prescindir de las cualidades de ambos: combinándolos de hecho se nos da la novedad de que engendran el naranja, etc. Exponer los colores, oponerlos para lograr efectos de armonía, es la tarea propia del artista. Lejos de reducir un elemento a otro, el artista se apega a sus diferencias: el rojo ha de seguir rojo y el amarillo, amarillo. Pensamos así el mundo enriquecido de la realidad y dejamos de lado el mundo empobrecedor de la abstracción.

### Filosofía como simplificación y filosofía como arquitectura

La filosofía comienza con un esfuerzo de reducción de la pluralidad a la unidad. Encontrar un elemento al cual pudiesen ser asimilados todos los cuerpos, todas las apariencias, fue la ambición de los primitivos filósofos. Tales creyó haber resuelto el problema cuando afirmó su tesis de los cuatro elementos constitutivos de la creación, que creyó poder reducir a uno solo afirmando: «todo es tierra». Después de Tales, Anaxágoras modifica la solución cuando afirma que «todo es aire», y más tarde Heráclito asentaba «todo es fuego». Y si de los físicos pasamos a los eleatas veremos que la

tendencia es la misma: encontrar una unidad a la cual pueda referirse todo lo existente, todo lo cambiante. Al advertir que los hechos cambian pero la idea subsiste surge el idealismo, que no es otra cosa que el mismo esfuerzo de reducir lo plural a lo uno; en este caso, la idea representa un uno de apariencia inmutable. En este uno, la idea inmutable, se fundará todo el idealismo sin advertir el mal de origen que consiste en reemplazar las cosas reales o seres vivos con un ente que no tiene otra virtud que su ficticia inmutabilidad. La idea del *triángulo* no cambia, pero un universo compuesto de triángulos abstractos, de ideas inmutables, es un universo falso que sin embargo es capaz de un desarrollo natural, desarrollo científico que es el de las conexiones lógicas entre los conceptos. A base de conceptos fijos y de relaciones lógicas se ha construido una filosofía ya milenaria, sumamente ingeniosa y que divierte a determinados espíritus teóricos, pero que no corresponde ni a la realidad del universo externo ni al misterio de la conciencia humana y sus destinos.

El descubrimiento pitagórico del número como esencia de los seres y su consecuencia obligada de que las relaciones numéricas, la matemática, explicarían el proceso del mundo real, debe ser visto como otro ensayo fallido. Desde hace tiempo sostenemos que la fecundidad del descubrimiento pitagórico no está en el número que se desenvuelve según sumas y restas infecundas, en ecuaciones obvias, sino en haber hallado que todos los movimientos de la creación obedecen a un ritmo cuyas leyes no son matemáticas, aunque a veces sean susceptibles de determinación matemática. A través de la historia de la filosofía ha subsistido la división entre la realidad plural, por un lado, y por el otro unidades ficticias de tipo abstracto a partir de las cuales se hacen metafísicas, ya ónticas, ya conceptuales, más o menos rigurosas según las leyes de la lógica o del cálculo matemático, pero inadaptables a la realidad del universo. Propiamente, ni siquiera nuestra conciencia puede ser subordinada a las leyes de la lógica o a las leyes del cálculo matemático. Y es porque en la creación se nos manifiestan series de procesos. Cada uno de estos procesos obedece

a ley propia, y el afán de unificar en el sentido de reducir un proceso al otro, de identificar un elemento con otro elemento, ha sido siempre y seguirá siendo un afán bastardo. La filosofía no busca identificar lo heterogéneo; no es una aritmética que para sumar precisa reducir las cantidades a un común denominador. La filosofía es un ejercicio que comprende algo más que la cantidad. Sólo la cantidad es reductible a términos matemáticos y a términos lógicos, no así la calidad. Y tanto el mundo exterior como la conciencia del hombre están hechos con elementos y variantes de cualidad.

El error fundamental de los filósofos ha sido en consecuencia desentenderse de la calidad, que no se somete a sus esquemas, o reducir la calidad a cantidad para darnos sistemas de pensamiento en los que la realidad, la vida misma parecen sacrificadas, subordinadas a esquemas de cantidad y de lógica. De ahí la insuficiencia de la filosofía a través de su historia, porque la conciencia del hombre no se resignará nunca a prescindir de la cualidad. En la cualidad encontramos no sólo la esencia de cada existencia, sino la ley de su determinación y de su desarrollo. De aquí también la antítesis que ha perdurado entre el temperamento del filósofo, por regla general del teórico que se satisface con abstracciones, y el temperamento del artista que exige comprender sin destruir, comprender en su integridad un universo que posee más contenido que el que cabe dentro de los casilleros de los filósofos. Hay en la filosofía figuras excelsas, como la de Platón, que reconocía la necesidad de una filosofía de cualidades, una filosofía de concierto y no de exclusiones. Por desgracia, lo único que de su obra pudieron entender la mayor parte de sus continuadores fue la teoría de las ideas, teoría que en Platón no pasa de ser una hipótesis agradable, nunca una explicación de conjunto.

Pero hay además en la filosofía una figura poco recordada y que hoy se nos aparece como precursor y maestro de esta filosofía que llamamos *de la coordinación*. Se trata del único filósofo antiguo que se rehusó a explicar el mundo convirtiendo lo blanco en negro y viceversa, sino que procuró hallar el elemento supe-

rior, una ley o un orden dentro del cual se expliquen lo blanco y lo negro sin dejar de ser negro y blanco. En suma, abordó la pluralidad sin reducirla a falsas unidades sino en su directo y vivo resplandor. No pretendió reducir el color al sonido ni lo humano a lo subhumano o lo divino, sino encontrar la conexión no sólo inteligible sino sensible y estética que otorga su sitio y aprovecha para las finalidades superiores de la existencia cada una de las criaturas del universo.

El antecesor a que nos referimos, antecesor de esta «filosofía de la coordinación», es nada menos que Empédocles.

### Empédocles

El gran predecesor de los que hoy postulamos la filosofía como coordinación es Empédocles. Él habló el primero de que es la combinación de los elementos el secreto del ser. Dijo también Empédocles: «No intentes reducir la calidad». Una filosofía de calidades es la nuestra, en oposición a las filosofías abstractas, que, parageneralizar, prescinden de las calidades y los caracteres que singularizan a los seres.

La matemática no discurre si previamente no reduce las cosas, los predicados, a un común denominador. Pero la filosofía, integración cabal en cantidad y calidad, personalidad y destino, tiene que concebir los seres en su integridad. Para ello se atienen a las relaciones de la armonía y la desarmonía. La filosofía quiere enterarse del mundo tal cual es en su integración cabal de estructura y sustancia, en su realidad de seres que poseen caracteres irreductibles a otros. No hay entre estos seres común denominador posible como no sea el de la existencia.

La idea de fijeza implícita en el uno abstracto sedujo a las mentes más preclaras, que imaginaron haber resuelto el jeroglífico filosófico sin advertir que al desarrollar ideas fijas (sólo ideas), al hacer platonismo incompleto condenaban a la filosofía al divorcio de realidad y concepto, vida y ficción.

Desde entonces la filosofía será juego de conceptos desligados de los seres; fantasmagoría de entes sin posesión del ser; pesadilla de estructuras que flotan en el vacío y son declaradas eternas, pero a cambio de quitarles lo que es esencial en el ser: la potencia que lo hace cambiante, progresivo, real, jocundo y fecundo. Frente a esta inexplicable falsificación el artista se ha quedado perplejo, y su obra ha sido tanto más fecunda cuanto más se ha apartado de una filosofía que como tal filosofía es falsa.

La verdad entonces es armonía de pensamiento y realidad. Tengo sobre la mesa dos peras y dos manzanas y pretendo informar de ello en lenguaje genérico: diré entonces que están allí cuatro objetos, cuatro frutas. En este momento dejo de ser filósofo si por *filosofía* se entiende sabiduría de conjuntos específicos, conocimiento de la multitud de las cosas conforme el orden que las hace existir. Al decir *cuatro cosas* confieso el fracaso de la razón, el fracaso de la abstracción. No quiero hablar de cuatro cosas; mi verdadero deseo es traducir al lenguaje la placentera realidad de las dos manzanas de tamaño desigual, de color peculiar; las dos peras de lustrosa corteza apetecible. Tantas preciosas particularidades que se contienen en cada cosa tengo que sacrificarlas para decir: «cuatro objetos». Si esto es hablar filosóficamente hay que renunciar a la filosofía, y sin embargo esta ha sido la filosofía: un sistema de esquematizaciones, falsificaciones de la realidad. Sostengo que el modo de expresión del artista que pinta las manzanas según el consejo de Empédocles («sin sacrificar la cualidad»), reproduciendo en imágenes la cualidad, es más filosófico que el del intelectualista que lo reduce todo a entes y números. El lenguaje de imágenes se sobrepone, cuando interviene el artista, al lenguaje de las ideas abstractas, y con ello la expresión se perfecciona, se complementa. Afirmo que el filósofo ha de ser el interprete de todas las expresiones: la conceptual, la pictórica, la musical, la expresión sentimental derivada de las conexiones de la cosa o el ser con nuestra vida. Para lograr esta suprema síntesis no basta la razón; hacen falta los aparatos varios de que dispone la conciencia para conocer, aparatos que quizás se reducen a las tres

categorias: *a priori* mental racional; *a priori* ético constituido por juicios de valor; *a priori* estético, que responde a las formas estéticas específicas: ritmo, melodía y contrapunto. El contrapunto, ya lo hemos dicho, es el silogismo de la estética pero no equivale al silogismo; no puede ser reducido a silogismos pues es como la realidad: armonización de lo diverso.

Para que tornen a colaborar filósofos y poetas es menester recordar que, en definitiva, la función del pensamiento es ordenar. Pero no sólo se ordena por géneros y especies (lo que da «ordenamiento conceptual») Se piensa ordenando conforme a las afinidades y relaciones que las cosas mismas y los seres manifiestan según su constitución interna y sus relaciones recíprocas.

De donde resulta que esta filosofía estética que postulo lejos de ser confusa aclara la confusión. Expresa la cosa en sí, el elemento irreductible a razón. El irracional que otros filósofos dejan sumergido en tinieblas nosotros lo deslindamos según categorías específicas: las categorías de la estética. El orden de la belleza se construye en nuestro sistema según el ritmo, la melodía, la armonía y su finalidad. La finalidad se revela juzgando con la inteligencia y con la ética y la estética. Se alcanza así la finalidad absoluta que es Eros, divino amor que se organiza en formas de armonía dichosa y eterna.

### Factor de coordinación

¿Cuál es el tipo de unidad que alcanza nuestra filosofía? Una unidad no matemática; una unidad compleja, pero activa y organizada: la unidad que da a nuestro vivir la conciencia. La unidad que se encuentra en la acción en vez de la unidad de lo inerte.

Hay en la conciencia una raíz de orden sobrenatural. En ella lo natural es participación, no es origen. La conciencia es un compuesto trino y uno de pasado, presente y futuro: memoria, atención y previsión; al mismo tiempo quietud y movimiento; a un tiempo, noción de cambio y certidumbre de fijeza. Este con-

trasentido original es la causa de todas las perplejidades del pensamiento y todas ellas se aclaran según la coordinación, que nos permite concebir pasado, presente y futuro en simultaneidad de tiempo y unidad de conciencia. La vida es acción, pero en las tres etapas del verbo: pretérito, presente y futuro, un caso más de las determinaciones trinitarias que rigen a todo lo creado y que como todos los casos similares se explica por la simultaneidad de la visión eterna, simultaneidad que también se llama *armonía*. Trino es el primer sistema impar y conforme a él se construye todo lo que tiene existencia. Por eso la verdad, toda verdad, es trina y no una; por eso también la verdad es coordinación, no identificación ni abstracción.

Si reducimos la cambiante fantasmagoría de la conciencia a su elemento fijo haremos idealismo y llegaremos a la absurda conclusión hegeliana de que «el ser es la idea»; si nos quedamos con el cambio caeremos en el escepticismo de Heráclito que declara imposible la verdad. Pero si hacemos filosofía de la coordinación, que respeta cada factor y le busca el proceso concurrente, advertiremos que el cambio tiene su estructura y su ley. Lo mismo en los cambios físicos que en el psicológico fluir de la existencia los momentos del cambio canalizan según normas eternas, ya de razón o de experiencia moral o de belleza. El ser se manifiesta en la combinación, la armonización de elementos dispares. El ser se desenvuelve alternando irreducibles como el cambio y la fijeza, la idea y el movimiento, la imagen y su armonía. Las ideas mantienen entre sí la conexión que les da la lógica; las imágenes para hacer sentido deben acomodar el universo al orden de la conciencia. No se rigen las imágenes por las asociaciones mentales que imaginaba Hume, sino por imitación y paralelismo de la acción de los cuerpos que simbolizan: las imágenes que responden a los cuerpos físicos se gobiernan mejor por las leyes de la física que por la asociación de las imágenes en la memoria; la vida y sus estampas mentales obedecen en definitiva a las leyes de la biología, y así sucesivamente. El universo es un sistema de zonas diferentes que actúan una sobre otra y sin reducirse una a la

otra. El conjunto actúa según armonía y proporción orientadas a un fin. La realización del fin último requiere que cada cual ejerce su función propia cumpliendo así su destino. El cosmos no está presidido por el Uno abstracto de Parménides. Lo rige la Persona Divina que en la plenitud de su existencia se nos revela según la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo: el Creador, el Redentor y el Verbo perenne que es sostén de los mundos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Un gran refuerzo para mis propias reflexiones vine a encontrarlo en los últimos años en la filosofía norteamericana llamada del *personalismo*. Las conclusiones de esta escuela son de hecho las mismas que nosotros alcanzamos por caminos independientes. Tanto el personalismo como nuestra propia filosofía estética son doctrinas que toman en cuenta el desarrollo de las teorías científicas experimentales. Orientados por los pensadores científicos como Whitehead y los intérpretes de la física nueva (Eddington, Haldane, etc.) y tomando a Leibniz como punto de partida, los personalistas yanquis superan el determinismo positivista y alcanzan verdades que desembocan en la religión.

## EL RITMO TRINO, CONDICIÓN DEL SER

Partiendo de doctrinas como la del *quantum* de los físicos he pretendido generalizar afirmando que toda creación supone la intervención de cuerpos y elementos heterogéneos, impares, disímiles. El número y la proporción de los elementos que integran la luz no es homogéneo; es irregular, impar, como el puñado del sembrador o el «montón de monedas» que el pródigo regala sin contar.

De ello se deriva una tesis estética de la creación.

La antigua física del paralelismo y equivalencia de fuerza y materia en combinaciones sin fin, como origen de lo que existe, supone una calidad homogénea en la fuerza y la materia y se presta a desarrollos cartesianos de pura extensión. Hoy sabemos que ni la materia es homogénea ni lo es la fuerza. En la realidad no hay fuerza y materia como elementos homogéneos. Lo único que existe es una familia de seres hechos de átomos, células, organismos, conciencias. Desde su origen el átomo es una estructura (protones y electrones en acción recíproca, específica): cuerpo heterogéneo, como el nuestro, dentro del cual opera un principio de acción que llamamos *electricidad* o *magnetismo* y que es invisible, inasible al sentido; sin embargo indispensable para explicar el fenómeno. No existen pues cuerpos sólidos ni espacios

vacíos, todo pasa en el continuo espacio-tiempo que no pudo sospechar Kant. Desde el comienzo la existencia es el resultado de factores en perpetua interacción dispar. Lo abstracto y lo genérico carecen de existencia real, no obstante que para muchos son todavía una suerte de *idola menti* anticuados. La filosofía constructiva se inicia con el átomo moderno, comparable a la mónada de Leibniz: estructura dotada de interna actividad de desarrollo, diferente del todo al átomo pasivo de Demócrito.

Y según lo tengo expuesto en mi *Lógica orgánica*, si de la física pasamos a la química nos encontramos con un sistema constructivo natural, perfectamente análogo a las combinaciones atómicas hechas de protón, electrón e ión. Los componentes de todas las sustancias son impares, heterogéneos, de otro modo no hay creación. Ejemplo: H<sub>2</sub>O (el agua), NaCl (la sal), etc., etc. En cambio H<sub>2</sub>O<sub>2</sub> produce una suma: el peróxido, que es aumento de cantidad, no creación de un cuerpo nuevo.

En vez de la antigua *catálisis*, que era una palabra para designar un enigma, el químico de hoy estudia la acción de elementos eléctricos llamados *iones*, que son factor o resultado de la combinación, pero que no aparecen si los elementos de la combinación dejan de ser impares y heterogéneos.

La fisico-química nos dio hace tiempo el principio revolucionario que reforma la química de Lavoisier: la segunda ley de la termodinámica. Ella nos enseña que la energía ni es homogénea ni se conserva. La energía cambia de calidad por el fenómeno de la irreversibilidad y, por eso mismo también, en vez de conservarse idéntica se degrada al pasar de la actividad al reposo, del trabajo a la inercia. Los seres de la física entonces se nos presentan impares, heterogéneos en su composición y sujetos a las leyes de la calidad en su desarrollo.

Un paso adelante y tenemos la operación de la célula viva. De ella están hechos todos los seres vivos. Ya desde nuestra *Metafísica*, (publicada en 1929), señalamos el carácter singular de la célula viva y la contradicción que hace del determinismo materialista, puesto que lo viola al ejecutar actos finalistas. Reciente-

mente Eugenio d'Ors, en su libro *El Secreto de la Filosofía*, señala el caso de la teoría de la evolución como uno en que ni Darwin (y podemos añadir: ni Spencer) se dieron cuenta de que minaban, echaban abajo el determinismo mecanicista en que tanto Darwin como Spencer siguieron creyendo pese a su evolucionismo.

Los evolucionistas Darwin, Goethe (dice Eugenio d'Ors), introdujeron en las ciencias naturales un estilo de música; en otros términos, un estilo de historia, y arrebataron la condición de estabilidad a nuestra visión del mundo atacando por su base la validez del principio de contradicción. Cómo se pudo compaginar la evolución con el mecanicismo, teóricamente dominante entonces, constituye una de esas anomalías en que vemos caer a veces el espíritu colectivo. Darwin no se dio cuenta de que rompía la rígida racionalidad en la explicación mecánica del universo. Pero antes que él Leibniz sí comprendió que su racionalismo no encajaba en el dinamismo de su monadología; por eso descubrió el cálculo diferencial que hace que la distinción del número 2 y el número 3 sea presentada como una distinción entre el negro y el gris porque la base de tal concepción se halla en la continuidad. Tenemos en Leibniz todo un capítulo de saber emancipado de las leyes lógicas que gobiernan toda la ciencia.

Se nos muestra Eugenio d'Ors en esta obra, que es el mejor libro de filosofía publicado en España en más de un siglo, como un pensador atento a la experiencia, según tiene que hacerlo a la fecha quien no hace lo que Husserl: taparse los ojos para no mirar lo concreto, y los oídos para mantenerse sordo al rumor del cosmos que es canto de vida. Inevitable es que el que así comienza no encuentre después entre sus entes un sitio para el ser verdadero que es acción y pasión.

Desde que en el seno de lo biológico aparece el organismo hallamos en éste la oposición creadora propia de ciertos heterogéneos. No es fecunda la acción del ser vivo sin el ritmo concurrente de la izquierda y la derecha. Sin el mecanismo heterogéneo pero concurrente del lado izquierdo y el lado derecho el

hombre sería un robot. Sin la acción dispar de macho y hembra la cadena de la vida se rompería. En la vida opera el principio de la trinidad igual que en la química. La condición de la heterogeneidad concurrente la encontramos en el universo desde la lucha y concierto del protón y el electrón en el átomo, y pasando por la célula viva, hasta la teología que enseña ser Dios Trino y Uno y no sólo uno o sólo tres. Y nos sorprende el hallazgo de que la Trinidad, que es misterio de la fe y contrasentido lógico, resulta necesaria para la lógica de la coordinación, que no maneja unidades de tipo matemático sino factores de calidad irreductible. En lo matemático se es uno o se es tres pero el método de la coordinación nos enseña que el ser no existe ni en el uno ni en el tres sino en la combinación de ambos, desde los hijos de la biología que proceden de la disparidad hembra y macho hasta la naturaleza divina. Toda realidad se nos revela entonces construida según factores heterogéneos que para existir han tenido que consumir combinaciones de carácter impar.

Y la última verdad, milagro de los milagros, es que, dado el orden genético y no dialéctico de toda existencia, Dios es la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Quedando resuelto así, de golpe, un problema que es insoluble para el racionalismo dialéctico. La razón racional no me permite concebir lo uno como trino y viceversa, pero la razón como coordinación encuentra obvio que toda unidad viva sea un resultado de la concurrencia de lo dispar según armonía que se va resolviendo en amor.

El ritmo impar domina el ser de un extremo a otro de la existencia.

La realidad es heterogénea y sólo vive, es decir, se manifiesta, mediante la acción combinada. Esta acción coloca nuestro pensamiento fuera del logos y en la zona propia de la armonía. El logos no sabe sino hacer silogismos, y el ser, en su intimidad, no es un silogismo ni obedece la ley del discurso. Sin discurrir, y por una capacidad interna tan válida como el silogismo, entendemos la acción conjunta de lo trino y de lo múltiple. Esta acción no se manifiesta en definiciones ni depende de principios generales, sino que

es el resultado de todo ejercicio armónico de existencia. Todo lo que es real está constituido según operación heterogénea en que cada parte llena una función y contribuye a crear un todo específico (individualidad o personalidad), zona cerrada de acciones que en física llamamos *un cuerpo*, etcétera, que opera por armonía.

El hecho es que hay una disposición trinitaria que rige la existencia desde el átomo hasta el Creador, y así lo comprueba la teología moderna en el pensamiento de Ferdinand Pratt, S. J. (*La teología de San Pablo*). Citando a San Pablo en la *Epístola a los Corintios*, Pratt enseña: «Hay diferencias de carismas, pero es el mismo espíritu; hay diferencias de ministerios, pero es el mismo Señor; hay diferencias de oraciones, pero es el mismo Dios quien obra todas las cosas de todos».

A la hora de obrar opera según «la gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo». [*Corintios*.]

No se trata (comenta Pratt) de una gradación ascendente ni de una esfera desigual en la que el Espíritu Santo sería inferior a las otras Divinas Personas. Constantemente las Personas están yuxtapuestas por *coordinación* y otras en función de sus relaciones eternas o de las misiones que reciben unas de otras (...) Finalmente, el concurso simultáneo de las tres Personas es expresado en función de sus relaciones personales en el seno de la vida divina.

Así explica la teología moderna (Pratt) el viejo misterio de lo trino y lo uno, que en términos matemáticos es un rompecabezas y en términos de vida un dispositivo natural generalizado que obedece a leyes de proporción, es decir, armonía.

Desde antiguo el hombre fue definido por la teología y aun por la filosofía platónica como un compuesto de cuerpo y alma ligados por una conciencia.

Es curioso observar que el panorama de la existencia se ensancha y se aclara cuando lo contemplamos mediante este método, que podría llamarse *experientialista*. Fundado en la experiencia más auténtica nos manifiesta una multiplicidad sometida a órdenes jerárquicos. Las gradaciones son de cualidad y no se derivan

unas de otras. Dista mucho de estar probada la liga evolutiva aun en el orden puramente biológico; pero sí se distinguen dentro de la pluralidad zonas, familias y jerarquías que pueden ser simultáneas o pueden ser sucesivas. La medida de la calidad, o mejor dicho, la estimativa, depende del poder de acción sobre el mayor número de los seres y las zonas de existencia; por eso podemos decir que el átomo, que domina menos conjuntos existenciales, está en lo bajo de la escala, y la Santísima Trinidad, que maneja el conjunto entero, en lo más alto.

Si bien todo ser en su origen nace de la combinación de heterogéneos, el propósito de todo ser es combinar estos heterogéneos para vencer la asimetría y alcanzar formas débiles o durables de simetría, con lo que se impone al fin la armonía.

El ser encarna siempre en una estructura energética.

Toda estructura energética es compuesta, es decir, heterogénea, y tiende por una parte a retornar a la homogeneidad y la dispersión (por la entropía); por otra parte, a mantenerse en el equilibrio irregular de lo vivo, es decir, en la armonía. Se alcanza ésta a través de una serie de posiciones de simetría que se va haciendo cada vez más estable, más conforme a la perfecta armonía que es la inmortalidad.

### La unidad de los heterogéneos en Santo Tomás coincide en realidad con nuestra solución

Central en nuestras reflexiones es el problema de la unidad de los heterogéneos, según manera de síntesis, que no elude el problema como lo hace el intelectualismo abstraccionista que se inspira en las matemáticas o en la lógica formal. Reducen estas disciplinas lo diferente a lo común, eliminando lo diferente, es decir, consuman una prestidigitación. Lo que la conciencia pide es un tipo de relación o de correlación en el cual lo vario conserve su singularidad y sin embargo revele las conexiones y pa-

rentescos que lo ligan con sus coexistencias. La coexistencia es ya una base de relación, pero enseguida hay que desentrañar de ella sus consecuencias más significativas. Al revés del carácter obvio de las unificaciones de tipo abstracto, el problema de la unidad de lo vario o la síntesis de lo vario se desentraña en las relaciones de la cualidad. Vivimos rodeados de cualidades diversas que, sin embargo, la conciencia maneja con naturalidad y con sencillez, sin andarlas reduciendo unas a otras; al contrario, reconociendo en cada una su belleza o su fealdad, su atractivo o su repulsión según sea el caso. Todo mediante un sistema de relaciones que se parece más al que liga las partes con el todo que a los sistemas aritméticos del común denominador que convierte las partes primero en homogéneas y luego las suma para darnos un todo falso, un todo descalificado, en vez del todo concreto y absoluto que nos ofrece la realidad.

Refiriéndose a este problema, el filósofo canadiense, el neotomista Charles de Koninck, se pregunta:

*What is the sort of relatedness that exists between the different, the heterogeneous besides the common bases of their existence? Where are we to look for the laws of this relatedness in experience or in concept: through observation or through reasoning?*

*What is the position of the human mind before known objects that can not properly be unified through identification; for instance red and black; in sum all qualities, all specific attribute?*

Antes de intentar formular una respuesta recordemos que la teoría de Whitehead y de Cassirer sobre los universales concretos nos facilita en la actualidad el descubrimiento de sistemas de relaciones de carácter nuevo en relación con el pensamiento clásico. *El universal concreto* es una ley de la naturaleza. ¿Cómo se ligan los universales concretos? ¿Puede unirlos la lógica? Lógicamente no es posible unirlos. El silogismo sirve para desintegrar lo vario hasta reducirlo a sus elementos más simples, pero no es capaz de integrar un solo concepto; no puede arquitecturar lo vario. Lo que unifica e integra lo vario es la ley de su acción que casi

siempre coincide con la misma ley de su existir. Por eso sucede que la variedad solamente se integra en la existencia viva. Luego, *a posteriori*, lo vario se desintegra, se dispersa tan pronto como cesa el acto del crear según se nos revela en el conocer.

*El conocimiento es un reconocimiento de la actividad fenomenal específica que en cada caso nos revela el universo.*

Por su parte, de Koninck, con fidelidad a su filosofía tomista, nos dice: «El problema de lo uno y lo múltiple se reduce generalmente a la manera como las cosas en sí mismas son uno y vario. Sin embargo, existe también el problema de lo uno y lo múltiple en relación con los medios cognoscitivos que usamos para alcanzar lo que conocemos». Este último problema (que lo llamaremos *noético* en oposición al natural) es ampliamente tratado por Santo Tomás con reflexiones que deriva de Platón y especialmente de los neoplatónicos. Su enseñanza al respecto es como sigue:

Para conocer cada objeto de un modo distinto habemos menester de un medio distinto de conocimiento. El concepto por el cual concebimos el objeto círculo es otro que aquel con el cual concebimos el triángulo. Es cierto que ambos objetos pueden ser conocidos simultáneamente por medio de algún concepto común, tal como el de *figura*, pero el género *figura* ya no representa a los dos, el triángulo y el círculo, de una manera distinta. Siempre que por medio de un concepto juzgamos muchos objetos inevitablemente los unificamos a expensas de la distinción. *En realidad el conocimiento distinto requiere de nosotros una multitud de medios cognoscitivos directamente proporcionados a la multitud de los objetos que conocemos.* Esta dispersión de nuestros medios de conocimiento se debe a la naturaleza de nuestra mente. Cualquier intelecto finito que conozca las cosas al modo nuestro requiere un conjunto de especies inteligibles; pero el número de especies y grados en que el intelecto se ve roto y disperso dentro de sí, dependerá del grado específico de su perfección, de suerte que si nuestra inteligencia fuese más perfecta, un solo concepto, tal como el de *figura*, podría representar simultáneamente las diversas clases irreductibles de figuras con distinción más aguda que la que se alcanza por medio

de conceptos separados usados en sucesión. La mente divina conoce todas las cosas por medio de la sola especie inteligente que es su esencia.<sup>1</sup>

¿Por qué entonces, decimos nosotros, en vez del término reductivo *esencia*, que sólo se alcanza eliminando caracteres, no usamos el término lógico claro: *coordinación*?

Insiste Santo Tomás:

El concepto general por medio del cual conocemos objetos distintos de una manera confusa nada más se llama en la predicación un *universal* [*secundum predicationem*], en tanto que las especies inteligibles que representan distintos objetos en su íntima distinción son *universales de poder* [*universalis virtute*]. [Según de Koninck este *universales virtute* es afín del universal concreto de Cassirer.]

Pero nosotros decimos: esto ya no es un universal lógico ordinario, sino más bien un proceso que requiere el factor tiempo para integrarse. En el proceso, en todo proceso aparecen novedades que no sospecha el desarrollo simplemente dialéctico. En el tiempo de la acción natural y la acción espiritual propias de los fenómenos van apareciendo factores indispensables a la consumación de un hecho, una individuación dentro del devenir confuso del cosmos. Hay en cada fenómeno natural o psicológico un acto de coordinación inteligible o simplemente observable (que corresponde al suceso exterior), cuya actividad reconocemos ya sea por nuestros sentidos, ya por la razón, es decir, por alguna de las antenas de nuestro conocer. ¿No es esto mucho más que la *esencia indivisible* de Santo Tomás?

Por otra parte, se nos habla de diferentes modos de conocer adaptables a las distintas maneras de ser del objeto: ¿quién liga estos medios de conocer? Indudablemente que la facultad identi-

<sup>1</sup> *Contra gentes*, II, c.c., 98-101.

ficadora es doble: el universo se identifica (nosotros decimos: se coordina) en la conciencia divina; el hombre concibe esa unidad, esa coordinación, de modo imperfecto porque su conciencia es imagen de Dios pero no Dios mismo. Las ideas y los sucesos se ordenan, ya sea intelectualmente, ya sea empíricamente, por lo que llamamos hoy *leyes naturales*. Las diversas corrientes (la intelectual, la empírica, la sentimental), no se unifican, no se identifican: se coordinan en la conciencia que es un todo parcial hecho a imagen del Todo Absoluto que es Dios.

De Koninck intenta alcanzar la reducción a la unidad de los heterogéneos por medio del proceso, y se pregunta si no es mejor renunciar a la reducción y descansar «aceptando la esencial y radical distinción».

Establecer entre las cosas una liga de tiempo según el motivo que mueve su proceso no las explica causalmente ni las hace inteligibles según géneros y especies; pero la liga dinámica implícita en el proceso sí es un comienzo de unificación. El movimiento unifica porque introduce el factor finalista, la tendencia a un objetivo. Todo proceso tiende a algo, se mueve hacia algo. De esta suerte la finalidad viene a dar cuenta de la diversidad poniéndola a colaborar, y al hacerlo coordina lo vario.

Señalar el proceso como medio para la reducción es un acierto; pero si ya contamos con ese acierto inicial, ¿por qué no seguir adelante en vez de descansar? Los caracteres del proceso son capaces de dar, si no unidad identificada, sí unidad de sentido a la heterogeneidad, conservando a esta heterogeneidad su radical distinción. Esto es lo que hacemos al coordinar conocimientos irreductibles a unidades formales; y esto mismo hace la naturaleza en sus procesos: cuando combina los colores, cuando combina los sonidos, la naturaleza no procede al azar; obedece a leyes cuya investigación es precisamente misión de la ciencia descubrir y objeto de la filosofía interpretar. Decimos que acierta De Koninck al señalar el proceso como medio de reducción de lo heterogéneo porque en el proceso hay movimiento, y precisamente la filosofía de la coordinación es una filosofía del movimiento. Además se

trata no de un movimiento mecánico sino de un movimiento que obedece a ritmos creadores. Movimiento impar, como hemos visto; movimiento que tiende a algo, o sea la producción de un fenómeno significativo: el color, la luz, el sonido, la melodía: actos de la mente que son reflejo de procesos especiales de la natura. Y de paso digamos que el conocimiento que nos dan los procesos fenomenales es un conocimiento racional conceptual, conocimiento coordinativo, porque según dice el propio De Koninck:

[...] lo que es relativamente irracional para nosotros puede resultar más racional en sí mismo, o sea la propia y formal distinción de las cosas que requieren para su formación experimental y para su construcción e inferencia, de conceptos nuevos y distintos para ser usados en sucesión ocurrida en el tiempo.

Las formas en desarrollo temporal son el objeto de la coordinación, pero no basta con el factor tiempo: hace falta además una intención creadora, un logro constructivo. Nada de esto es racional en el sentido silogístico o logístico clásico, pero no tiene nada de irracional en el sentido amplio del término, como no es irracional la obra del artista: es simplemente proporcionada, armónica o inarmónica, y nada más. Lo que indica que no basta el logos para explicar el movimiento y la vida. La conciencia dispone de otros elementos aparte del logos para entender y comprender la creación; tal por ejemplo la armonía. Ya Platón nos enseña las leyes de la armonía como indispensables para la construcción artística, y lo único que hay que recordar entonces es que nos hallamos enfrente de una naturaleza que no es lógica, sino armónica. Y así como al concepto corresponde el logos, a la naturaleza viva corresponde el órgano mental de la armonía. El gran unificador de logos y armonía es en nosotros la conciencia: una misma cuando discurre y cuando armoniza. Y dentro de la función coordinadora de la mente caben ambas categorías.

El lenguaje lógico ha contaminado la mística cuando ésta habla de identificación de la creatura con el Creador. Sabido es que

esta tesis, aceptada radicalmente, conduce al panteísmo del Vedanta o de Spinoza. El verdadero místico sabe que se trata no de identidad, que no tendría sentido si pretendiese suprimir la creatura o, peor aún, suprimir a Dios. No es función de suma la que opera, sino precisamente de armonía entre la creatura y el Creador; una armonía que se vuelve jubilosa por intervención de otro factor del ser que es el amor. Vemos entonces al logos, armonía y amor en obra conjunta, afán coordinador para exaltar la creatura por ser partícipe del Creador, y al Creador ensanchado en su creatura como el artista en sus obras, sin supresión de uno solo de los milagros del ser.

Esta idea de la *identidad* proveniente de las matemáticas debe ser devuelta a las matemáticas para que no estorbe la comprensión de la esencia de las cosas, esencia que radica en la irreductibilidad de cada una de las creaturas de Dios.

Y volvamos a decir que Santo Tomás: «El conocimiento distinto requiere de nosotros una multitud de medios cognoscitivos proporcionados a la multitud de los objetos que conocemos». Esos medios cognoscitivos son la sensación, la idea, la imagen, el ritmo, la melodía, la armonía. ¿Qué da la unidad? El acto de conciencia, cada acto de conciencia. Y lo que hace la conciencia es coordinar, o sea (como hemos afirmado en la *Lógica orgánica*) *pensar es coordinar los conjuntos afines de los objetos que conocemos*.

### Rehusamos la abstracción

No se llega al ser, ni siquiera a lo que llaman *quididad*, tampoco a su intimidad, mediante abstracciones que lo van desintegrando, dejándolo reducido en el último término a esa nada que es el *ser en cuanto tal* de los metafísicos. Por necio tendríamos al que buscarse la esencia de la rosa poniéndose a arrancarle los pétalos, luego los pecíolos hasta quedarse con el tallo, que ya es trozo de yerba. Igual juicio nos merecería el que cortase el tallo para lle-

varlo al microscopio que sólo puede darle la imagen de células, tejidos, etcétera. Mientras no se recuerde que la palabra *esencia* tiene otro significado aparte del que le da el metafísico, y es el de sentido común, nada podrá ponerse en claro según el método eidético. *Esencia*, en efecto, quiere decir: conjunto de caracteres que singularizan o determinan un ser. La esencia hay que buscarla por síntesis.

La pregunta del filósofo debe ser como sigue: ¿cuál es el conjunto de notas que en su coordinación nos dan lo que es la rosa, el ser de la rosa? La respuesta entonces tiene que ser también compuesta: a la rosa, para serlo, le hacen falta las hojas y el tallo, el color y el aroma. Su esencia entonces sólo puede darla una síntesis, no un análisis. La síntesis determina cuáles son aquellos caracteres indispensables para que la rosa sea rosa; los rasgos que no se pueden eliminar no se deben eliminar. La abstracción, al contrario, desde que comienza reduce y altera, falsifica. Error viejo, error aristotélico es andar buscando lo que hay de común entre dos objetos en vez de buscar lo que tienen de singular. *Esencia*, entendida como quididad, como singularidad viva, sólo puede dársenos en la síntesis de los elementos que le son inseparables.

Maritain, en su laborioso, esforzado y estéril ensayo sobre el ser (cuarta lección, cap. II), habla de que:

Un espíritu puro vería todas las cosas partiendo de adentro y partiendo del ser mismo, hasta las últimas determinaciones de la singularidad; a un acto de visión angélica corresponde un conocimiento a la vez e indivisiblemente metafísico, matemático, físico, y que aun va hasta el equivalente intelectual de la percepción del sentido; todas esas cosas son en nosotros distintas porque somos una inteligencia que saca de las cosas materiales, por medio de los sentidos, los objetos que ha menester para saciar su sed. Rehusar la abstracción es rehusar la condición humana.

Recogemos esta última frase, tan significativa y sincera, y decimos: causa asombro pensar en el daño que ha hecho Aristóteles

con su «pureza». Expresiones como *el ser mismo*, *el ser puro* son el antecedente lógico de las teorías modernas sobre la nada, así como del escepticismo que apartó los espíritus del pensamiento escolástico en los siglos XVIII y XIX. En realidad no significan sino la ineptitud de la inteligencia frente al ser. Quiere reducirlo a sí y el ser se rehúsa, porque no es sólo inteligencia, sino lo que produce y pone a funcionar la inteligencia. El ser sobre la inteligencia: ¿se encuentra esta postura en algún escolástico? Es posible que sí, porque fueron muy sagaces los escolásticos; pero el aristotelismo triunfó y con él la exigencia de identificar el ser con la inteligencia.

Hoy sabemos, sentimos, comprendemos que el alma no puede, no debe ser mutilada para convertirla en pura inteligencia ni en inteligencia pura. El alma es conciencia, y la conciencia dispone de varios instrumentos de conocer. Ellos nos dan del ser no una imagen apagada sino una noción de presencia con densidad. Presencia cercada de realidades múltiples que desarrollan procesos cambiantes. El alma participa en esos procesos, pero no se entrega a ellos porque tiene el suyo que realizar; y el suyo es fabricarse un ser incorruptible por encima de la corrupción misma y el cambio; de paso, salvarse de cambios que no son los de su destino. La salvación no se opera mediante actos puros; no es conceptual. *Salvarse* es conquistar más concreción, más poder de coordinación de los heterogéneos que intervienen en la constitución de su ser. En otros términos, busca pasar, en la escala de las creaciones del Señor, de la condición del animal, cuyo destino se deja llevar de lo externo, a la del hombre que fue creado para asimilar lo externo y hacerse su propio destino.

### La percepción del sentido

El equivalente intelectual de «la percepción del sentido»: esta frase maritainiana profunda nos reconcilia desde luego con su autor. Ese equivalente, ese supersentido, o simplemente esa con-

ciencia espiritual que es nuestra esencia nos permite adelantarnos, aunque hombres, a la condición del ser propio de los ángeles. La Iglesia en su léxico sagrado designa tal condición con el nombre de *cuerpo incorruptible* o cuerpo glorioso. La convicción de esta posibilidad, esta variante del ser, viene de San Pablo y de la forma en que vió a Cristo, y ha estado haciendo falta en la filosofía desde hace muchísimo tiempo. En vez de todas esas trascendencias y visiones eidéticas que nada dicen al espíritu, San Pablo nos dio la experiencia de la cual se deduce, con sencillez sublime y fácil, que se puede pasar del ser corruptible del hombre actual a una naturaleza de esplendor que se hace incorruptible por el toque de la Gracia, por el sortilegio y el milagro de la salvación en Cristo y por Cristo.

En rigor, no hay otra posibilidad de metafísica.

El hombre no puede, no debe ser como el ángel; no está designado a progresar hacia el ángel según podría suponerse bajo la influencia de una supuesta evolución que no rige en el espíritu. Pero el hombre posee, igual que el ángel, capacidad para pensar la realidad según el milagro que lo hizo salir de la nada, colocándose más allá de la abstracción en visión y revelación directas.

El mensaje cristiano padeció en claridad por el intento de expresarlo en las formas de la filosofía helénica. La doctrina del Evangelio resiste toda clase de pruebas, pero luce mejor en su propio lenguaje. La pretensión de explicar el milagro implícito en la fe conforme al lenguaje y las aporías de la metafísica ha sido frecuente motivo de confusión.

Las ventajas de una teología como la que está elaborando nuestra edad dependen de que nuestra ciencia nos permite pasar desde el engranaje de los *quanta* de la luz, el átomo y la célula, el organismo (seres todos configurados, singularizados), hasta el reino de los seres de espíritu, nuestra propia alma y las viejas jerarquías de los arcángeles y los ángeles y serafines, tronos y dominaciones. Y Dios mismo se nos presenta no en «acto puro» sino vivísimo y pleno en la Segunda Persona de la Trinidad, la manifestación que nos es adecuada: el Cristo Pantocrátor, dulce y todopoderoso Rey del Universo.

Según esta consideración moderna, el filósofo verdaderamente cristiano es San Agustín, que ahondó en problemas que ni siquiera Platón sospechara.

## Unicidad

La unidad de la filosofía es muy distinta de la unidad del matemático. El filósofo contempla la unidad en lo diverso y se rehusa a reducir la variedad a las identidades obvias del matemático. Reconoce que esas identidades son el lenguaje de la ciencia, pero eso sólo quiere decir que la ciencia no es la filosofía. El filósofo busca unidades de acción más bien que identidades o sumas. El filósofo sabe que su pensar está ligado a su sistema nervioso; éste a su vez depende del estado general de su salud, su nutrición, su sueño y su vigilia. El pensamiento depende también de las circunstancias espirituales en que opera: época, sociedad, cultura, saber. De esta suerte el pensar se halla sumergido en una multitud de sistemas parciales, conjuntos específicos, que posee, cada uno, su ley interna. La filosofía, la sociología, la literatura: múltiples zonas del saber influyen en mi personal manera de actuar, pensar y sentir. Sería absurdo que yo pretendiese simplificar buscando reducirlo todo a una zona particular del saber. El uno como idea: faquir que retira la mirada del mundo para hipnotizarse contemplándose la punta de la nariz. A esto conduce la unidad sin variedad, la unidad abstracta, el acto puro de la mente. Al contrario, todo acto de conciencia tiene que ser complejo como la variedad que capta. Para no traicionar esa variedad tiene que juzgarla como ella es, sujeto también de variedades en que cada una suele ser fundamento de otro desarrollo.

Cada una enriquece la existencia. Así el color ha de darme la mayor multiplicidad posible de matices. En toda la escala de los seres debo reconocer lo que en ellos es único y lo que esta unicidad significa en las relaciones del conjunto de los seres, desde el átomo hasta la persona divina, que tampoco es simple y no

se expresa en actos puros. La unidad es constantemente sinónimo de *coherencia*. En Dios mismo las diversas naturalezas (Padre, Hijo y Espíritu Santo), tienen cada una su función, y la verdad consiste en descubrir esas funciones en Dios y en la creatura. También en las relaciones de ésta con su Creador. Relaciones que son de separación y de reunión, nunca de identidad porque la cualidad no se identifica con lo otro; el hacerlo sería suprimirla, y el más exaltado de los místicos resiste la identificación a lo panteísta según la imagen del agua que retorna al océano que es su origen. El panteísmo ejercita criterios como el de la suma que aumenta o reduce la cantidad; pero el ser es más que cantidad: es armonía de cualidades irreductibles unas a otras, tal como no es posible ni deseable hacer de la mano pie o del cerebro corazón. Cada parte tiene su tarea intransferible; de otra manera no tiene sentido el todo. Y Dios mismo, porque la ama, no va a negarle al alma el don que le otorgara al crearla: el don de la unicidad.

## Sucesión y simultaneidad

Ser eterno es estar encima del tiempo; se puede estar fuera del tiempo; lo que no existe no ocupa sitio en el tiempo, no puede ser medido; pero esto no es el ser. El ser no está hecho de tiempo; puede desentenderse del tiempo, es decir, del curso del acontecer. Ocurre esto cuando las creaturas llegan a plenitud y ya no necesitan variar para alcanzar la perfección de lo que son. El tiempo ligado al movimiento supone una potencia que todavía no alcanza el acto. El acto pleno (no decir jamás el *acto puro*) ya no reclama perfección alguna; en consecuencia para él se suprime el tiempo y también el movimiento. Por donde se ve que el tiempo es transcurso de acción, periodo de tarea, y tan luego como la tarea se consuma el tiempo se borra, se extingue. Y habrá un momento en que la creación entera, lograda su plenitud, se quedará inmóvil en un reposo que es disfrute: el reposo del Crea-

dor. El tiempo es de esta suerte sucesión; pero el ser radica en la simultaneidad. Somos a un tiempo con los otros seres y con Dios. La simultaneidad es imagen de lo eterno. Las cosas ya no van a objetivo alguno; sus metas están logradas y perviven en la perfección de sus caracteres, pero con la singularidad, unicidad, dentro de una multiplicidad organizada jerárquicamente. Multiplicidad ya no activa sino viva; no persigue metas, goza. El goce es permanencia en la dicha de una armonía de amor con Dios y su universo.

En la simultaneidad se equilibran espacio y tiempo.

El movimiento en tanto tránsito de un punto a otro es una síntesis mental, un proceso inextenso; el movimiento real es un progreso, una síntesis cualitativa, una organización gradual de nuestras sensaciones con unidad análoga a la de una frase melódica, pero que corresponde o simula o imagina un proceso equivalente en la realidad.

Ya lo dice la Sabiduría: nos hallamos ante Dios en un presente que abarca pasado y futuro, iguales todos a su vista: los que fueron, los que son y los que serán. La sucesión es propia del tiempo; el ser, por eterno, vive establecido en la simultaneidad. El criterio de la filosofía deberá ser el de la simultaneidad: procurar verlo todo a un tiempo; más bien dicho: fuera de la sucesión de los tiempos. El ser habita en la simultaneidad. En lo eterno todo es simultáneo.

La eternidad abarca la sucesión y la simultaneidad, la melodía y la armonía.

En teología hay la etapa de la sucesión cuando van apareciendo en la historia los mensajes de los grandes creadores religiosos, los videntes y los profetas. La Encarnación es el drama en que todo el universo se siente sacudido, desorientado. La Revelación final, que es la del amor, ocasiona apaciguamiento y palingenesia. Desde entonces la teología abre un capítulo nuevo. El capítulo de la armonía que es la vida conforme al Padre. Ella se expresa en el Sermón de la Montaña. La creación comienza como un grupo de melodías; luego alcanza concierto hasta que

torna a hablar el Verbo y dicta la ley del amor. En la armonía se suspende el hado, se pone un freno a los cambios y se goza de la creación con algo semejante al júbilo del sexto día del Creador: no el día del reposo, sino el día del disfrute, el disfrute en el amor. Cuando esto ocurre es porque los elementos contrarios del cosmos se han sometido a la armonía que deriva del Verbo en acción.

Sometido a la armonía, el tiempo se vuelve simultaneidad y se hace eterno. Lo sucesivo tiene medida; lo simultáneo la pierde. La eternidad es simultaneidad que se prolonga sin término. La sucesión se dispersa si no hay un conjunto armónico dentro del cual adquiera sentido. Lo mismo ocurre con nuestra vida como destino. Sus actos sucesivos pierden sentido sin un plan que supere lo humano. El tiempo, como la reversibilidad en la física, sólo vale espiritualmente por el sentido, el significado de las medidas. La sola medida no le afecta porque el tiempo es calidad en proceso con irreversibilidad, con sentido de construcción y de salvación. Hay el tiempo de la flecha que pega en su blanco, completamente mensurable, y hay el tiempo que va del nacimiento a la muerte de un hombre: un destino que no es susceptible de medida pero está preñado de significaciones. En el tiempo del destino presente y pasado se conjugan, influyen y actúan sobre el futuro; el tiempo del calendario es sucesión de cantidades que se llaman *horas y días*.

## EL SER EN SÍ

A menudo la conciencia se queda vacía como si de ella se ausentase el ser. El pensamiento no basta a llenarla. Las ideas, artísticas o filosóficas, religiosas, sirven para estimular nuestro poder de vida y creación. Pero a menudo la conciencia no responde al estímulo. Procuramos llenarla con imágenes, consumamos lectura que nos resultan paja académica que no da nutrimento. El remedio es obrar, no pensar; cualquier acción útil, modesta o gloriosa, nos devuelve el entusiasmo, nos restituye la fe. Conviene a veces dejar sola el alma. La soledad la reconforta. De pronto su manantial agotado borbotó, fluye de nuevo, revive el ser. La soledad ha de ser cabal; ejercicios de nada, por contraste, nos devuelven al ser. El existir es como el arder, pero hay fuegos que arden sin consumirse, como la zarza de la Escritura. Las lenguas de fuego de Pentecostés iluminan y no queman, enderezan el ser y lo reviven. En sus reposos el alma toma impulso; su chispa inmortal clama plenitud y eternidad. Desde las etapas de abajo, para el ser es mejor arder que apagarse. El incendio es más fecundo que la congelación. Esta última es la muerte. La flama sagrada nunca se extingue. La nieve de los volcanes es imagen de la nada tonta, la nada sin contenido. El Empíreo es la imagen de la eternidad.

Todos hemos visto alguna vez, en el baño de mar, esos sujetos que prolongan su estancia en el agua; se están disfrutándola semisumergidos; se acarician los brazos, chapotean y vuelven a sumergirse; les gusta sentirse anegados. Algo de esto ocurre al alma en aguas de soledad: no busca resolver problemas ni disfruta recuerdo alguno, simplemente siente que es. El alma se palpa a sí misma, se mira sola y teme; el pánico la invade, pero le nace un canto, un himno interior saluda la evidencia de su ser; no elige nada, disfruta el don de participar en el universal concierto. No es en él un espectador sino parte activa que hace entrega a Dios de su albedrío. Con ello aplaca el natural desasosiego que causa sabernos parte del infinito universo. La angustia cede y se establece la confianza. Con el ser se nos han dado poderes para cumplir la misión que nos está encomendada; el ser reconoce los seres; se sabe partícula en el Todo, pero tan viva y sensible que parece indispensable al Todo.

El ser en sí, como noúmeno kantiano, no existe ni hace falta. Esto de consumir eliminaciones de supuestos accidentes hasta dejar sólo la esencia conduce a encontrarse con esencias que ya no son ni carne ni alma ni hueso ni fantasía. El ser puro es como el acto puro: un contrasentido. La mejor definición de Dios es la que Él mismo dio a Moisés: «Soy el que Soy». Esto no quiere decir: soy el ser en su pristinidad ni en su quiddidad; quiere decir: soy el ser en su plenitud única. Lo «único» aquí quiere decir: la potencialidad absoluta, no la despotentización; el máximo poderío en la coordinación de factores.

El ser en sí, «el que soy» sagrado, define a Dios pero no lo agota. Dios es ser en sí y además muchas otras cosas: Autor del universo, su ley y su fin de amor. El ser en sí por sí solo, fuera de Dios, sería la nada.

La noción del *ser* es de orden experimental (no es idea); es aquello de que proceden todas las ideas; no es una visión: todas las visiones proceden del ser; no es el ser un rumor: todos los sonidos encuentran en el ser su patrón. La noción del *ser* no es negativa sino la más positiva que existe. «Soy el que Soy» es la

raíz del mundo. Cuando intentamos llegar a ella por el análisis, mediante eliminaciones y abstracciones, la raíz nos escapa. El ser es la síntesis de donde todo mana. Ideas, recuerdos, premoniciones, sentimientos, sensaciones: todo brota de la compleja singularidad del Ser Absoluto y de nuestra conciencia que es su imagen. Somos así un microcosmos, una abreviatura del universo, pero de tipo unívoco extraño a lo genérico, hechos para comprender todos los géneros. La noción del *ser* posee densidad, es uno como peso que está en el vacío y no cae; sirve de sustento a la existencia misma. Vence la gravedad tal y como el espíritu trasciende al cuerpo. Más firme que el acero es el ser por inquebrantable; más pesado que la pesantez y más ligero que el ala. El ser es la realidad misma y el origen de una confianza en que se posa el universo.

Cuando la muerte amenaza con la disrupción de todo lo que somos parece que el universo va a derrumbarse junto con nosotros; sin embargo el ser no se alarma; el derrumbe no le alcanza: su medida no es la del universo visible. El ser, por invisible, emparenta con el espíritu. Su ley es la que han descubierto los videntes; su doctrina es la de la Revelación.

En todo caso el ser es cosa concreta, la más concreta de todas; no hay que confundirlo por lo mismo con las formaciones esquemáticas: ideas, entes, figuras. El ser es densidad. Su contenido simpatiza con todo lo que alienta en el universo pero no se dispersa en la pluralidad: obediente a un eje, un centro orientador y coordinador, vive en síntesis perenne. Se va por los espacios pero regresa como el bumerang de los australianos.

Participamos del ser absoluto, por eso nos sentimos pequeños reyes del universo. La experiencia nos informa de nuestra fragilidad y entonces buscamos el centro del poderío: el Absoluto de donde procede la partícula que somos. Hallar ese Absoluto en cualquiera de sus manifestaciones engendra confianza y regocijo. Cuando perdemos su contacto nuestro ser se disgrega como una pompa de jabón que ha reflejado el universo pero no lo encarna, no ha sido parte de la vida. El alma sobrevive si se inserta en los procesos del universo y desempeña en ellos una función. Es tan

limitada esa función comparada con la vastedad, la complejidad del universo, que nuestro ser reflexiona y se alarma, se pasma y se inquieta y siente que le falta el sostén. Hace falta entonces una nueva inyección de sustancia, una nueva generación; una vuelta a nacer: esto es la gracia de la fe. Nuestra fragilidad la convierte en eternidad; se consuma la promesa de vida eterna y la resurrección. Milagro fácil de creer si se advierte que en el milagro está suspensa la creación entera. Del «Soy el que Soy» procede enseguida el universo. De suerte que *ser* en el sentido absoluto sólo lo posee Dios. El ser se da en muchos otros casos y condiciones siempre como de prestado y con límites; sólo en Dios el ser es lo mismo que lo Absoluto. «El que Soy»: nada se compara a Mí; todo procede de Mí; todo lo demás es reflejo; «Soy el que Soy»; los demás participan en grados diversos de mi existir. En ese Absoluto se inmergen las formas, las apetencias, los impulsos, las estructuras; todo nace de Él, pero no a borbotones como la lava del volcán, sino ordenado y arquitecturado según eones que proceden del Verbo. «El Verbo es consustancial en Dios.» Desde que Dios se pone a crear opera el Verbo; luego, como su obra le inspiraba amor, este amor pone en función la Tercera Persona: el Espíritu Santo que vivifica y consagra. El Verbo tuvo que encarnar a causa de que una parte del universo se lanzó hacia su pérdida. El verbo torna a orientarla, la devuelve al ser.

El ser en sí es el alma y el aima, es porción organizada de lo que es. Entendemos por lo que es la Persona Divina que se definió a sí misma como «el que soy»; el alma es criatura, pero hecha a imagen y semejanza de su Creador; por lo mismo, en su constitución hay coherencia imitada de la coherencia divina. Todos los microcosmos en su índole especial son variedades del ser original; cada ser es una parte del todo de la creación, pero no como las partes de un todo abstracto que al sumarse dan un todo de cantidad. Las partes de un ser no pueden sumarse porque son heterogéneas; en cambio concurren con su peculiaridad para engendrar todos de cualidades nuevas. Las partes embonan, concurren y armonizan, se ligan por armonía, no por geometría, y así engendran todos parciales que poseen

vida. El universo es de esta suerte acción y concierto. Las partes, por su armonía, consuman las finalidades del universo, pero éste no abarca al Creador. El Creador, por el hecho de serlo, está fuera de su creación y quizás interviene permanentemente en ella para conservar la animación y restablecerle la proporción y la armonía cada vez que es necesario. Por obra como de milagro perenne el universo se sostiene. Su interior está minado por la entropía que tiende a deshacer, a nivelar, a destruir lo heterogéneo para regresar a la nada original; pero el espíritu restaura el *fiat* original y lo mantiene.

Lo esencial del alma es coordinar los elementos internos con los externos para afirmar dentro del universo la presencia de un *quantum* autónomo de energía, un factor viviente, una unidad que opera dentro de lo físico pero pertenece al espíritu.



El alma una se sirve de distintos instrumentos y aparatos de conocimiento, a saber: el sensitivo, el intelectual, el ético, el estético, que operan cada uno por medio de *a priori*s específicos según hemos insistido en diversas partes de nuestra obra.

### El ser en los otros

Mucho depende de la primera impresión. El que supo de la caricia de una madre, los ojos adorantes de un padre, de la atención de algún pariente o amigo o persona caritativa, guarda del otro una impresión de beatitud. El otro es nuestro vigilante y nuestro apoyo: está allí a nuestro alcance. Un gesto, un grito lo traerán anheloso al servicio de nuestra necesidad. Antes que el yo nuestro contemplamos, reconocemos, configuramos al otro: padre, hermano, prójimo. Nuestro ser se complementa en el otro, se aposenta en él y se confía. Sólo más tarde, mucho más tarde, nos damos cuenta de que el otro, por mucho que preste efectivo

auxilio, consuelo y complacencia, bien visto se halla suspendido en el mismo vacío en que nos hallamos nosotros. Nos falta a los dos una base, un soporte, una tabla que nos sostenga y nos evite declinar hacia el abismo. ¿Dónde apoyar, la base, la tabla que pudiera librarnos de caer, caer sin término? El rinconcito del mundo que es nuestro planeta nos brinda el triste apoyo de la gravedad; gracias a la gravitación no caemos a rodar por el espacio durante etapas y eones de desamparo. ¿En dónde está para el alma la gravitación, el equilibrio de una perennidad viva?

El otro es un cuerpo. De repente, en súbita reflexión involuntaria, descubrimos que el otro, aun el más excelso de los otros (una madre), es también un cuerpo: cada una de sus líneas directivas responde a una secreción desagradable; en vano hincha los hombros porque no puede volar, y tanto le angustia su condición que nadie que nos sea un inconsciente se desnuda a gusto delante de una multitud.

Hay que ver en su esplendor esos cuerpos: su instante de gloria es el del cielo; todo se afina, se hace elástico. Redondeces seductoras anuncian la hora de la germinación, la misma en cada animal. A propósito de esto se hacen literaturas. El paganismo se halla manchado por esta ebriedad que busca lo divino por el camino del Eros sexual. Ni Platón se libró de ella y todavía en el cristianismo aparecen recaídas: el novio y la novia, el desposorio celeste, ¿qué tiene que ver todo esto con Dios? Tenemos de común con los animales la generación, que es evidencia de salud y causa de alegría que pertenece a la tierra. Se dirige a la tierra y tiende a prolongar el drama planteado desde el Paraíso: el alma, avergonzada delante de Dios, el yerro de la multiplicación de lo imperfecto. Reproducir los personajes del drama no añade ni resta a su importancia. El cristianismo lo sabe; el pagano apenas lo sospechó cuando por boca de Platón afirma: es mejor crear en lo invisible. Dios no necesita de pareja para crear. En esto se halla su superioridad: creó de la nada. Sólo en las mitologías retrazadas, aberrantes, se echa mano de la diosa para explicar después la creación en forma genésica; pero el amor mismo no es dual,

es siempre trino: padre, madre, hijo. El simple apareamiento no satisface según lo comprueba la historia de las pasiones estériles (Tristán e Iseo, etc.) Y si bien el instinto superior no quiere el hijo, también es cierto que la única manera leal de evitarlo es huir del apareamiento en el celibato.

El Dios cristiano a unos seres los hace con el golpe del *quantum* que engendra ondas y luz; a otros los apareja a fin de crear cuerpos que habitarán las almas; pero en el orden de las almas ya no hay reproducción. Cada uno contempla al Creador que gratuitamente le dió el ser. ¡Sólo se queda, constantemente, el yo! El otro dispone apenas de tiempo para pensar en sí mismo. Es infinito el desamparo de quien se atiene al otro si el otro no es el mismo Dios.

El ser como yo es el único que sería natural que conociésemos. Cuando en él hurgo se me escapa y me deja como el loco que quisiera verse la espalda girando de prisa sobre sí mismo. Es inútil; nunca podré mirar mi ser, acaso porque estoy dentro de él. No lo tengo a la espalda sino en la dimensión inexplorada de la profundidad. Además, no es substancia que se vea sino aquello con lo que veo. ¿Qué es mi ser? El pivote de la maquinaria, el piloto de las direcciones, lo que junta cuanto miro y cuanto palpo, lo que escucho y lo que pienso y lo que amo. Para representármelo acudo a la naturaleza de Dios según el misterio de la Trinidad. Dios es la unidad de la Trinidad. Mi ser, chispa suya, es la invisible unificadora potencia de todo lo que entra en su campo de operación. Se habla hoy del campo métrico en electricidad; el campo métrico de la mónada peculiar que es cada ser es el universo. Pero la mención del universo nos saca del ser como yo. Retornemos.

¿Qué hay en lo más hondo de mi mónada viva, activa? Nada si procedo por análisis, porque no soy ni sensación, ni color, ni sonido, ni vibración, ni pensamiento, ni sentimiento, sino todo junto; es decir, que a cada momento, y a semejanza del átomo que para subsistir necesita de la polaridad electrón-neutrón, mi conciencia, siempre invadida por las mil sollicitaciones del mundo

externo, para subsistir necesita coordinar después de clasificar sensaciones, ideas, imágenes. ¿Qué es la coordinación? Un acto irregular, periódico, a veces tenue, a veces fulgurante, que se produce en mi conciencia y es ella misma: la coordinadora.

La conciencia, invisible factor de coordinación, no es un ente en el cuerpo tal como Dios no es el alma del universo. El alma posee un destino aparte de ser conciencia. Y Dios es Creador de la creación pero no está inmerso en ella, no depende de ella; podrá destruir su obra, quizás la destruya algunas veces conforme a las kalpas indostánicas o simplemente la deja parecer como en la entropía. Para el alma sin embargo Dios tiene normas diferentes de las que rigen el universo. Entre el alma y Dios hay el compromiso terrible del albedrío. Si me fuese dado optar, lo rehusaría. Se insertó en nuestra naturaleza la responsabilidad del albedrío, pero son tan crueles las consecuencias de su abuso que me siento necesitado de auxilio. Acudo a la misericordia divina, sin cuya Gracia esta pobre oruga que soy jamás se desenvolvería en crisálida.

El ser del yo es un abismo insondable. Extraemos de él algo nuevo cada vez que nos hundimos en su infinitud. Abismo de apetencias sin potencias, un sentido nos acerca a su realidad oscura: el tacto. El ser como yo es algo que se palpa por cinestesia. La sensibilidad interna es una tensión. También el electrón es una tensión susceptible de estallar cuando aparece su onda contraria, su polaridad. El ser como yo experimenta esta misma necesidad de eclosión, de manifestación, cuando se encuentra con otro ser como yo. El orden del ser se divide así en tres grandes ramas: el ser como yo en el mundo que me rodea; el ser como los otros; el ser como Dios.

### El ser del cuerpo

En su origen el cuerpo es un producto turbio. Nace del amor, se dice; en el mejor de los casos así es. Pero hay un límite muy tenue entre el amor y el deseo. El amor contagiado de lujuria es

entre todos el pecado más leve, pero sólo en apariencia. Mirarlo con benevolencia los poetas y los artistas y Dante lo pone al principio de los círculos infernales donde la pena no llega a la infamia. El mismo Jesús en su trato de la Magdalena demuestra una lenidad que ha dado origen a toda una literatura artístico-erótica de valor dudoso, pero que indica en todo caso la amplitud del comentario a que el asunto se presta. Sin embargo, hay en toda relación sexual un misterio de trascendencia. El amor erótico nos inclina al principio a la abnegación, casi al heroísmo: nos saca de nuestro ensimismamiento, nos lleva a la falsa ilusión de que adoramos a «Dios en sus criaturas». A menudo, y aun en sus excesos, el amor resulta preferible a la sequedad del asceta, a la compostura del egoísta. Probablemente no hay en el ánimo poder de exaltación más fuerte, si no más alto, que el de la obsesión amorosa, ni placer más intenso del cuerpo. Sin embargo el vino erótico esconde la ponzoña de la falsa perennidad que promete en la descendencia. Si fuésemos ángeles ¡enhorabuena que nos multiplicáramos! Pero ¿qué objeto tiene propagar indefinidamente el dolor, el riesgo, el drama de nuestro propio existir? Si no fuese instrumento de la propagación el amor sería inocente; quizás también se volvería desabrido, apagado. Se juntan pues en el amor, igual que en el mito de la manzana y la serpiente, mal y bien, dulzura y hiel; la más preciosa fruta del Paraíso y la pérdida del Paraíso. Este doble misterio recorre milenariamente el corazón de la especie y lo llena de tristeza. ¿La aparición del vástago humano basta para hacer del amor el pecado y el misterio por excelencia? ¿Es tan mala, acaso, la vida? Supongamos que sea buena. ¿No os parece que ya ha dado frutos bastantes? Y si es mala, entonces nuestra responsabilidad es agobiante. En éste uno de los enigmas propiamente insondables. El materialismo contemporáneo quiso negarlo, y los políticos del marxismo acabaron por reconocer que no es un acto inocente el amor sexual, como quien bebe un vaso de agua.

Todo esto nos lleva a pensar en el pecado esencial del erotismo: no lo es tanto emborracharse de ilusión o de lujuria, que ello

se corrige con su propio despertar; lo más odioso del complejo erótico es la falsa medida de estimación que nos lleva a establecer entre nuestros semejantes. Desde que el hombre o la mujer penetran a la pubertad, enseguida ya no mirarán a las gentes sino desde unos anteojos de color y configuración equivocada, es decir, apreciarán al prójimo no desde el punto de vista de sus merecimientos, su bondad, su inteligencia, su valer, sino que de golpe y de modo inconsciente ante cada otro dirán: «guapo», o bien, «feo»; es decir, útil para el sexo o inútil; todas las consideraciones vienen después. La básica inmoralidad y torpeza de este criterio salta a la vista; sin embargo domina las costumbres; lo fomentamos todos de modo inconsciente y sólo se libran de él los elegidos que a tiempo lograron dominar la libido, aplastarla o hacerla a un lado. Hay en la experiencia un instante dichoso en que nos damos cuenta de que por fin vamos a contemplar a la mujer como si no fuera instrumento de goce, como si fuera una hermana y a fin de juzgarla según sus méritos superiores. A este respecto el Buda dejó palabras definitivas: «Si es joven, ámala como a tu hija; si es de tu edad, como a tu hermana; si es mayor, como a tu madre». Despojadas de los anteojos freudianos las almas se miran, se fijan, se reconocen; casi siempre hallan más que razón para amarse. ¿Y quién es el Apolo o la Cleopatra que a las primeras arrugas no quisiera desprenderse de la fama que le dio la libido a cambio de disfrutar la estimación de la buena conciencia, que es lo que entre hombre afirma la amistad? Las amistades entre mujeres son extremadamente raras, quizás porque tarda más la mujer en ponerse a despreciar las ventajas de la libido. Y lo que a los veinte, a los treinta años fue tormento del enamorado, veinte o treinta años después hace reír de pensar que dio motivo a locuras un tipo del otro sexo. Se siente entonces gratitud por el tiempo que así nos libra de penas e inquietudes que aparecen incomprensibles, ridículas. Y si alguien afirma que exageramos y se refugia en la tesis de la santidad del amor legitimado por el sacramento, diremos que eso es ya otra cosa: es una transacción con la vida; pero ¿quién puede negar a San Pablo cuando otorga

sus preferencias a la abstención genésica porque es estéril para la carne pero fecunda para el espíritu? ¿Y por qué la Iglesia reserva sus preferencias para el celibato?

Cuanto tiene vida encierra elementos de maldición. Las especies padecen la maldición de tener que vivir unas de otras, devorándose sin cesar. Y el hombre lleva por dentro un Caín que cuesta trabajo aquietar. El que lo vence del todo es porque se halla en los umbrales de la santidad. Ésta consiste en vivir conforme al mandamiento primero: «Amar a Dios sobre todas las cosas». Pero de todos modos es evidente que percibimos, imaginamos, comprendemos el ser en los otros, aunque a veces nos falten palabras para explicar lo que reconocemos en nuestro prójimo. Unos a otros los seres se reconocen y se comprenden, se relacionan de mil maneras.

Es un error creer que una estrella ignora a otra estrella: las leyes de la atracción determinan la sensibilidad de las estrellas. De la misma manera, sólo que más cabal, es el conocimiento del alma con respecto a las otras almas: los medios de reconocimiento y de interdependencia se multiplican cuando se trata ya no de estrellas, sino de almas.

## El ser y la multiplicidad

Piensan palabras, manejan conceptos sin relación con lo real, que es lo que existe, todos aquellos que especulando sobre el ser afirman (Garrigou-Lagrange citado por Maritain):

La multiplicidad no es más que una apariencia para los sentidos; para la inteligencia no podría existir, pues no se sabría concebir ninguna diversidad dentro del mismo ser. Esta diversidad no podría provenir sino del ser mismo y del no ser. Pero el ser es y no comparte nada de otro que no sea él mismo, porque lo que es otro que el ser es el no ser que se opone a él. Por otra parte, el no ser no puede traerlo del exterior una diferenciación porque el

no ser es la nada. Se sigue que el ser permanece uno y que la multiplicidad es imposible para la inteligencia.

Todo esto es apartarse de la realidad, poner a un lado, como los fenomenólogos, la existencia misma para buscarle sentido lógico a simples frases. Porque *el ser es lo que es* no pasa de ser una frase que expresa al ser según el lenguaje gramatical y nada más. El ser equivale al *es*, pero ambos son riqueza de contenido inagotable que no puede ser reemplazado por las palabras *ser* y *es*. Manejar estas palabras sin atender a la enormidad de sus contenidos es partir de una falsificación de lo que es y del ser, y es natural que en su desarrollo la especulación sobre estas palabras nos conduzca a las tautologías o exclusiones del acto puro o a la franqueza de tener que declarar que el término de esta suerte de metafísica es la nada. Al contrario, la verdad no es simple. Constanemente, cuando tiene existencia (y esto es una de las verdades capitales de nuestra filosofía de la coordinación) se nos presenta como vario y como uno, como múltiple, y sin embargo ligado con un orden que si no es unitario, como el de las matemáticas, en cambio es proporcionado y coordinado según se manifiesta en la armonía. Para nuestro pensar, que se halla inmerso en la etapa filosófica de la armonía, según hemos distinguido, el problema de la multiplicidad y la unidad no es sólo evidencia empírica: también es arreglo mental, necesidad de lo inteligible que no quiere caer en el ser puramente verbal y pleonástico que se menciona con las palabras *es lo que es*. Lo que llamamos el *no ser* (afirma Platón en *el Sofista* y utiliza Maritain en su tercera lección sobre el ser) no es, me parece, contrario del ser, sino solamente una cosa que es otra (como cuando hablamos de una cosa que no es grande). La naturaleza de otro me parece se divide en mil partes, como la ciencia de donde procede la diversidad de lo que se llama *las artes y las ciencias*. Pero los metafísicos se empeñan en olvidar las mil y más partes de la existencia: todas generosas y únicas, todas cualitativas; por lo mismo irreductibles a denominador común, y prefieren pensar con fórmulas verbales de su propia creación convencional en vez de realidades existentes. En lugar del ser

en sí mismo que se atribuye a Parménides, el pensador moderno encuentra el ser en cada una de las mil y más porciones del todo armonioso que es la existencia, y dentro del cual y sobre el cual opera un existente máximo a cuyo soplo surgieron los mundos y por cuyo soplo inverso podrían desaparecer. El ser es, de esta suerte, no acto puro sino la síntesis de todos los actos, el acto que imprime la coordinación a todo lo que existe y por lo mismo cumple el requisito de ser quien es. Realiza el «Soy el que soy», o sea el Creador de todo cuanto existe. Este mismo Creador Supremo dista mucho de la simplicidad del metafísico porque está hecho, según Él mismo enseña en la Revelación, de tres Personas distintas. En consecuencia, fuera de la fantasía estéril de los lógicos no existe en ninguna parte el ser como ente que es el mismo. Sólo en Dios se cumple la definición, pero a condición de que su redundancia no nos lleve a olvidar el realismo de las tres Personas de Trinidad; Personas vivas y activas, que no el ilegítimo sustituir con el sucedáneo mental que es el ser que es puramente inteligible.

Por su parte, Maritain cree que salva el verbalismo de cierta metafísica afirmando que:

[...] el vulgo tiene la impresión de oír una insignificante trivialidad, una tautología, cuando escucha el enunciado del principio de identidad; en cambio para el filósofo esta es la ley fundamental de la misma realidad[...] Un proceso lógico que todo lo reduce a la pura identidad, borrando las diversidades y vanidades del ser, pero que capta el principio según su modo de realización analógica al mismo tiempo que ha captado el ser en cuanto ser, el ser según su puro tipo inteligible que admite diferencias de esencia totales y abismales.

Tal dice Maritain, y lo que pasa es que como buen católico, el pensador francés, aun sin saberlo, está más cerca de lo que supone de la metafísica del Evangelio, que es una metafísica individualizada y realista, personalista. El ser de Dios contiene, según la Revelación, la Trinidad de las Personas, lo que quiere decir

que la metafísica del Evangelio está más cerca de Empédocles que de Parménides. Empédocles buscaba el ser en la combinación de los elementos, no en su simplificación. Por su parte, la filosofía cristiana no es idealista ni tampoco realista a la manera aristotélica de las abstracciones y los entes. Son estos entes pura ficción puesto que no tienen otro sostén que el tautologismo que repite: el ser es el ser y cada ser es lo que es.

En cuanto a lo que dice Maritain sobre una visualización idéntica, ideativa, que podría sustituir a la abstracción, ella no conduciría, igual que la husserliana, sino a crear fantasmas menuales para sustituirlos a la realidad viva, la realidad segura del universo. Y pensando ya en teología católica, Maritain y todos los metafísicos de su escuela se ven obligados a concebir y a postular una inteligencia «pura» que en el más allá no reconocería sino esencias, entes y formas. Pero la doctrina del Evangelio no habla de esto en ninguna parte. Constantemente, en cambio, nos promete una vida espiritual mejorada pero análoga a la que conocemos. De esta suerte el cielo al cual nos promete acceso no está habitado por esencias platónicas, sino por seres como los ángeles y los arcángeles, todo ello sin ontologías. La ontología puede ser, como la abstracción, un puente, un andamio que permite a la inteligencia aproximarse a la realidad mediante representaciones esquemáticas, abstractas; pero lo real (lo repite el Evangelio) es vida y es resurrección. Las formas todas son el instrumental del Creador dentro de las cuales toman cuerpo los seres de su creación. Las formas son quizás necesarias para el sostenimiento de lo creado, pero lo real es siempre concreto y vivo como un alma o como un ángel.

### El movimiento, el ser y la alegría

El ser jamás es estático. La suspensión del movimiento trae consigo la muerte. (ha sido un error capital identificar al ser como lo permanente, lo estable). El ser es todo cuanto es movimiento.

El movimiento de la criatura recorre un ciclo y con él termina. La diferencia de la criatura y el Creador radica en que éste es el origen de todos los ciclos. Las criaturas de espíritu participan de la inmortalidad del Creador; en ellas el movimiento nunca concluye: chisporrotea como fuego que arde sin consumirse y luz que no se apaga. Un surtidor perpetuo y pleno es el Creador, y la criatura inmaterial se baña en Él con movimiento continuo, se alimenta por participación. La sustancia, el ser, es movimiento; porción de movimiento es la criatura; movimiento inexhaustible es el Creador. Por esto también, según lo vivió San Francisco, toda existencia, por serlo, es don milagroso que se resuelve en acto de alegría.

### El ser y sus ciclos

Una ciencia nueva, de conclusiones muy interesantes, se ha estado desarrollando en los Estados Unidos bajo la dirección de la Fundación para el Estudio de los Ciclos que encabeza el señor Edward R. Dewey y con quien colaboran representantes de las universidades de Mac Hill, Oxford, Yale, la Sociedad Zoológica de Londres, el Instituto Smithsonian, etc. No sólo la historia de la vida obedece a ciclos, sino que se encuentra una huella de este proceso aun en las más primitivas formas de existencia, tal como la de las ondas magnéticas. El principio básico resulta de la comprobación de que todo desarrollo vuelve a su lugar de origen; «existir» es lo que implica la palabra *ciclo*, pero ella contiene además tres ideas accesorias: la primera es la repetición. Una especie cubre su ciclo y desaparece sin dejar sucesor pero si queda semilla, mediante ella se inicia otro ciclo de desarrollo, y de esta manera indefinidamente. De suerte que el ciclo reproductivo posee una cualidad desconocida para el ciclo de una vida individual. En cada especie la vida individual es corta pero lleva en sí la necesidad de la repetición. Esta ley no es tan fácil de aplicar a los ciclos de la civilización. Creen algunos que la ac-

ción y la reacción son iguales, lo mismo en la sociedad que en la física. Otros sostienen que cada ciclo es completo en sí mismo. Sin embargo, los ciclos de las civilizaciones no sólo se repiten sino que van y vienen con cierto grado de regularidad. Constituye esta regularidad un tercer elemento que viene a añadir la idea del *ritmo* a los comienzos y fines de la simple repetición. Es decir, que si hoy ocurre una explosión y ésta no se repite a los seis meses ni a los doce años no existe ritmo en tal proceso. La cualidad rítmica aparece sólo cuando las explosiones ocurren a intervalos relativamente determinables. En los ciclos más altos aparece un cuarto elemento, o sea la periodicidad. Consiste ésta en una recurrencia regular según intervalos específicos y por lo mismo determinables. El día, con sus fases de luz y oscuridad, es de esta clase.

Todos los procesos de la creación parecen obedecer a ritmos y ciclos, pero deteniéndonos nada más en aquellos que tienen influencia sobre la vida tenemos que distinguir tres tipos de ciclos: primero, el de la temperatura (el clima); segundo, el campo electromagnético del sistema solar en general y de la tierra en particular; tercero, la composición de la atmósfera con sus variaciones de ozono y otros aspectos. Se combinan entre sí las influencias de estos ciclos y de otros muchos que no están determinados. Los ciclos que corresponden a la temperatura han sido reconocidos desde la antigüedad. Existen cartas para determinar los años lluviosos, los años secos, etc., y también se han apuntado ideas sobre ciclos de producción, sobre ciclos en los negocios, etcétera, etcétera.

Para el estudio de los ciclos se han imaginado tablas estadísticas formadas según el proceso matemático del análisis armónico; por ejemplo, el estudio de Beveridge sobre los precios de trigo en Europa desde el año de 1500 al 1869. Se han estudiado asimismo ciclos en los negocios y en la producción industrial, pero lo que más nos interesa son los ciclos psicológicos, los climatológicos, que tienen influencia sobre la psicología, así como los ciclos hereditarios, históricos, etcétera.

En materia de electricidad atmosférica se ha determinado el ciclo de 41 meses. Parece que corresponde a idéntico ciclo en los negocios. Determinados ciclos naturales observados en peces e insectos dependen no sólo del clima sino de cambios en la intensidad solar que afecta la atmósfera de la tierra y su clima. En la economía se señalan ciclos de nueve años según las altas y bajas de las operaciones de bolsa, de valores en bienes raíces y de la producción en general.

Nada sabemos por ejemplo de otros tipos de ciclos, como el de la vida y desarrollo de los microbios y su extinción, lo cual podría dar explicaciones acerca de la aparición de las pestes, las epidemias. Estarían contrarrestados estos ciclos con la admisión de la humanidad en la especie humana que altera sus efectos; problema que está estudiado en el libro de Lecomte Du Noüy *Human Destiny*. Entre los ciclos más sugestivos figura el del ozono, cuya longitud es de nueve a dos tercios. El ciclo de ozono observado en París y en Londres parece ser el mismo de peces como el salmón, de animales como las orugas y el linco, y corresponder también a las enfermedades del corazón, en los Estados Unidos y en el Canadá. La reducción del ozono parece coincidir con el aumento de la mortalidad en ciertos animales y con el incremento de las enfermedades del corazón, de donde se deduce que el ozono es un estimulante de la reproducción y de actividades intelectuales que en el hombre tienden a agotar a los que son débiles de corazón. La vida orgánica parece depender estrechamente de las variaciones del ozono. En los Estados Unidos se ha observado una coincidencia entre el aumento del ozono y la asistencia a las bibliotecas. Se ha observado también que la inteligencia se aviva después de las tempestades que cargan de ozono el ambiente.

Lo que se puede concluir hasta la fecha es la estrecha relación que existe entre el ciclo del ozono y el ciclo animal.

Estudios interesantes del ruso Tchijewsky y del norteamericano Huntington parecen comprobar la relación que existe entre las actividades solares y los movimientos sociales, tales

como huelgas, prognomos, linchamientos, etc. Llega Tchijewsky a la conclusión siguiente: los paroxismos, en la actualidad de las grandes masas humanas coinciden con la intensidad periódica de las manchas solares. El gran sociólogo ruso Sorokin ha formado cuadros de las guerras internacionales de agresión, desde Alejandro y César hasta Hitler, de los cuales Wheeler deduce una oscilación entre dos tipos psicológicos: el nacionalista y el individualista, observando al mismo tiempo que estos tipos corresponden con variaciones climáticas del clima caliente al templado. La tendencia al tipo nacionalista prevalece en las regiones cálidas, y el tipo individualista corresponde al frío. Pero es claro que en las conclusiones de Wheeler interviene el prejuicio de su nacionalismo, puesto que atribuye a los individuos de climas fríos virtudes de estudio y amor a la cultura, la democracia, etc., sin advertir que de lo que él llama «razas de clima cálido», es decir, del Mediterráneo, procede toda la cultura en sus orígenes.

Una influencia de estudio reciente es la de las perturbaciones eléctricas que se producen en la atmósfera por la intervención súbita de ondas electromagnéticas y de partículas eléctricas procedentes de erosiones solares. La influencia de estas perturbaciones sobre la psicología humana dista todavía de estar bien determinada.

Los ciclos históricos, en cambio, han sido ya mejor estudiados.

En comprobación de las descargas eléctricas sobre la actividad de la mente se ha descubierto que el progreso activo de las poblaciones del Egipto antiguo y de la Grecia clásica coincide con determinadas condiciones climáticas ocasionadas por variaciones en el movimiento de las masas aéreas del polo y los trópicos. Tanto Egipto como Grecia parecen haber disfrutado, en la época de su más alto desarrollo, de perturbaciones atmosféricas más frecuentes, con más descargas eléctricas que las del clima actual. En los Estados Unidos se observa que los periodos tempestuosos provocados por el aire polar en la ciudad de Boston coinciden con un aumento estimulante de la circulación de los libros en las bibliotecas. Resulta, según los técnicos de esta nueva ciencia,

que Atenas y El Cairo de la época clásica poseían un clima parecido, desde el punto de vista eléctrico, al de Boston. Según se sabe, Boston es la ciudad americana de más actividad mental. Se insisten en que los huracanes, las tempestades, tienen influencia marcada en las actividades de la *psiqué*. Estudiando la cuestión en el Asia se observa que la mayor actividad de la raza japonesa coincide también con un aumento de las perturbaciones ciclónicas y eléctricas en aquella zona del mundo.

### El ser en Dios

«Silencio» han dicho todos los que obtuvieron algún atisbo del más allá. Silencio guardó el mismo Lázaro que estuvo de vuelta y no tuvo tiempo de ver o no halló palabras con que expresar lo que vio. Sólo en el rostro le quedó el pasmo. «¡Santo! ¡Santo!», repiten los testigos del Apocalipsis (visión de los siete ángeles, cuatro animales y doce apóstoles que con la creación entera mantiene acto de adoración). En alabanzas prorrumpe la creación tomando prestadas palabras al Verbo que las posee todas. Ante el verbo se escucha, no se habla. Y toma una eternidad descifrar el Verbo. Abarcarlo sería como enterarse de la aventura de la creación. Por el Verbo hablan los moluscos y las madréporas, los astros y el cristal del mago. Signos del Verbo son el alfabeto griego y la palabra sagrada de la India; el Om que se repite y el nombre que no se pronuncia de los hebreos. Todo esto lo simplificó maravillosamente Jesús y lo puso al alcance de la inteligencia de un niño, a la vez que lo incrustaba en nuestros corazones cuando dijo: «¡Padre [...] que estás en los cielos!» De júbilo tembló el universo. El poder no es la crueldad que manda; el poder es Gracia que perdona; el poderío infinito es amor que reconforta y se da a todos: Dios Padre. No hay más problemas, y si los hay no es posible ir más allá: no hace falta al niño otro don que el auxilio del Padre y el alma es el niño eterno. ¡Inagotable es la alegría en el seno del Padre! El seno del Padre es la creación entera con

sus mares y sus vientos, sus galaxias y sus meteoros; todo al alcance de la atención y en cierto modo domesticado, transfigurado en armonía con el alma. El alma que habita la eternidad. Un alma libre de angustia se aposenta allí donde nadie lleva la cuenta del tiempo. El ser de Dios Trino, como la ley de su creación, es: Padre Protector, Verbo Redentor, Espíritu Santo que transfigura y enciende de amor a los seres.

Dios es calidad suprema que usa la cantidad, la acorta o la ensancha; en consecuencia se halla fuera de lo que se mide y se pesa. Dios no tiene extensión, no ocupa lugar; en consecuencia, cuando decimos de Él que es infinito, precisa aclarar que con esto no decimos que sea más grande que toda la magnitud; quiere decir nada más que ninguna magnitud limita a Dios porque Él engendra y define todas las magnitudes.

Dios no está sujeto a las determinaciones de espacio y tiempo; por lo mismo es ocioso discutir si ocupa lugar. Dios se halla por encima de todas las determinaciones. Su actividad es la de mantener la creación y enriquecerla por los siglos de los siglos sin perjuicio de su poder de hacer y deshacer mundos.

La conciencia es la esencia de la personalidad. Su función es coordinar los distintos factores del conocimiento colocándolos en relación con nuestro ser. El ser se piensa y se juzga a sí mismo. La conciencia es el aparato coordinador del ser. No es simple, sino compuesta. El ente es simple; la conciencia es compuesta. Todo ser es compuesto: el mismo Dios lo es conforme al misterio de la Trinidad.

«Dios es silencio», dijo la vieja sabiduría hindú. Hoy sabemos que es un silencio preñado de rumores y melodías, el concierto de todos los sonidos que llegan a perfección en la conciencia divina. Dios es invisible porque su luz es tan viva que no la resiste el ojo de la criatura; hoy imaginamos esa invisibilidad por analogía con la luz blanca que es la matriz de todos los colores. Dios es tacto: el tacto supremo que sólo es capaz de concebir una naturaleza espiritual de tipo angélico que no choca con los objetos; sin embargo los distingue todos por refinada sensibilidad. Dios es el

goce supremo que podemos concebir a través del sentido del gusto, y al mismo tiempo el equilibrio placentero de los sabores que trascienden el sentido. Dios es aroma cuyo reflejo en el incienso y en la rosa nos construyen la riqueza y la armonía del olfato conforme al espíritu. Dios es armonía que resuelve en sí todas las direcciones de que dispone la rosa de los vientos de nuestro sentido de orientación.

### Seres fugaces y seres perenns

Las combinaciones de la heterogeneidad no siempre son permanentes. Particularmente en el orden del átomo, la molécula y la célula observamos que nada perdura. Esto hizo decir a un químico ilustre que todo se transforma. Hoy sabemos que la naturaleza, hecha de átomos y moléculas, es fugaz porque está sometida a la entropía, que es su manera de morir. En el orden de la vida la permanencia, o sea su reproducción, se halla condicionada a la muerte. Los organismos asexuados (lombrices, etc.), los anélidos del naturalista, se han mantenido iguales por miles de años y son prácticamente inmortales ya que sólo una fuerza exterior puede acabar con ellos destrozándolos. No se reproducen sexualmente; por eso también no mueren en sus individuos.

Al lado de estos seres permanentes y relativamente homogéneos (y que no cuentan con el instrumento de diferenciación y de novedad que es el sexo) se desarrolla toda la extensa gama de los seres perfectibles, en lo personal y también en lo colectivo, a través de la evolución biológica, sea cual fuere el ritmo que ésta adopte. En general, en la zona de la vida las especies tienen que ir muriendo en sus individualidades para producir generaciones nuevas. El sexo y la muerte resultan de esta manera dependientes entre sí.

En consecuencia la acción de lo heterogéneo, mientras opera con los elementos de la vida, produce resultados efímeros

igual que en las zonas moleculares y atómicas. Con excepción de las plantas y animales asexuados. Y es preciso recorrer toda la serie de los seres que proceden de la heterogenidad según el sexo para encontrar a su término, otra vez, seres asexuados, almas y ángeles que son permanentes porque no se reproducen, no poseen el sexo.

Podemos entonces dividir el ser en dos tipos generales: el ser permanente (asexuado), que se nos revela en los anélidos y en las personas espirituales (almas, ángeles, etc.), y el ser fugaz que procede de la combinación sexual, heterogénea, y de los arreglos atómicos físicos.

El conflicto de lo homogéneo y lo heterogéneo en la forma de lo asexuado y el sexo conduce a situaciones contradictorias y trágicas. El cuerpo del hombre, hecho de heterogeneidades de tipo biológico, es fugaz, está condenado a la muerte; pero su alma, primera combinación válida de las heterogeneidades espirituales pero asexuadas, combinación válida de presente, pasado y futuro, escapa por su naturaleza a lo transitorio y participa de las virtudes de la eternidad. Para subsistir en lo material hace falta la simplicidad de la lombriz. La combinación heterogénea de lo espiritual más acertada resulta indestructible. Sólo Dios podría desunir, destruir un alma, un ángel, y aun así vemos que más bien prefiere condenar su obra que desbaratarla.

Debe concluirse asimismo que la reproducción, inocente en el animal que inconscientemente paga su tributo a la vida desapareciendo a su tiempo a favor de la prole, en el hombre se hace pecado; lo es por lo menos en el origen: el pecado original. Y es que el hombre estaba destinado a la inmortalidad y por el sexo se hizo perecedero, se vio condenado a padecer la muerte, de la cual sólo la obra de la Redención puede salvarle.

Con gran acierto entonces, miles de años más tarde, el definidor de la Redención que es San Pablo nos dirá que es preferible el celibato. Verdad en la cual coinciden todos aquellos que han sentido con profundidad la inquietud de lo eterno y el desdén de las creaciones fugaces.

La permanencia en el ser se logra por medio de la simplicidad asexuada del anélido o mediante una combinación de elementos puros escapados a la entropía, elementos espirituales combinados con armonía para producir el alma o el ángel.

## El ser y sus categorías

Hay en el ser categorías:

1. Una estructura dentro de la cual opera un impulso, una energía animada de propósito tendente a mantener una acción individualizada: el átomo.
2. Una célula orgánica que posee estructura y fuerza animadora, que tiende a realizar propósitos, pero no dispersos sino encaminados a la integración de un organismo.
3. Una conciencia hecha de diversas estructuras (mentales, emocionales, coordinativas o estéticas) es decir, encaminada de modo coherente a la integración de una persona.
4. La persona Divina que supone no el todo que suma las partes, según la noción panteísta, sino el principio que subsiste por sí mismo pero opera según elemento trino por el cual se comunica con todo lo creado, pero guardando su aislamiento y su poder, del cual dependen los demás seres.

De esto se deduce que la hipótesis de un ser universalísimo es innecesaria; no existe como no existen los entes. Los entes pueden ser pensados pero no son realidad viva; el ser universalísimo y los entes no son otra cosa que el molde de que Dios dispone para sus creaciones; pero ese molde está en su mente; no sale de ella sino encarnado, concretizado en una creación particular.

## ETAPA DE LA ARMONÍA

*La única manera de establecer unidad entre los disímiles, los heterogéneos, se encuentra en el orden que nos ofrece la armonía.*

FILOLAO

Del estudio de las formas del conocer como acción (ritmo, melodía y armonía), se deduce un nuevo tipo de verdad: una verdad más acorde con lo real concreto y que al mismo tiempo nos obliga a buscar un criterio que ya no es del logos, la razón, sino el que sirve para dar unidad a la cualidad, sentido y objeto a lo heterogéneo. Ese criterio es el de la *armonía*. Una filosofía más allá del logos y que responda al acontecer natural. La razón ilumina y ordena las ideas; la armonía coordina las cosas y los seres reales. Eros nos permite gozar la final plenitud de la existencia en Dios.

La experiencia científica nos revela un mundo construido según cualidad y armonía.

En la experiencia se manifiesta la cualidad que singulariza el fenómeno y luego lo relaciona según coordinación que obedece a proporciones, es decir, según armonía.

Por el conocimiento sensible organizado sabemos hoy que el mundo que nos rodea es una jerarquía de seres ordenados según sus cualidades más bien que por su cantidad. La cualidad

se integra conforme a relaciones de simultaneidad. Las determinaciones cualitativas difieren considerablemente, a tal punto que a veces no tienen entre sí otro factor en común que el de la existencia, existencia que en último término se apoya en Dios. Las existencias se relacionan entre sí por lazo de origen en el común Creador. Lecomte Du Noüy, que tanto defiende la evolución en principio, insiste constantemente en que no se conocen los eslabones de la cadena evolutiva, es decir, niega ésta de hecho. Entre una especie y otra hay siempre un salto brusco que atribuye Lecomte a intervenciones extrañas al proceso evolutivo, intervenciones que no tienen inconveniente de atribuir a Dios mismo. De esta suerte, con evolución o sin ella, el hecho es que el panorama de la existencia se nos presenta reparado en realidades concretas: seres activos como los físico-químicos, seres vivos como los de la biología, y seres espirituales en el hombre y más allá del hombre. La multitud de las individualidades se ordena según sus propiedades específicas, es decir, cualitativamente. Géneros y especies no son sino esquema de las formas típicas cualitativas. Ordenada según las determinaciones propias de cada familia de individuos (familias atómica, celular, consciente, espiritual), toda la existencia tiende hacia un centro de equilibrio y de poderío. De ello se deduce una concepción naturalista extraña a los procesos dialécticos y de carácter genético. El todo es entonces una creación pluralista que empieza en el átomo y halla su remate obligado precisamente en la Revelación según San Pablo y San Juan.

Punto esencial de la Revelación cristiana es la posibilidad (cuyo ejemplo nos da la Resurrección del Señor) de pasar del cuerpo humano corruptible al cuerpo de luz incorruptible, que es el de los elegidos. Es este un hecho de experiencia cuyos procesos misteriosos no son más insondables que el misterio del salto que va de la naturaleza atómica a la naturaleza celular o al hombre.

La intervención extraña (que según Noüy hace falta para explicar la evolución) en el caso de la resurrección es la Gracia en el sentido paulista, o sea una intervención de tipo anímico que

actúa sobre la parte espiritual de la naturaleza humana y opera su salvación. Consiste ésta fundamentalmente en transformar, transfigurar, la naturaleza corpórea en naturaleza incorruptible; por lo tanto, eterna. Hay en esto un prodigio de más alcance que cuando se pasa de lo celular a lo orgánico, pero no de diferente índole. El cambio de la amiba a la conciencia humana y de ésta al cuerpo de esplendor que vió San Pablo es obra de una misma Providencia.

Pero desde luego interesa reflexionar en que, conforme a este criterio de cualidad, alcanzamos experimentalmente y naturalísticamente, por razón y por imaginación, una evidencia de lo real, evidencia cualitativa que para nada necesita del discurso ni de la matemática (cosas de cantidad y extensión). Una filosofía sin entes y sin universales, es decir, bastante ajena al logos y que sin embargo obedece a un cierto tipo de equilibrio; una manera de unidad que ya no es lógica ni matemática porque es francamente rítmica y armónica. Esto es lo que nos hace decir que es ya tiempo de que la filosofía pase del logos a la armonía a fin de establecerse por fin en el Eros, entendido, por supuesto, a lo cristiano: amor del Padre por sus criaturas y viceversa.

Inmediatamente se advierte que nos hallamos dentro de un sistema rigurosamente científico, rigurosamente experimental y gloriosamente revelado, y que puede prescindir por entero de la filosofía, de toda la filosofía si por *filosofía* entendemos el platonismo de la ideas y también, forzoso es declararlo, de todo ontologismo que postule entre abstractos. Pues si bien todo lo que existe aparece configurado, la naturaleza de estas configuraciones no es ni entitativa ni dialéctica sino cualitativa, es decir, que se agrega e integra o se disgrega según leyes de cualidad:  $H_2O$  hacen agua si se juntan; retornan a ser hidrógeno y oxígeno si se separan; pero la reunión acertada engendra cualidades nuevas: las cualidades del agua son más ricas y diferentes que las del hidrógeno o el oxígeno. Y en este caso resulta ocioso hablar del género *agua* y de los subgéneros de *mar*, *río*, etcétera.

El mundo según la cualidad: ¿cuál es su ley unitiva agregatoria? El logos, de ninguna manera. La armonía sí porque las partes

o seres que constituyen el mundo real vivo palpable se relacionan y se integran conforme proporción y armonía. Se necesita la proporción 3 y 1 para hacer cloruro de sodio; se necesita la diferencia izquierda y derecha para que un organismo funcione. Este es asunto de ritmo y de armonía, no de razón. Luego, es evidente que la realidad existente opera según concierto y desconcierto, coherencia y anarquía, es decir, conforme a las leyes de la proporción y la función que pertenecen no al logos sino a la armonía en el sentido en que la definió Platón exactamente. Al filósofo de la ciencia Whitehead debemos el descubrimiento del Platón del *Timeo* y sus siete elementos o factores de toda realidad: materia, fuerza, idea, la *psiqué*, logos, la armonía y Eros.

La filosofía tiene que ingresar a la etapa de la armonía después de su excursión de dos mil años por los reinos del logos. Y así como el logos opuso tantos obstáculos a la integración de sus verdades con las verdades de la Revelación, ahora, según los criterios de la armonía y la verdad como coordinación, el tránsito de la filosofía a la Revelación resulta obligado y facilísimo, inevitable. Y la filosofía de la Revelación no es otra cosa que el desenvolvimiento y desarrollo del Eros que sospechó Platón pero que sólo el Evangelio manifiesta al descubrimiento. Su definición quedó a cargo de San Pablo y de San Juan.

Error comprensible en los Padres de la Iglesia griega fue el afán de buscarle a la Revelación apoyo en la filosofía griega. No le era necesario ese apoyo. Además nunca embonaron con justeza filosofía y Revelación porque toda la filosofía clásica está ordenada bajo el signo exclusivo del logos. Ha sido necesario que el saber científico desarrolle su método propio, según lo ha hecho en la era moderna, para que pudiésemos alcanzar la verdad de que la verdad real es cosa de la armonía más bien que del logos, cuya índole se limita al concepto, en tanto que *armonía* abarca el ser en su actividad y nos da filosofía de vida, no de abstracciones.

La unificación por la armonía opera en la creación viva, a diferencia de la abstracción que es estática y se descompone en

entes. No es ella sin embargo la manera definitiva de la unión. Si lo fuese la verdad se confundiría con la música. En este error caía el Sócrates platónico cuando antes de morir se lamentaba de no haberse dedicado a la música. De este pasaje de su obra se deduce que Platón sospechó la filosofía como armonía: la verdad cualitativa, a diferencia de la verdad homogénea de las ideas. El mismo Platón, lejos de detenerse en este instante de intuición genial, va más allá y da el paso final hacia la verdad absoluta cuando postula el Eros como el verdadero término del anhelo y sostén de los seres. La música no es superior al concepto porque éste no es únicamente elemento lógico. El concepto no es sólo relación, no es sólo elemento del juicio sino mucho más, puesto que contiene en sí la palabra, o sea el significado definitivo del Verbo. Y en el Verbo se unen ritmo e idea, música y Revelación. Lo que los platónicos, a fuer de paganos, no llegaron a ver claro es que una música, una armonía, sólo es legítima, sólo es fecunda cuando prepara seres y cosas para la convivencia conforme al Eros. Aquí es donde atina otra vez San Pablo como intérprete máximo de la Revelación y nos dice, según lógica de amor: «El Dios Creador, ofendido por el pecado de su criatura predilecta que es el hombre, inicia los caminos del perdón; dejaos reconciliar con Dios». Tal es el mensaje de los Apóstoles (Pratt F.): se comienza con un cambio de actitud de Dios para con el hombre que debe completarse con un cambio de actitud del hombre para con Dios. En la Epístola a los Efesios San Pablo expresa:

La reconciliación mística de los judíos y los gentiles entre sí y su común reconciliación con Dios, sin que se pueda decir con certidumbre si esas dos reconciliaciones son simultáneas o si la una es presentada como antecedente lógico de la otra. La doble reconciliación se realiza siempre por la Cruz de Cristo y por la unión en su cuerpo místico.

Es más notable todavía el pasaje de la Epístola a los Colosenses: en ella se trata de una doble reconciliación que abraza a la vez la

conversión de los hombres y el acercamiento mutuo de las criaturas hasta entonces en guerra. Se ensancha el horizonte de la reconciliación y vemos que todas las cosas recobran la concordia y la armonía en Cristo, el pacificador universal»

Concordia y armonía que son la condición no sólo de la belleza también de la moral, pues ésta consiste de amor recíproco. ¡A diferencia de todas esas ficciones del deber y el deber ser de los kantianos, que no son otra cosa que la intelectualización de lo ético y, en consecuencia, su estratificación! En otros términos, un retorno indebido de la conducta, que es vida, hacia el logos, en vez de llevar la conducta a su tránsito inmediato que es la armonía. La armonía en lo ético quiere decir concordia y amor originados por Eros y no por logos.

De suerte que por todos los caminos el término final de la especulación filosófica lo hallamos en el Eros del Evangelio, cuyos antecedentes obligados son el logos y la armonía. Sin embargo, para llegar a la plenitud de Eros es preciso alcanzar la redención, que consiste en transformar la persona humana actual en el cuerpo glorioso semejante al que poseen los ángeles. En esta renovada naturaleza ya no se discurre: se disfruta de relaciones con todo el universo, como en el amor. Se descubren parentescos con cuanto existe, y todo directamente porque se participa de la comprensión fácil y dichosa del Creador.

Según San Pablo, la ley antigua (por ella debe entenderse toda ética pagana, incluso el deber kantiano que es otra forma del fariseísmo) es derogada, se supera por el mandamiento de amor que formuló Cristo. En esa derogación queda incluida la estrechez de la letra y la presunción de las axiologías idealistas. La conducta se rige por armonía y belleza, pero subordinadas al amor que las lleva a participar en un universo de dicha, como el que se descubre en el «paraíso» del Dante. San Pablo se anticipa a esto cuando habla de «morir para la ley a fin de resucitar en lo eterno»; morir también, y cuando más pronto mejor, para el deber ser y el derecho, y revivir para la libertad, la espontaneidad y la dicha.

Correspondientes al doble ejercicio de separación y reunión hay en el pensamiento dos tendencias fundamentales: primera, la tendencia a la simplificación que separa en busca de identidad obvias. Segunda, la tendencia a la comprensión que recoge todos los términos de lo vario. El instrumento de la primera es el análisis. El método de la segunda es la coordinación.

El proceso de la simplificación ha prevalecido en la filosofía y en la ciencia abstracta. La ciencia experimental contemporánea ha ido imponiendo los métodos de la síntesis, cuyo sistema interno es la coordinación.

La abstracción es el instrumento útil para la simplificación, reducir lo vario a unidades de tipo común; el común denominador necesario para las sumas ha sido la norma fija de la filosofía idealista.

Coordinar, en cambio, es concertar para la acción grupos de elementos impares, sin embargo afines. Coordinar es aprovechar la riqueza de lo vario para crear conjuntos cada vez más significantes y amplios.

La abstracción nos da filosofías estéticas, que han querido compensar su infecundidad titulándose *eternas* cuando no son más que esquemáticas, es decir, ideales, o sea conceptuales.

La coordinación es el sistema que nos permite introducir orden y sentido en el movimiento.

El discurso es en cierto modo un caso de movimiento, pero, dado que maneja conceptos, es decir, elementos fijos inertes, pasa de ser el proceso de lo conceptual. Su disciplina es dialéctica, es decir, falsamente simplificada.

El movimiento organizado utiliza elementos concretos que adoptan arreglos dinámicos, ya en lo atómico, ya en lo orgánico y biológico. Más tarde en el espíritu.

En las construcciones espirituales subsiste la necesidad de concertar lo heterogéneo para alcanzar realidades vivas.

Así como el discurso es la ley de la acción conceptual, la coordinación es la ley del movimiento concreto en todas sus etapas, desde la energía atómica hasta el alma.

Toda coordinación supone un arreglo de partes dentro de un conjunto. El éxito de esos arreglos y proporciones se traduce en armonía. No es ésta la meta final, pero sí la condición para llegar a ella. En todos los casos la armonía precede al Eros.

Toda coordinación armónica produce resultado favorable al desarrollo y mantenimiento de los seres vivos o simplemente activos.

El pensamiento es una parte de la acción. La acción en general es la ley del ser que abarca cuanto realmente existe. Frente a lo que existe como actividad y vida no hay sino los entes, las ideas, que son dispositivos de la vida para ordenar la extensión y sus cantidades.

Para penetrar a la acción y el movimiento la ficción de los entes estorba y hace falta una ciencia de la armonía. En esta ciencia de la armonía el número es lenguaje y símbolo, pero no razón ni secreto del ser. Desde que lo inerte se pone en movimiento hace falta, aun en matemáticas, el cálculo integral que expresa sus curvas, pero hasta allí es donde la matemática puede seguir a la realidad que siempre es vida.

Más allá, sólo el sistema de la armonía nos permite seguir los desarrollos de lo real, los ejercicios del ser.

Por eso decimos que la filosofía tiene dos etapas: la del logos, la razón que maneja conceptos, y la disciplina de las proporciones, las funciones que Platón llamó *armonía*, y que nos sirve para coordinar los seres considerados como las partes de conjuntos vivos pero parciales, así como las relaciones de éstos con el Absoluto de donde todo procede.

Más bien que temas a discusión, estas proposiciones son evidencias que conviene meditar. De ellas se derivan verdades fecundas, completamente nuevas en el campo de la filosofía.

### Proceso de la armonía

La unidad, según la armonía, se descompone en dos maneras: la sucesión, que corresponde a la melodía en el arte, y la

simultaneidad, que corresponde a la existencia según el espíritu. Para la mente humana el conocimiento por sucesión resulta fácil de comprender y de seguir (no quiere esto decir que sea fácil crear una melodía o un grupo de fenómenos; eso es otro asunto y se refiere al problema de la creación). Pero una vez creado un sistema es fácil darse cuenta de él si es sucesivo o empleamos la sucesión para estudiarlo. En cambio, concebir la verdad en su simultaneidad, por encima del tiempo y la medida, en contrapunto de coexistencia, es posible por entero únicamente a la mente divina. En párrafos anteriores vimos que simultaneidad y eternidad coinciden. En cambio el tiempo es concierto de sucesiones.

En el conocimiento, la sucesión es inferior siempre a la simultaneidad. En la conciencia de Dios no hay sucesión, sólo simultaneidad jerarquizada en lo eterno.

Entre los distintos instrumentos del conocer unos son estáticos, nos revelan la realidad en equilibrios quizás perdurables. Ejemplos: las ideas y el número. Los instrumentos del conocer que se refieren al conocimiento activo son ritmo, melodía y armonía, de índole inestable porque nos manifiestan la realidad en movimiento. Nos sirven para ordenar el acontecer.

En mi discurso de bienvenida a los Delegados al Tercer Congreso Interamericano de Filosofía (enero de 1950) tuve el honor de expresar en parte:

En el universo, cuanto existe es singular y anhela persistir según su índole propia; al mismo tiempo busca con instinto de música la función que le corresponde en el más vasto conjunto. La halla en el logos; pero es el logos una de las mansiones del Señor, no la única. La idea es uno de los recursos de la conciencia, pero no toda la conciencia. Opera ésta con el logos y con la armonía sin quedarse en ninguno, porque la misma armonía sólo es válida si nos acerca al Eros. Y Eros es legítimo cuando nos lleva a consumir la existencia como caridad. Las etapas que van del logos a la armonía y Eros son no sólo sucesivas sino progresivas.

Los factores operantes de esta síntesis cabal no son nuevos. Más allá del logos racionante, la sabiduría de los hebreos, adelantándose al platonismo auténtico, habló del Verbo que es acción: logos creador, la razón y sus objetivos; el instrumento y el uso a que está destinado. San Juan, en su Evangelio, atina cuando parte del Verbo en que está implícito el logos lógico pero a fin de llegar al Dios Trino.

Algunos, desviando la ruta, se quedan postrados ante este dios kantiano que es el principio de identidad, ídolo mudo, rey de lo obvio, máscara de Perogrullo. El Eros evangélico, libre de la obsesión de la pareja reproductora, conduce, al contrario, a la revelación del Padre Creador concebido como omnipotente. Concepción que nos da, junto con la descripción del universo, el desarrollo de sus jerarquías y el cuadro de la totalidad.

El problema del filósofo entonces consiste en coordinar las distintas esferas del conocimiento en una significación que las englobe y las organice según jerarquías de finalidad orientada hacia lo Absoluto. Es claro que la ciencia de principios, que ha quedado definida en la lógica deductiva aristotélica, mantiene su validez para los objetivos a que se aplica, así como las leyes de la naturaleza rigen según las probabilidades estadísticas de que hablan los sabios contemporáneos y del mismo modo que es válida la experiencia que se refiere a las actividades del espíritu. La verdad se manifiesta, en consecuencia, como *función y correlato de actividades que coexisten y a veces concurren y a menudo discrepan*. El factor del equilibrio y la jerarquía lo da la *psiqué*, es decir, la conciencia humana entendida como instrumento del Creador, cuya conciencia es el orden esencial de la pluralidad.

Una concepción de esta índole nos conduce a un tipo estético de filosofía. Y nos da por resultado una síntesis que vuelve a conectar el conocimiento racional con la teología. Sólo que la unidad que hoy buscamos ya no es la del matemático, que tiene que reducir sus elementos al común denominador que permite sumarlos pero los priva de la cualidad, que es condición de su existir autónomo. Tampoco se parece a la unidad que se deriva

del logos dialéctico: series de ecuaciones extrañas al Verbo. Y no se empeña en dialécticas porque ya descubrió la armonía de las contradicciones. La unidad del filósofo esteta es como el hombre: compuesto de tejidos, vasos, linfas, nervios, emociones, ideas e imágenes; sin embargo, persona sola y única dentro del vasto universo. Unidad en la función y la existencia; unidad final en el amor que no sacrifica una sola de las cualidades del existir porque conoce el secreto que liga a cada una de ellas con el conjunto. Y en el conjunto halla de nuevo la revelación de lo Absoluto.

### Ciencia según la cualidad

Hasta hoy la matemática ha dominado a la ciencia. Esto es cierto principalmente en lo que se refiere a las ciencias físico-químicas. De suerte que se puede decir que poseemos una ciencia de cantidades. Eso mismo basta para indicar lo pobre que tienen que ser el significado de dicha ciencia ante los problemas del espíritu. Afortunadamente, sin embargo, en los últimos tiempos la situación ha cambiado. Bien visto, la revolución se ha operado dentro de la misma física. Porque la teoría del *quantum*, que hoy sirve para explicar la creación de la luz, la electricidad, las ondas magnéticas, es decir, los elementos de todo lo que es material y corpóreo, no es una teoría de cantidades. Es más bien una teoría de arreglos proporcionales. Las cifras del *quantum* no obedecen a las leyes propias del número: cada *quantum* es agregado arbitrario desde el punto de vista de lo numérico. La ley de estas agregaciones se esclarecerá el día en que se penetre más en las leyes de la cualidad. Ya hemos visto también cómo la disparidad propia del *quantum* se acentúa cuando penetramos al mundo de las creaciones de la química. El ritmo impar es en ellas la ley propia de todo lo que posee actividad y persigue fines de creación de seres: los distintos cuerpos, etc. Actualmente, un biólogo tan notable como Jacob von Uexküll nos habla en su libro *Ideas para una concepción biológica del mundo* de la necesidad de constituir una nueva

biología, que titula: *Biología subjetiva*. Lo que bajo este nombre comprende no es otra cosa que la teoría de la formación de los cuerpos según los percibe nuestra conciencia. Pero muy influido por el kantismo, Uexküll se inclina a suponer que nuestros sentidos son el instrumento de la creación de los que nos aparece como cuerpos u objetos y que en la realidad, es decir, en el mundo externo, no hay otra cosa que masas eléctricas informes. Esta última suposición es arbitraria. Resulta más de acuerdo con el criterio de la armonía imaginar que los cuerpos que nos dan los sentidos tienen una existencia como la que les suponemos, advirtiendo además que unos sentidos como los nuestros los ven mejor que unos sentidos como los de la ostra o la mariposa. Lo cual nos permite suponer al mismo tiempo que los sentidos del ángel tendrán una visión mucho más completa y más exacta de lo que son en el universo los seres todos. Los seres espirituales, que para nosotros son invisibles (las almas), probablemente para el ángel ya son inteligibles y diáfanas, visibles en todo el esplendor de sus configuraciones únicas: así como un diamante no existe para la ostra más que como obstáculo y es para nosotros gema. A Uexküll le estorba su preocupación idealista.

Un objeto, dice Uexküll:

Es una unidad compuesta de diversas cualidades por eso jamás puede ser reducida a una fórmula matemática.

Una estructura es una unidad que tiende a un fin.

Son los sentidos los que por selección y elección entre los elementos forman el conjunto de cualidades, pero es la mente la que conforma el esquema según el cual se distribuyen de acuerdo con el fin las diversas cualidades.

Las unidades que llamamos *cuerpo* u *objeto* están formadas de nuestras sensaciones subjetivas.

El hombre y la naturaleza que le rodea [dice Uexküll] forman juntos *armoniosa unidad según plan en el que todas sus partes realizan un cambio de efectos conforme a plan* [...] La naturaleza consta de objetos y cada objeto tanto es un producto de nuestra vida anímica como también la causa de esa producción. El sujeto ignora

los diferentes grupos de estímulos del gigantesco universo y sólo entresaca puramente aquellos grupos que son importantes para su vida. Pero estos grupos no sólo se diferencian unos de otros cuantitativamente, sino que también son transformados en unidades cualitativamente diferentes que ahora pueblan el mundo sólo para el sujeto de que se trate. El estudio de los diferentes sujetos y sus relaciones con el sujeto es el primer fundamento de un verdadero conocimiento de la naturaleza. Esta es una nueva ciencia en la cual nunca se ha puesto la mano de una manera sostenida. Queremos llamarla *biología subjetiva*.

La biología subjetiva es la doctrina de las sensaciones, dice Uexküll, pero nosotros adelantamos: ¿por qué no decir mejor *filosofía de la cualidad*?

Del punto de vista que venimos desarrollando se deduce la existencia según la cualidad dentro del mundo de la cantidad. La cualidad es la condición de la estructura. No podemos concebir ésta si antes no hemos separado de lo externo los elementos de cualidad que constituyen las diversas arquitecturas del mundo: por ejemplo, el paisaje y, más en detalle, los distintos objetos. Depende todo esto de una selección verificada por los sentidos, selección que produce hechos en cuyo interior se puede descubrir un esquema; pero este esquema ya no es el hecho, ya no es la vida. Ésta se nos revela como seres de existencia organizados cualitativamente para la realización de finalidades. El esquema es el andamio de la arquitectura, es decir, cosa inerte, figuración ideal posterior al fenómeno; lejos del todo de la idea de *esencia*, se trata de un producto.

Uexküll nunca podrá justificar sino por su obsesión kantista la pretensión de ligar su doctrina con lo que Kant llamó *esquema empírico del objeto*. La naturaleza no obedece a esquemas de la mente sino a sus propios desarrollos creadores, y el esquema es apenas uno de los modos de la mente que corresponde al proceso de la realidad de los cuerpos. Lo que hay que reconocer es una correspondencia, quizás preestablecida, entre las formas del objeto, tanto cualitativas como cuantitativas, y la estructura

interior de nuestra conciencia. Pero el objeto no es obra nuestra, como no lo es nuestra propia conciencia. Nuestra conciencia posee el poder de captar las formas y nada más. Un poder que se manifiesta como expresiones que tampoco son obra nuestra sino consecuencia del intercambio y armonía de los seres todos de la creación. Nada tiene que ver en esto el idealista. Todo se explica mejor por el principio de la armonía que nosotros pretendemos hacer extensivo a toda la filosofía. El mismo Uexküll, cuando se aparta de su kantismo y discurre como biólogo, ofrece fundamento a nuestra tesis cuando habla de *la melodía del movimiento como característica intrínseca de cada objeto*. Su distinción obedece a un sentido de formas, nos dice. La melodía del movimiento equivale, según Uexküll, a lo que Kant llamó *esquema impuro del objeto*. Lo que hace el kantismo frente a esta melodía no es sino tomar el rábano por las hojas. El esquema no es la esencia del ser; no lo es tampoco la estructura, sino su calidad, y ésta resulta de la combinación de elementos que operan dentro de la estructura. El mismo Uexküll nos da la razón cuando dice:

Si una determinada serie de sensaciones de movimientos se repite frecuentemente, queda asida a la memoria a la manera de una melodía que vuelve sobre sí misma en lugar de ejecutar los movimientos; con el mismo grupo de signos locales pronto aprendemos a hacer resonar unos tras otros, en una serie correspondiente al movimiento, los diversos grupos de signos locales que son tocados al mismo tiempo por el bosquejo del objeto, lo que da la melodía del movimiento.

Perfectamente, pero hay que cuidarse de tomar el bosquejo y dejarlo sin contenido. De una manera constante el idealismo cae en este error. Si en lugar de manejar bosquejos y esquemas nos apegamos a la realidad como es, sin desintegraciones, advertiremos que sus movimientos, sus finalidades, no se desenvuelven conforme a la ley discursiva sino de acuerdo con las leyes de la armonía. Inevitablemente la melodía busca armonía en la cual re-

solverse; no se desarrolla dialécticamente, sino que se aparta del logos para penetrar en el ritmo de la armonía. Sin que Uexküll se dé cuenta de ello, sus melodías corpóreas se resuelven en leyes de armonía tan diferentes del idealismo como lo prueba el mismo célebre sabio cuando concluye:

Estamos constituidos de tal modo que somos capaces de percibir con la razón determinadas conformidades a fin de vislumbrar, por el contrario, otras con nuestro sentimiento de la belleza y gozar de ellas. Un plan común enlaza en la unidad todas las fuerzas de nuestro espíritu y ánimo. El conocimiento de este fin es lo único que es capaz de dar al hombre confianza para la vida y seguridad más allá de ella. Pues la muerte, en este plan, está también contenida como factor necesario.

De acuerdo, pero recordando siempre que en la existencia, los planes que obedecen a un fin operan constantemente según las leyes de armonía. Y lo importante no es el plan sino el resultado que con él se busca, o lo que es lo mismo: es menester pasar de logos a la armonía y de ésta al Eros, que tiene como fin lo Absoluto.

10

## MATEMÁTICA Y ARMONÍA

La matemática ya no es concebida como un *a priori*, un absoluto abstracto, un aspecto de la lógica formal que impone sus reglas a una naturaleza pasiva. Todo lo contrario, y según enseña Brunschvicg:

Las formas de la ciencia y su constitución revelan un dinamismo original cuyo impulso se prolonga mediante la generación sintética de nociones cada vez más complicadas. [...] En definitiva, a los ojos del geómetra moderno el espacio no hace sino afirmar la posibilidad de aplicar, sobre una multitud de elementos cualesquiera, relaciones cuyo tipo la inteligencia no trata de determinar de antemano, sino que, por el contrario, comprueba, y cuyo desarrollo ilimitado suscita.

O sea, agreguemos confiados, el *a priori*, las formas de nuestra constitución mental tienen que adoptar posiciones, hacerse elásticas a fin de coordinar la fuente de la experiencia externa con la capacidad mental de descubrir y ordenar dicha experiencia.

El problema de las relaciones de la matemática con la música es uno de los más inexplorados. Se reconoce generalmente la

afinidad íntima de ambas disciplinas, pero no es fácil explicarla. A menudo me ha parecido que la matemática no es sino el esquema de medidas en que el sonido se reparte: primero para formar las unidades convencionales que llamamos *notas*, enseguida para relacionarlas y distribuirlas según las exigencias de la composición musical. Sin embargo los motivos, las determinaciones de las notas y sus arreglos no tienen nada que ver con el orden matemático, que siempre es una secuencia de carácter fijo, es decir, una relación que obedece a las leyes de la suma y de la resta, leyes de cantidad, en tanto que las combinaciones del músico hacen a un lado el orden numérico para darnos secuencias y combinaciones que obedecen a la espontaneidad de la creación, al sentimiento y al gusto. Hay aquí una oposición evidente y quizás irreconciliable.

Si no es que ella depende de una manera parcial de considerar el fenómeno matemático. Si la matemática es nada más la ciencia del número y sus combinaciones obligadas, fatales y obvias, y por último, la disciplina de la identidad en las ecuaciones, entonces es indiscutible que la matemática camina por rumbos completamente diversos de los rumbos del músico. Sin embargo las operaciones del músico creador nos revelan constantemente la subordinación en que se encuentra con respecto a la matemática, ya no para hallar el rumbo, pero sí para encontrar los elementos de la composición que parece se le dan hechos de una manera obligada. Cada sonido va acompañado de sus armónicos; cada conjunto de notas ocupa un tiempo determinado; toda sucesión obedece a ritmos que es necesario medir. Constantemente, y ya sea de modo consciente o subconsciente, el compositor tiene que recordar la intuición de Leibniz, que vio en la música un modelo del cálculo; y el cálculo, entendido según Leibniz, es integración más bien que análisis; es una manera universal de síntesis. Podrá el músico y aun deberá no dejarse llevar de las determinaciones obligadas de la síntesis matemática, la síntesis del cálculo; pero al mismo tiempo tendrá que reconocerlas y respetarlas dentro de su esfera propia. ¿Cuál es esa esfera y en qué se distingue de la esfera de la sensibilidad estética?

En otras palabras: ¿hasta qué punto coinciden y en qué disienten música y matemática?

El problema se apareció a los pitagóricos pero no lo resolvieron; se dejaron llevar de las determinaciones del número en su forma analítica y cayeron en el vacío. La matemática moderna, que dista ya tanto de la sola aritmética, nos está acercando a soluciones que ensanchan y enriquecen la original intuición del pitagórico en lo que se refiere al parentesco del ritmo y el número, la matemática y la armonía.

En realidad, la relación de música y matemática viene a ser un capítulo de la doctrina que pretende llevar la filosofía toda a la esfera y el criterio de la armonía. Un capítulo y una de las confirmaciones más sólidas de la necesidad que experimenta la mente contemporánea de abandonar el logos para instalar el pensamiento filosófico en la etapa de la armonía.

Un corto vistazo sobre el desarrollo de la matemática, que en gran proporción ha sido paralelo del desarrollo de la filosofía, nos demostrará que también el pensamiento matemático, y no sólo la especulación filosófica, irrumpe a la fecha en busca de horizontes más amplios que el logos aristotélico y de acuerdo con una realidad mucho menos estrecha que la teoría kantiana de las formas inmutables.

## Filosofía de la matemática

Observa Brunschvicg:

La forma de simultaneidad es una condición de la representación que se me impone y a la cual obedezco construyendo el espacio, como la forma de la sucesión es una segunda a la cual obedeceré construyendo el tiempo; puesto que expresan una necesidad interna; puesto que sobrepasan los datos de la conciencia individual revisten una apariencia absoluta. El espacio es científicamente absoluto, metafísicamente relativo.

En la simultaneidad vemos el proceso propio, o mejor dicho, la condición propia de los seres fuera del tiempo, en una eternidad inagotablemente activa. La sucesión en cambio parece inseparable del tiempo y es, por lo mismo, relativa.

Condenando la metafísica logística, Brunschvicg dice:

La idea de una deducción progresiva capaz de conferirse a sí misma un valor absoluto es la razón profunda de las contradicciones que el realismo ha introducido en la filosofía matemática. Y si las contradicciones han podido ser resueltas, lejos de ser ello una victoria para la metafísica logística ha consagrado su ruina definitiva, puesto que ha consistido expresamente en subordinar el orden de la deducción progresiva al orden de la deducción regresiva.

A propósito de la noción moderna de *intuición*, Brunschvicg dice:

De hecho el apriorismo aritmético de un Helmholtz, el apriorismo lógico de un Russell se acompañan de profesiones de fe empiristas. ¿Será capaz el empirismo de recoger la herencia que deja vacante el desfallecimiento del racionalismo, considerado por lo menos bajo el aspecto formalista del aritmetismo? [...] El hecho de que la aritmética o la geometría se constituyen sobre el terreno de la experiencia nos parece una evidencia fuera de discusión; pero de eso no se deduce que deriven de la experiencia ni que se pueda determinar a qué condiciones debería satisfacer una experiencia para que el inmenso desarrollo de los razonamientos matemáticos fuese considerado como una simple reproducción de fenómenos presentados en forma inmediata por la observación de la naturaleza [...] Es indudable que el espíritu complementa los datos inmediatos de la experiencia. Se puede sobrepasar el hecho bruto, tal como se manifiesta a los sentidos, y que sin embargo no entra en los marcos *a priori* de razonamiento puramente lógico: ésta será la zona de la intuición. En rigor, en cada etapa decisiva del pensamiento matemático encontramos esta noción de la intuición [...] Puede que, nacida fuera del terreno matemático, la idea mo-

derna de la *intuición* no se haya adaptado perfectamente, al primer intento, a los caracteres propios de la matemática; a despecho de los servicios que ha prestado, quizás haya oscurecido la significación de algunas cuestiones transponiéndolas a un lenguaje que no es el de la matemática. Por consiguiente, después de haber liberado la filosofía matemática contemporánea de los marcos *a priori* que no se avienen ya a la constitución de la ciencia actual, tendremos que hacer un nuevo esfuerzo para desprenderla de preocupaciones que son extrañas a la propia disciplina de las matemáticas para lograr plantear el problema propio de la filosofía matemática en los términos adecuados al carácter específico de la ciencia.

El todo [dice Brunschvicg refiriéndose al todo sociológico] es una cosa completamente distinta de las partes. La intuición física, al provocar el descubrimiento del principio de Carnot, ha transformado la fisonomía de la ciencia moderna. Por sobre las leyes de conservación, que se traducen en ecuaciones rigurosas y que han podido, en su forma general, ser enunciadas *a priori*, la intuición física descubriría una función que bajo su apariencia matemática esconde una realidad puramente cualitativa que expresa la marcha profunda de las cosas, la variación continua y quizás aun el destino final del universo.

No precisa Brunschvicg, pero sí sugiere, que el problema fundamental se aclara con la distinción de cantidad y cualidad. Una es la verdad de la matemática (verdad de medida, verdad de adecuación de cosa e idea, verdad a la antigua) y otra cosa es la verdad conforme a la cualidad; verdad ya no de identidades sino de coordinaciones; verdad que ya no es estática sino dinámica; verdad de acción, verdad de vida. Verdad que conserva la ordenación matemática simplemente como un sustrato que sirve de apoyo remoto a la visión de la verdad superior, ya no analítica sino supremamente sintética: la verdad según la armonía y el Eros que impone su orden definitivo a la creación.

Por su parte, Brunschvicg insiste:

A la relación contra la ciencia, que era la forma exterior de la doctrina, se sustituye la oposición entre dos interpretaciones de

la ciencia misma: una, prisionera de la generalidad lógica y del prejuicio mecanicista; la otra, atenta a la especificidad del objeto que trata cada disciplina y preocupada por adaptar los procedimientos de investigación a los caracteres propios del objeto. El método intuitivo ha hecho pasar a través de las diferentes ciencias un soplo de liberación y de fecundidad.

En la matemática también la intuición reaparece con el sentido preciso que le dan los filósofos modernos, designando un método apropiado a la especificidad del objeto, aportando con él la prueba de su exactitud aun cuando sea irreductible a las formas de la deducción propiamente lógica.

Las especulaciones filosóficas que se refieren al espacio de las geometrías sin otra especificación, aunque por otra parte hagan de él una realidad o una idea pura o una forma de intuición, han perdido el contacto con la ciencia actual. El espacio métrico euclidiano, no sólo porque es euclidiano, sino también porque es métrico, no es más que un tipo particular al lado de otros tipos; se ha convertido en un punto de vista sobre el espacio. Hemos hecho ya alusión a la multiplicidad de los puntos de vista que se han revelado sucesivamente desde la geometría de situación, que no considera más que el orden de las posiciones mutuas, hasta cada una de las geometrías imaginarias que pueden ser establecidas sobre la hipotética eliminación de uno de los postulados explícitos o implícitos del sistema euclidiano, aunque fuese el axioma llamado *de continuidad* [...] Desde Descartes hasta Augusto Comte el filósofo podía contar con la matemática, es decir, con una ciencia cuyo objeto y cuyo método definía en general y cuyas diferentes partes enumeraba *a priori*. Hoy, al contrario, parece que existen primero las matemáticas, es decir, una serie de disciplinas fundadas sobre nociones particulares, delimitadas con precisión y encadenadas con rigor. Después, entre esos dominios bien determinados aparecen mil caminos de comunicación y de ramificación que mostrarán la coordinación a los métodos y extenderán el horizonte de su aplicación, suscitando nuevas soluciones o nuevos problemas. Si se dejan de lado las tentativas de realizar un algoritmo universal, que

han permanecido en la superficie exterior de la ciencia, son los pasos sucesivos citados los que dominan, tal como lo ha mostrado Félix Klein en el desarrollo de la matemática moderna.

El movimiento, cuya fuente hemos encontrado en la religión y en la metafísica; cuyas huellas hemos seguido a través de la serie descendente de las ciencias, ha conquistado las matemáticas, o si se prefiere, les ha hecho tomar conciencia de su naturaleza efectiva. Con respecto a la deducción lógica que va de lo general a lo particular, la orientación de las matemáticas modernas corresponde a una inversión de sentido. La matemática se ha distinguido radicalmente de la lógica formal porque la lógica formal es incapaz de llegar a la formación de una verdad categórica. La lógica formal es una abstracción de conocimientos exactos y positivos; permanece por debajo del umbral del saber científico, por lo que no podría servir de modelo a las matemáticas ni proporcionarles un tipo de referencia.

Conviene recordar que la intuición, según la entiende Brunshvicg, es la visión sintética que pone simultáneamente presentes ante el espíritu los movimientos distintos de un razonamiento y que le permite también actuar en él simultáneamente y engendrar todas las consecuencias. La intuición es la inteligencia misma. Según el mismo Brunshvicg, «Platón hizo de la idea una función dinámica de coordinación». Esta última interpretación platónica muestra hasta qué punto se halla la ciencia moderna distante del intelectualismo idealista.

Sobre la relación de la lógica matemática y la experiencia afirma Brunshvicg: «Separada de la lógica abstracta, la matemática retorna a las ciencias de lo concreto. La nueva orientación empuja la filosofía matemática hacia la consideración de la verdad matemática, basada, lo mismo que la verdad física, sobre el descubrimiento y la posesión de hechos objetivos». Que el acuerdo entre la teoría matemática y la realidad concreta nunca es completo ya lo hizo advertir Poincaré, y Brunshvicg afirma:

No se conoce teoría alguna de la que se pueda decir que es absolutamente verdadera; por su naturaleza las concepciones ge-

nerales y fundamentales de la ciencia escapan a toda tentativa de verificación. La misma existencia de los objetos materiales no es, según Poincaré, sino una hipótesis cómoda. Él mismo, en las *hipótesis fundamentales de la geometría*, vuelve a observar que no son hechos experimentales: «sin embargo es la observación de ciertos fenómenos físicos la que les ha hecho ser elegidas entre todas las hipótesis posibles». Por otra parte, el grupo elegido es solamente más cómodo que los otros, y ya no se puede decir que la geometría euclidiana es verdadera y la geometría de Lobatschewsky es falsa. Del mismo modo que no podría decirse que las coordenadas cartesianas son verdaderas y las coordenadas polares falsas.

El papel de la filosofía matemática no es de ninguna manera, según pensamos, prolongar la forma deductiva del razonamiento más allá de los límites en que se detiene la ciencia positiva, como si se debiera encerrar la verdad en el marco de un artificio lógico. En lugar de desprender así a la ciencia de toda conexión con la realidad, es necesario, por el contrario, alcanzar la fuente en donde se pondría de manifiesto el contacto original de la inteligencia con las cosas, y para esto es necesario remontar el curso de la historia hasta el punto en que podrán ser puestas al desnudo las raíces de la verdad aritmética o geométrica. El filósofo no tiene que inventar una solución del problema de la verdad; tiene sólo que descubrir cómo, en los hechos, la humanidad lo ha resuelto. Desde ese punto de vista no hay mejor instrumento de trabajo que una formación tan completa como sea posible sobre el pasado de la ciencia, que supla por la observación etnográfica las lagunas de la tradición escrita y que se esfuerce por seguir la filiación de las ideas a través de la influencia recíproca de las investigaciones técnicas y de los puntos de vista filosóficos. Las teorías de los sabios sobre los principios de la ciencia volverán a hallarse naturalmente como elementos esenciales de esta información; esas teorías esclarecen los pasos fundamentales del espíritu que correrían el riesgo de permanecer ocultos en la inconsciencia de la producción espontánea; pero, gracias al análisis de las funciones psico-sociológicas de las que la matemática ha surgido, podremos restituirles su ubicación, sin la cual no serían todavía sino especulaciones en el vacío o al menos en lo abstracto.

En breves palabras, la originalidad de la nueva etapa cuyos caracteres tratamos de determinar consiste en que la filosofía mate-

mática no tendría más por objeto agregar un sistema a los sistemas que han tomado ya un lugar en la historia; ella vuelve hacia la historia misma, investiga la convergencia y la coordinación de los resultados que han sido obtenidos en los diferentes periodos y los registra como las señales positivas de la objetividad.

Contra el concepto cuantitativo de la *unidad*, que tanto hemos combatido nosotros en el desarrollo de nuestra teoría sobre la unidad de los heterogéneos, apunta Brunschvicg sucesivas observaciones muy importantes. Así por ejemplo:

La antigüedad griega en general mantenía la unidad como un carácter cualitativo, y aun bajo la pluma de Buffon, en 1749, se encuentra la afirmación de que la unidad no es un número.

Investigando en la noción de unidad, Brunschvicg concluye:

Que la operación del espíritu consiste en establecer equivalencias, o más exactamente, en hacer equivalente la igualdad en la acción o en la fuerza de su sentido original: la ecuación. La igualdad, como lo ha hecho ver claramente la doctrina de los conjuntos, no resulta una comparación entre términos que serían medidos cada uno aparte y cuyos valores intrínsecos se compararían después; la igualdad puede establecerse antes de la numeración, puesto que basta aplicar a dos pluralidades de objetos, cuyo valor numérico ignoramos, el procedimiento de correspondencia unívoca y recíproca que es independiente del concepto de *medida*.

En otros términos, deduciríamos nosotros que ya el concepto de *armonía* está aquí en funciones, independientemente del concepto de *medida*. Relaciones de medidas es ya armonía y, en resumen, el resultado de la verdad no nos da igualdades sino armonía; no identidad sino coordinación. En su párrafo 290 Brunschvicg nos da una doctrina de la verdad que permite establecer relaciones entre lo teórico y lo práctico. La matemática no es nada más que un equivalente de la lógica formal, o sea un mundo de con-

ceptos que se ligan entre sí por las reglas de la deducción, sino más bien, dice: «algo que surge de la acción específicamente humana que se ejerce sobre las cosas, acción cuyas condiciones más simples nos han dado ocasión de reconocer la práctica leal y equitativa del intercambio».

«La teoría del concepto [añade Brunshvieg] se ha perdido en la alternativa insoluble de la compresión y de la extensión; la doctrina del número debía chocar con la dualidad irreductible de lo ordinal y lo cardinal.» ¿Lo cardinal corresponde a la compresión que abarca diferentes clases, es heterogéneo? En tanto que los ordinales, ¿corresponden a la extensión?. En el ordinal hay idea de *simultaneidad*; en el cardinal de *sucesión*. *Simultaneidad* es símbolo de *eternidad*; *sucesión* es figura del tiempo relativo.

Examinando las raíces de la verdad geométrica, Brunshvieg llega a una conclusión que presta y pone fundamento a los juicios esenciales de nuestra filosofía estética. Dice por ejemplo:

La matemática pura, en el sentido riguroso de la palabra, sería una promoción de la lógica formal; se limitaría a tratar el encañamiento de las proposiciones sin considerar su verdad o aun su significación intrínseca. Su característica sería, según la expresión de E. Russell, «que no se sabe ni de qué se habla en ella, ni si aquello que se dice es cierto». Una tal disciplina podrá sin duda ser abstraída por abstracción de la matemática positiva, y no sabría sustituirse a ella sin que la ciencia degenerase en una formulación simbólica completamente verbal [...] Desechamos los ídolos de la evidencia lógica y de la evidencia sensible, a fin de fundamentar la realidad del saber sobre una adaptación recíproca de la experiencia y de la razón que hace de la experiencia una inteligencia en acto, que asegura a la razón la posesión de las cosas.

Investigando el carácter de la idea de *espacio* Brunshvieg afirma que:

[...] no hay otra percepción efectiva del espacio que la de los cuerpos que lo llenan, y la percepción de los cuerpos tiene por

contenido sensaciones; en particular, sensaciones visuales y táctiles [...] Estas sensaciones no traen consigo yuxtaposición ni conexión y sólo se vinculan entre sí por asociaciones entre imágenes que desfilan en ese torbellino interno que se llama el *continuo psicológico*. La acción de un ser inteligente se desenvuelve en una serie de momentos subordinados unos a otros: armarse para la caza, correr en el campo, etc. Las nociones de conexión lógica de orden irreversible están pues implicadas en la noción de la acción. Es nuestra acción la que subtiende a los estados de conciencia una red de objetividad: el dato visual constituye el objeto; está acompañado por el dato táctil cuando al término del movimiento para apoderarse del objeto los músculos de los ojos conducen la convergencia y el acomodamiento de los rayos visuales y nos proporcionan así imágenes en correlación con las imágenes táctiles.

Reflexionando en estas ideas de la matemática moderna y sus consecuencias para la teoría del *a priori* se piensa en que ya no es posible aceptar las teorías kantianas, y menos aun las del idealismo contemporáneo. Y se comprende que lo que hace falta a los kantianos y fenomenólogos a lo Husserl es un curso elemental de psicología moderna.

Brunshvieg, que es matemático y además sabe psicología, dice lo siguiente:

Por nuestra parte, fundamentando toda síntesis geométrica sobre la dualidad del acto imagen, y fundamentando el número entero sobre una relación de correspondencia, creemos haber descubierto, en el mismo germen de la ciencia, la complejidad necesaria para explicar su fecundidad.

Y más adelante:

Cuando se pregunta cuántas dimensiones tiene el espacio se plantea un problema que no podría ser resuelto por la razón librada solamente a los recursos de la dialéctica *a priori*. Intervendrá la experiencia, y falta decir en qué forma. La experiencia otorga a los

objetos que están en el espacio una apariencia de individualidad y de independencia. Al mismo tiempo, la coincidencia entre la síntesis interna del espíritu y la representación externa nos ha proporcionado los primeros tipos de verificación científica. Pero cuando se pasa del contenido al continente, cuando uno se eleva por una abstracción necesaria de las representaciones extensas a la concepción del espacio tomado en su conjunto ya no ocurre lo mismo. Lo que vemos está en el espacio, pero no vemos el espacio. El lugar de toda intuición no es objeto de intuición. El espacio tiene su raíz en la experiencia y su coronamiento en la razón. La inteligencia se mueve en el mundo y sin embargo le corresponde darse un mundo. Descartando la ficción de la creación *ex nihilo*, a la cual es imposible hacer corresponder una imagen concreta o una idea distinta, la constitución intelectual del espacio señala el grado más elevado de la potencia creadora que el hombre sea capaz de concebir y de ejercer.

Claro que nuestra propia conclusión es la de que el *a priori* racional kantiano ha sido desbordado y es insuficiente para contener el mundo, que en cambio se encuentra a sus anchas dentro de un *a priori* concebido según las normas libres y creadoras, normas dinámicas en crecimiento de la armonía.

Surge aquí una oposición ya apuntada desde el comienzo de nuestras especulaciones metafísicas y apoyada en su primer capítulo por la segunda ley de la termodinámica, o sea: en tanto que el mundo de la materia se desintegra para volver a la homogeneidad, el mundo del espíritu crece constantemente hasta alcanzar conciencia de una creación, quizás infinita, pero seguramente eterna, es decir, sostenida por el milagro perenne de la voluntad divina, que lejos de fatigarse crece con su operar.

### Análisis matemático

En el desarrollo analítico, la matemática (llamada por sus cultivadores *la reina de las ciencias*), creyó haber alcanzado el límite del conocimiento posible cuando llevó la división de la línea al

punto y éste lo seccionó al infinito gracias a la hipótesis de un continuo homogéneo. Pero la experiencia científica en su propio desarrollo llegó con Planck a la conclusión de que el espacio de los físicos es granular, es decir, que no es continuo: más aun, cuantificable. De suerte que el continuo homogéneo no existe; la extensión real, el espacio concreto, está hecho de una substancia atómica granular, lo que hace que el espacio sea discreto; su seccionamiento tiene un término y dista mucho de ser infinito. De suerte que el análisis de la matemática nos lleva a una ficción que no corresponde a la realidad del ser.

### Síntesis

Si enseguida examinamos el poder de la «reina de las ciencias» en lo que se refiere a la síntesis, nos hallaremos con fallas parecidas, inevitables en la especulación matemática; nos convenceremos definitivamente de la inferioridad de la matemática en relación con la filosofía, y particularmente con relación a la imaginación y su instrumento, que es la armonía.

La matemática integra por sumas; no conoce otro sistema de síntesis, y la suma nos da una síntesis abstracta ajena a lo real. Lo real es siempre heterogéneo; en consecuencia no puede manejarlo la matemática. Así por ejemplo, el ritmo está hecho de combinaciones de uno-dos, o de uno-tres, etc.; pero el uno y el dos, lo mismo que el uno y el tres del ritmo, no son susceptibles de sumas y restas porque *uno* en la marcha quiere decir «izquierdo», y *dos* «derecho»; el uno y el tres, en el compás de la música o en la combinación molecular, no pueden ser reducidos unos a otros; cada cifra conserva su función específica. La integración vital, por lo mismo, no alcanza a la matemática, a no ser que nos traslademos a las leyes de proporción que rigen la armonía. La integración armónica es una síntesis constructiva, a diferencia de la falsa integración abstracta del matemático. El instrumento mental que opera la síntesis armoniosa, la síntesis

de la proporción y la armonía, es la imaginación. No es ésta una facultad arbitraria. Su disciplina no es el logos, desde luego, pero la imaginación tiene en la armonía una norma libre como ella, pero no caprichosa. Todas las ciencias tendrán que ir abriendo capítulos nuevos en busca de su incorporación a la armonía. Y se verá entonces que las matemáticas son en este sentido la ciencia retrasada; a menos de que se juzgue esencial en la matemática el intento de relacionar los objetos por encima del intento de medirlos: la relación más allá del número, como en la matemática pura, pero sin olvidar el defecto capital de todo abstraccionismo, que es la tendencia a desligarse de todo lo concreto. En todo caso, la matemática anda ya buscando la manera de crear unidades conforme a la armonía. Sus recursos para tal propósito son limitados. Prueba de ello nos la da el problema de las clases aplicado al número. La matemática moderna habla de dos clases primarias: la de los números pares y los números impares. Esta división la descubre por primera vez Filolao, que deriva de ella la antítesis cosmológica de lo limitado (el par) y lo ilimitado (lo impar). Propiamente lo par equivale a lo homogéneo, lo impar a lo heterogéneo, pero la tendencia de la matemática moderna es desvanecer, suprimir las distintas cualitativas para quedarse en pensamiento puro. Así es como vemos a Eric Temple Bell, en el capítulo «Contando lo infinito» de su obra *La reina de las ciencias*, maravillarse de la posibilidad de combinar las clases par e impar por medio de relaciones simples y abstractas, como cuando expresa, siguiendo a B. Russell: la clase de todos los números naturales (uno, dos, tres, cuatro) es coordinable con una parte de sí mismo, precisamente con los números pares: dos, cuatro, seis, ocho. Hay pues exactamente tantos números pares como enteros. Esto nos muestra una diferencia fundamental entre las clases finitas y las infinitas. Una clase infinita es coordinable a una parte de sí misma; una clase finita no es coordinable a una parte de sí misma. Investigando enseguida la naturaleza del número cardinal, presenta la definición de Russell: «el número de una clase es la clase de todas las clases que le son coordinables»

como una joya del pensamiento abstracto «al lado de la cual las visiones de los místicos parecen materiales y groseras». Por supuesto, y exceptuando lo de groseras, desde luego es evidente que las visiones de los místicos son una experiencia que parte de un fondo de realidad, la más alta de todas las realidades. El pensamiento místico no es abstracto ni fantasmal ni depende de una convención como la convención matemática. El pensamiento matemático es tan pobre que no puede captar ni siquiera el espacio granular de la hipótesis de los físicos. Y por lo que hace a capacidad de relación y de poder de unificación de lo vario, cualquiera ley de la sociología, ya no digo de la filosofía, revela un poder más asombroso que el perogrullismo matemático. El poder de la inteligencia se manifiesta en la percepción de la cualidad y su coordinación. Suprimir la heterogeneidad por reducciones convencionales, estilo aritmético, es tan sencillo y obvio como estéril para el espíritu. En tanto que la intuición, que liga de algún modo la heterogénea pluralidad, es pensamiento digno de dioses.

### Números ordinales

La matemática de los ordinales (primero, segundo y tercero) ya no se refiere a cantidad sino a jerarquía. Con la aparición de este tipo de número se opera el tránsito de la matemática lógica a la matemática que tiene por criterio la armonía. En donde hay concreción ya no puede haber sumas. *Uno, dos, tres* pueden ser tomados indiferentemente y reducidos a combinaciones de suma y resta. *Primero, segundo y tercero* son expresión de un orden basado en consideraciones de calidad y de subordinación. Cuando decimos *el primero y el segundo* en cualquiera rama de la actividad, establecemos una primacía, una relación independiente de la cantidad. Cuando usamos los números ordinales para objetos de un mundo común establecemos entre ellos relaciones cualitativas, y sólo en el uso más alto que se puede dar a los ordinales

*primero, segundo y tercero*, o sea cuando los referimos a las tres Personas Divinas, nos encontramos con el absoluto de cualidad que nos impide establecer gradaciones de superioridad. Las tres Personas son idénticas en poder y excelencia, sin embargo no se llaman. El hecho de que cada una desempeñe función diferente crea diferencia pero no modifica la categoría. De suerte que ni siquiera en la más alta aplicación de los ordinales es posible hacer con ellos operaciones aritméticas. De todas maneras, el concepto de la *Trinidad* prueba que hay maneras de unidad diferentes de la unidad de la aritmética. La unidad en la acción, en el existir repartido en tareas es ya un concepto ajeno a la matemática y propio de la estética. De la matemática participa la realidad existente puesto que se puede concebir desde el punto de vista del número; pero en la realidad el número no es determinación en el sentido de que la aritmética indique el proceso del desarrollo existencial. Al contrario, este desarrollo con su carácter heterogéneo engloba a la matemática como uno de sus factores.

### Cálculo

Brunschvicg enseña: el cálculo matemático nace de lo concreto y sólo después se hace abstracto. Los salvajes calculan por imaginación combinando datos concretos. Los pitagóricos mismos se representaban el número como una cosa, un punto o una suma de puntos. Los números cuadrados y triangulares correspondían de verdad a figuras de esa forma. Los números, nos dice Brunschvicg los recibimos de la naturaleza y así los recibieron los pitagóricos y no por medios lógicos.

### La armonía

La armonía es en cierto modo una matemática, puesto que es ciencia de la proporción. La diferencia que hay entre medida y

proporción es la misma que separa la matemática de la armonía. Postulamos la armonía en sentido genérico que abarca el ritmo y la melodía, así como la proporción y la simetría, etc. La proporción difiere profundamente de la simple medida; la proporción es constructiva, heterogénea, insumable. La proporción equivale a heterogéneos de cantidad. La medida es noción abstracta que se aplica por igual a homogéneos y heterogéneos. La proporción la regula la imaginación. La medida iguala y ofrece esencias ficticias; la proporción, al combinar heterogéneos (dos, tres, o cuatro), engendra la calidad si se trata de valores concretos como en la química. Resulta entonces que la matemática interviene en la armonía tan sólo como medida de la operación inicial que escoge y determina los elementos de la combinación. Enseguida el proceso de la combinación se desarrolla conforme a las armonías que se llaman en química *afinidades*. Constan éstas de separación y proporción, de simetría y cristalización, es decir, ya no matemáticamente sino cualitativamente por coordinación de los elementos heterogéneos.

La armonía es el método unitivo propio de la cualidad. La cualidad es independiente de la cantidad, así como la matemática es independiente de la física, por lo que siempre nos hemos opuesto a la pretensión idealista de hacer de la física, física matemática y nada más, como si los resultados de la física no fuesen el descubrimiento metódico de la propiedad de los cuerpos: propiedades de pesantez, color, densidad, etcétera.

Según la cualidad, la verdad es coherencia; según la cantidad, la verdad es relación abstracta de cantidades cuyas fórmulas pueden ser reducidas a la dialéctica. La cualidad se disuelve cuando le aplicamos la matemática o la dialéctica; en cambio brilla y se aclara si la juzgamos según proporción y armonía. En el método de la armonía se acentúa el concepto de *relación* sobre el de *clasificación*. En esto se diferencian también la armonía y el logicismo aristotélico, y también del platonismo de las ideas. El concepto de *armonía* que Platón desarrolla cabalmente parece no hallar sitio en la especulación aristotélica; por eso consigue más el aris-

totalismo en la ciencia como clasificación que en la ciencia como operación y cualidad.

Para adoptar la medida de la armonía la matemática tiene que volver hoy a sus orígenes pitagóricos, que según Brunschvicg hacen del número una figura de lo concreto. La geometría parte del punto y cada número era una entidad irreductible (el dos, la tríada, el cuadrado, etc.), o lo que es lo mismo: la matemática tiene que ligarse primero a lo concreto si ha de ayudarnos en la investigación de la verdad como cualidad. Periodo abstracto de la matemática corresponde al idealismo, pero ya Leibniz ve la necesidad de abandonar el conceptualismo para consumir el cálculo integral, para hacer síntesis del movimiento. Y los biólogos modernos están empeñados en lograr fórmulas matemáticas capaces de expresar síntesis vivas. Brunschvicg señala el momento en que Euclides se acerca a las necesidades de la ciencia moderna al formular las relaciones entre dos dimensiones que definen las proporciones. Esta relación de las dimensiones reclama a menudo no matemáticas sino el objeto de la matemática como ciencia de lo armónico, o sea la matemática convertida a la armonía.

## 11

## TEOLOGÍA DE SAN PABLO

San Pablo es el primer filósofo cristiano. Un filósofo que no necesita para nada de la filosofía. Se limita a tomar los hechos de la Revelación para organizarlos conforme a la tríada: creación, caída, redención. Todo en torno a una realidad central: la persona de Cristo. De esta manera, una persona y no una tesis encarna la realidad por excelencia, la verdad misma. Se coloca de esta suerte el teólogo a gran distancia de la filosofía propiamente tal, que ha seguido el método opuesto: elegir un hecho (los físicos) o una idea (los eleatas) para luego tratar de referirlo todo a una unidad ficticia (los últimos), a un elemento solo (los primeros). En cambio, partir de una persona (la más alta de la existencia) para derivar de ella cuanto existe tenía que dar por resultado un sistema que más bien que filosofía es teología o teología.

El gran comentador de San Pablo que es F. Pratt, S. J., dice en su *Teología de San Pablo*:

En las obras del espíritu hay siempre, como en las creaciones del arte y en los espectáculos de la naturaleza, un punto fuera del cual se deforman las proporciones y se presentan mal las perspectivas. Este punto central, que irradia en todas direcciones, que

imprime el conjunto unidad, cohesión y armonía, y que no puede ser movido sin trastornar toda la economía de la obra, es lo que se llama *idea central*. (yo diría *hecho central*) puesto que se está refiriendo Pratt a Cristo como el eje de la doctrina paulista y su cosmovisión.

Refiriéndose al mismo San Pablo, añade Pratt:

Pensador de primer orden, dialéctico formidable, espíritu filosófico capaz de coordinar hechos dispares y de señalar relaciones ocultas de las cosas, de darles unidad por medio de una vigorosa síntesis, Pablo debió poner en sus escritos un reducido número de ideas centrales, quizás una sola, y está fuera de duda que esta idea ha de ser, una vez conocida, el hilo conductor de la doctrina paulista.

Pratt nos dice con tales palabras lo que siempre debió ser un filósofo, no un analizador, sino un constructor de arquitecturas reales. La construcción de San Pablo está hecha con los materiales de la existencia misma. La creación del mundo, su desviación y caída de toda la obra magnífica por causa del hombre; luego la redención por Cristo. La redención corrige los efectos de la caída y el mundo y el hombre vuelven a lo que siempre debió ser: un reino celeste. De esta suerte San Pablo liquida la filosofía tal como la entendieron los paganos y como la hemos entendido la mayor parte de los modernos. En San Pablo el pensamiento abarca la totalidad que los filósofos han perseguido en vano. La realidad última y primera, los hechos todos de la existencia son contemplados en panorama de espíritu. Cosas y casos, los seres todos alcanzan coherencia: no por intelecciones que crean mundos ficticios de esencias y entes, sino porque materia y espíritu, unificados dentro de un plan trascendente, adoptan significados nuevos y tienden hacia propósitos comunes. Propósitos de redención, si se admite que *redención* es un retorno a la Gracia, es decir, la transfiguración de la existencia toda y su inserción en lo incorruptible y eterno.

Resulta entonces que el pensamiento pagano más sublime, que es el platonismo, se ha hecho simplemente historia porque la verdad está toda en la teología cristiana, de la cual Pablo es el exponente más acabado y profundo. Sigue a Pablo el primer filósofo cristiano propiamente tal: San Agustín, cuya lucha consiste en expresar el mensaje cristiano en términos asequibles a la filosofía pagana pero sin subordinarse a ella. Y todo lo que es filosofía, de Escoto Erígena en el siglo IX a Whitehead en el XX, no es otra cosa que un esfuerzo, malogrado con Hegel, atinado en muchos grandes pensadores como San Tomás o San Buenaventura, pero que sólo sirve para afirmarnos en la posición de nuestros días. Formula ésta una síntesis que organiza la naturaleza según la filosofía de la experiencia y enseguida se aclara y complementa en el paulismo cristiano. Filosofía y escatología rematan entonces en verdad del Evangelio. Pensamos hoy como San Pablo y no como Aristóteles o Santo Tomás, menos aún como Platón. Nuestra filosofía se ocupa de «coordinar hechos dispares, señalar relaciones ocultas y buscar unidad por medio de una vigorosa síntesis», tal como enseña Pratt. Y al leer sus conclusiones y seguir su método he pensado que, contra lo que se ha dicho, sí es filosofía mi sistema, puesto que trata no de reducir la realidad a conceptos y entes sino de coordinar los hechos conforme a una jerarquía que va del átomo a la célula y de ésta a la conciencia del hombre, que es persona y se dirige a la Persona máxima que es Dios. El ejercicio filosófico se reduce enseguida al descubrimiento de las relaciones y los deberes que corresponden a cada parte dentro de un todo que no es concepto abstracto, sino el hombre de la pluralidad en su categoría celeste. El todo de la existencia redimida.

### La transfiguración

El hecho capital del proceso es el tránsito del animal que es todavía el hombre a la naturaleza transfigurada que postula San Pablo, con apego estricto a la doctrina de Jesús. El ser transfigu-

rado lo concebimos a semejanza del Cristo resucitado; no se ha hecho Cristo una idea, no es tampoco un principio ni una fuerza: es una Persona excelsa: su cuerpo es de esplendor y se sienta a la diestra del Padre. Así lo enseñan los teólogos San Pablo y San Juan. Conciben ambos la persona del Hombre-Dios como instrumento de salvación, y ésta consiste en cambiar lo corruptible en incorruptible, lo mortal en lo inmortal. Tal el milagro, que no tiene nada de extraño si se reflexiona en el desarrollo de las especies. Y ocurra éste por evolución o sin ella, débese siempre a saltos inexplicables, puramente gratuitos, es decir, ocurridos con intervención externa. (Recuérdese a Lecomte Du Noüy.) Por medio de estos saltos, los seres, desde la ameba hasta el hombre, consuman una serie de milagros bióticos no menos sorprendentes e inexplicables que la tríada: creación, pecado, redención. Lo que hace falta nada más es insertar el proceso de la aparición natural de los seres dentro del plan más vasto, el plan paulista. Creación, caída, redención: eso mismo postula San Juan. En el principio el Verbo, la Encarnación, la Resurrección y el Apocalipsis con sus visiones de la existencia celestial.

San Juan y San Pablo tienen sobre los otros fundadores del cristianismo la ventaja de insistir, más que en el Dios-Hombre del tránsito terrestre, en el Cristo Rey, Cristo Dios, todopoderoso ante el Padre, el Cristo resucitado que es el centro de la creación, a diferencia de los más grandes moralistas y fundadores de religión que nunca sobrepasarán la medida humana ni podrían hacerlo.

## Revelación

La experiencia natural contempla su yo en el mundo con auxilio de todos los medios ordinarios de conocer: los sentidos, el instinto (primera organización de lo individual); luego la inteligencia, con sus reducciones a unidades abstractas, puede desviar-nos hacia entes y formas que, según dijo alguien, «no son, pero

valen». La inteligencia llega a sentir que su curiosidad fue inútil porque investiga y sólo encuentra su igual, su copia o su reflejo, en cuanto la rodea. Aparte de la inteligencia opera el ser; la inteligencia lo mide, pero la medida no explica las intenciones del existir.

Ligada con la inteligencia se ensaya la imaginación. Investiga y se identifica con el ser; a veces verra y se alía con sus propias sombras. La imaginación colabora con la razón y se adelanta a ella si se mantiene apegada a lo que es (la maravilla de la naturaleza, el misterio de lo invisible), contemplando humilde, sin presunción de develar misterios: en dulce entrega de confianza y de amor. Entonces la imaginación crece según se adapta a diversas zonas del ser; las recorre, las descubre y las organiza según melodía y simpatía; las organiza en amor: así pensó Jesús. La ciencia cristiana es en primer lugar orden estético y conduce al amor. El amor es, entre todos los sentimientos del alma, el que más se parece a la eternidad, el que más nos acerca a ella. No a la eternidad vacía del maestro Eckart. Eternidad plena es saberse partícula de un mundo que es cántico de gloria. Se pasa de lo temporal a lo eterno, no por operación metafísica que desdeña la *individualidad* única y busca esencias, sino por el simple cambio que expresa el Evangelio cuando habla de *naturalezas incorruptibles* en oposición a lo corruptible, que es esclavo de la muerte. Trascendencia, pero no por desintegración de caracteres, sino por síntesis que elimina lo accesorio e imperfecto, lo corruptible, para alcanzar lo perdurable y vivir como seres de espíritu.

## Sobre el cuerpo glorioso

Señala Pratt<sup>1</sup> con mucho acierto que la antítesis materia y espíritu no es bíblica. El dualismo griego fue siempre antipático al monoteísmo hebreo. El ideal cristiano no es tampoco el ascetismo hindú que consiste en aniquilar la carne. Los que pensa-

<sup>1</sup>Op. cit., t.I, p.264.

mos involuntariamente en «platonismo» tenemos la tendencia a imaginar un alma libertada de la carne: luego no hallamos cómo concebir la vestidura de esta alma. Elio depende de que el abstraccionismo platónico y neoplatónico es contrario a la realidad. La realidad es que no hay almas sueltas que anden por allí, hechas de espíritu puro o de gaseosidad a lo espiritista; es el ser humano todo entero el que nace y vive en la tierra; luego resucita como cuerpo espiritual, con cuerpo de esplendor como el de Cristo, es decir, sobre la materia y sus funciones vegetativas conquista la incorruptibilidad. Y de las formas corpóreas sólo queda la belleza, sin las operaciones biológicas que todo lo entristecen y afean. Algo como estatuas que andan serán los cuerpos gloriosos, pero animadas de vida como la de los ángeles, seres en quienes el conflicto de carne y espíritu se ha resuelto a favor del espíritu, pero la carne se ha transfigurado prescindiendo de lo perecedero. Así lo vemos en el Cristo resucitado: presencia de misterio cuya naturaleza en vano pretendemos tocar: *nolli me tangere*. En ella se manifiesta un resultado análogo al proceso natural que va de la bestia al hombre. La salvación consume el tránsito del compuesto humano terrestre a la persona salva, resucitada y adaptada a la inmortalidad, gracias a que el cuerpo se ha hecho incorruptible y glorioso por química de espíritu, que es más vigorosa y pura que la ordinaria.

Esta liberación, no del alma sino de la persona humana, tiene su eco en la naturaleza entera que ansía «verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque nosotros sabemos que hasta ahora la creación entera gime y sufre los dolores del alumbramiento» (Pratt).

En mi época de neoplatonista había concebido al hombre como un intermediario entre la naturaleza y el cielo, cuya función era preparar la naturaleza para la eternidad mediante el recurso de transformarla en imagen que queda asociada a la tarea espiritual del hombre. El mundo, de esta suerte, será mañana una cosa recordada por el hombre y por el ángel aun después de su retorno a la homogeneidad de la entropía.

En lo del cuerpo glorioso surge desde luego una objeción. Se pudo consumir en Cristo porque su cuerpo escapó a la sepultura. Pero el hombre, cuyo cuerpo se desintegra o se corrompe aquí abajo, ¿cómo podría hacerse glorioso? ¿Cómo andan las almas en el empíreo, por lo menos en el plazo que va de la muerte terrestre individual a la resurrección de la carne el Día del Juicio? Entre tanto, ¿cómo están los santos en el Paraíso? Es indudable que la resurrección de la carne introduce dificultades *insurmontables* en la cuestión.